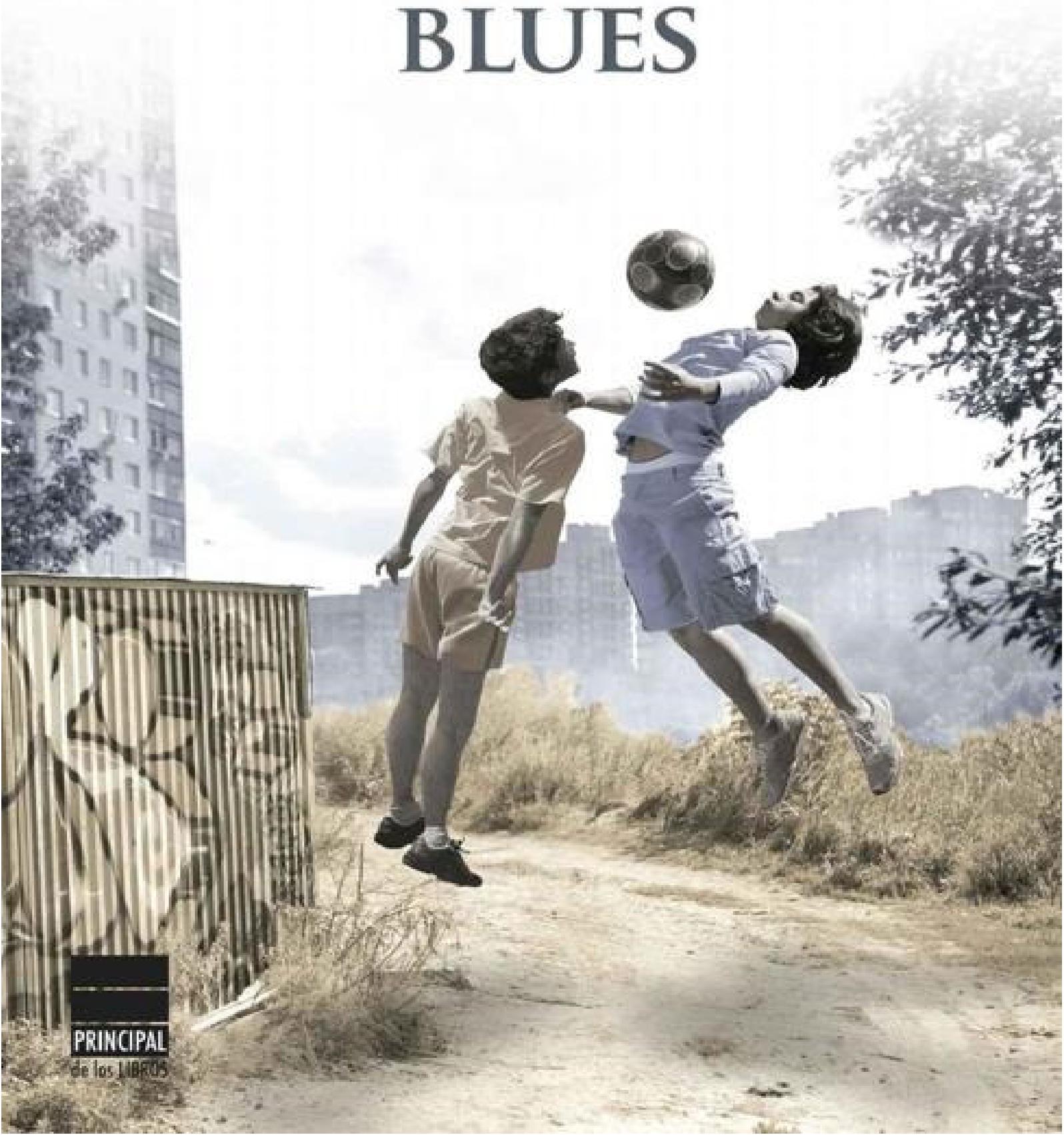


RAFAEL JIMÉNEZ

INCHAURRONDO BLUES



PRINCIPAL
de los LIBROS

INCHAURRONDO BLUES

Rafael Jiménez



INCHAURRONDO BLUES

V.1: junio, 2014

© Rafael Jiménez, 2013

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2014

Diseño de cubierta: www.genisrovira.com

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-01-5

IBIC: FA

Depósito Legal: B. 14804-2014

Maquetación: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

INCHAURRONDO BLUES

A principios de los años ochenta, el cuartel de la Guardia Civil en Inchaurreondo, en San Sebastián, es para Eloy, hijo del teniente Navarro, casi una prisión. Eloy tiene poco contacto con el exterior hasta que en una visita al médico conoce a otro chico, Ander. Ambos son apasionados del fútbol y junto a otros chavales organizan partidos dentro y fuera del cuartel, inspirados por la gran Real Sociedad de aquellos años y ajenos a las fronteras ideológicas y casi físicas que imponen los adultos. La amistad, el amor, los descubrimientos infantiles y la magia del fútbol son el nexo de unión entre dos mundos opuestos que amenazan con destruir la frágil felicidad de la infancia.

«En un lugar donde se convive con el rencor, las líneas del campo de fútbol son las fronteras contra la barbarie. Rafael Jiménez nos muestra un escenario donde el juego convierte a los niños en hombres que no conocerán el odio.»

Santiago Tarín

«Una novela sólida y comprometida escrita por alguien que sabe perfectamente de qué está hablando.»

Andreu Martín

«Una gran historia de amistad fraguada con un balón en tiempos de odios. Una lección de vida para una Euskadi que avanza hacia una convivencia en paz.»

Mayka Navarro

«Un desenlace pletórico que el lector nunca olvidará.»

Jesús María Zuloaga

«Esta maravillosa novela, este original relato, esta historia intimista demuestra que la cigüeña no siempre deja en el lugar soñado.»

Emilio Pérez de Rozas

«Una historia exquisita que narra cómo el fútbol abraza el cariño aun en tiempos del cólera.»

Dagoberto Escorcía

ÍNDICE

Primera parte

1. Brooklyn 2012
2. Inchaurreondo 1983
3. Me llamo Ander y soy cojo
4. La fortaleza
5. El miedo
6. El día que conocí a Eloy
7. El teniente Navarro
8. Joseba, mi aita
9. El día que la abuela dejó de ser Edurne Beguiristain
10. Un mundo con miedo
11. Todos tenemos marcado un camino en la vida
12. El fútbol cautivo
13. La pelota de goma
14. Todo empezó a cambiar
15. Veo el cielo
16. Calle Baratzategui 23
17. El balón rasga el silencio
18. Dejad paso a la muerte
19. El primer gran sobresalto
20. Todo se acerca
21. Ocho balas

Segunda parte

1. El gran viaje
2. Laia
3. Tesis del horror

4. El regreso

5. Aita

6. Corre, niño, corre, ¿pero a qué esperas?

Agradecimientos

Sobre el autor

A Fabio Moreno, Susana y Sonia Cabrerizo,
por la vida que os arrebataron.
A Irene Villa, por tu ejemplo de lucha y optimismo.
Y a todos los niños que han crecido sin su padre.
O sin su aita, que viene a ser lo mismo.

Como el náufrago metódico que contase las olas
que faltan para morir,
y las contase, y las volviese a contar, para evitar
errores, hasta la última,
hasta aquella que tiene la estatura de un niño
y le besa y le cubre la frente,
así he vivido yo con una vaga prudencia de
caballo de cartón en el baño,
sabiendo que jamás me he equivocado en nada,
sino en las cosas que yo más quería.

Luis Rosales , poeta granadino

Primera parte

1. Brooklyn, 2012

A los trece años llegué hasta aquí sin haber podido escarbar en mi pasado. Sigo despertándome con la misma imagen clavada en mis retinas, sin olvidar durante ni siquiera un segundo de mi vida, la cara de mi amigo Eloy, ese último instante retratado en mi memoria que consigue que mi rostro, ya con incipientes arrugas, se convierta en una amalgama de mirada triste coronada por una fotografía retenida en mi cerebro.

Desde hace algún tiempo han vuelto a aparecer los fantasmas en mi vida; apariciones, casi siempre nocturnas, de seres del pasado que tanto me atenazan y que no puedo erradicar de mi memoria. Entonces me despierto súbitamente en medio de la noche, como si mis recuerdos hubieran adquirido hábitos de instantáneas retenidas en mi memoria desde hace treinta años. Los malos presagios aparecen en noches rodeadas de colores oscuros en las que me siento como un vagabundo invisible para los demás, pero muy real para mí mismo. Durante esas noches pienso en cuánto tiempo tendrá que pasar hasta que consiga olvidar el rompecabezas en que se convirtió mi vida, como si necesitara decirme imperiosamente que tanto llorar y lamentar lo que me tocó vivir hasta los trece años ha merecido la pena. Porque fue mi vida, al fin y al cabo, y fue el mundo temeroso que me encontré.

Mal empieza esta historia si sus primeras palabras ya hablan de ausencias y del miedo de un niño, y quizá percibáis ese aroma inelegante de presentarme con algo tan funesto como el fin de una vida, pero creo que es importante que sepáis qué me trajo hasta Brooklyn cuando tenía trece años. Desde entonces, he pasado casi treinta años como si pedaleara en una bicicleta, como si fuera un ciclista cogiendo las curvas de los Alpes a 125 kilómetros por hora, bordeando el arcén de una manera tan inhumanamente peligrosa que parece que desee que una piedra o una vaca se cruce en su camino y todos corriendo al tanatorio.

Últimamente he vuelto a ver a la noche con presagios de disparos, con niños que huyen del miedo, con amistades truncadas. Lo veo todo bajo un cristal resquebrajado en el que las gotas de la lluvia van cayendo hasta el borde y, como balanceándose al son de una nana, retoman de nuevo su camino hasta caer derrotadas al suelo. Pero aquí, en el bullicio de mis sabanas recién lavadas, busco el resguardo de las tormentas de mi vida. Tengo mucha suerte de tener a Laia a mi lado; su respiración acompasada y el rechinar de sus dientes me hacen compañía mientras dura el vendaval de mis pensamientos.

Es como si quisiera comenzar un viaje hacia la esperanza, esa palabra tan manoseada y que se ha convertido en un artilugio literario, más para utilizarla como un recurso estilístico que como una declaración de intenciones acerca de cómo vivir. Esperanza. Se puede ver en Internet, como requisito imprescindible para curarte ante cualquier

contratiempo, o en las farmacias, que junto a las cremas milagrosas borran el paso del tiempo, o quizá entre las palabras del presidente de cualquier gobierno ante los problemas de la economía. Esperanza. Sin apellidos. Sólo Esperanza.

Mientras sigo en el balcón de mis sueños peleándome con las sábanas, que más que taparme me aprisionan, pienso en esa palabra: en la esperanza, en el incontrolable deseo de acabar con los recuerdos de un niño herido en una guerra que aún dura y para lo que, ya lo he decidido, necesito contar todo.

Quiero empezar a olvidar. Pero para poder empezar desde cero necesito que sepáis qué pasó en la cabeza de un niño vasco hace treinta años, en un pequeño lugar llamado Inchaurreondo. No creáis que ha pasado tanto tiempo, al menos el suficiente para curar las heridas que produce la muerte.

Quizá mi infancia convirtió en patria lo que no era más que una aldea de habitantes ciertamente primitivos. Tanto delimitar las fronteras, tanto elevar los muros a la altura de la luna, tanto machacarnos con ser habitantes de un pueblo milenario único en Europa, con un idioma del que aún hoy no se sabe su exacta procedencia, que lo único que consiguieron fue abrumar a los niños que sólo pretendíamos ser dueños de una pelota de fútbol.

Mi niñez caminaba habituándose a un concepto gótico de la vida, donde las hazañas de los gudarís nos eran contadas como auténticos cuentos de hadas y príncipes en medio de un bosque embrujado en el que el ogro tenía siempre un traje verde. El mundo comenzaba en Bizkaia, Guipuzkoa, Áraba, Lapurdi, Zuberoa y terminaba en Nafarroa Baja, porque al otro lado los espacios eran tan repugnantes que ningún niño habría osado atravesarlos.

Los paisajes de mis primeras visiones eran oscuras bifurcaciones que culminaban en el muro del cuartel de Inchaurreondo. La lluvia daba forma a una apoteosis del paisaje y el sentir las gotas de lluvia en mi rostro es ya una experiencia tardía. En mi casa de Inchaurreondo Alto no existían los paraguas; creo que es el lugar del mundo donde, teniendo en cuenta los numerosos días en que llueve, hay menos paraguas por habitante. Nos gustaba la lluvia y mojarnos constituía una experiencia liberadora. Nuestra vida estaba definida por los tenebrosos límites de una rutina impuesta por quienes nos dominaban. Los amos de nuestra vida. Hasta que apareció Eloy.

2. Inchaurreondo, 1983

El balón de cuero con el que Eloy jugaba a fútbol se lo regaló su amigo Blas. Fue su regalo de despedida cuando Eloy se marchó del pueblo, Atarfe, que está en Granada. El balón giraba de una pierna a la otra mientras le daba punterazos de rabia hacia la pared del muro del cuartel de Inchaurreondo. Ese balón era como el mundo, redondo, y en él dibujaba mentalmente dónde estaba situada Granada y dónde Inchaurreondo. A veces Eloy se sorprendía de que la distancia no fuera tan grande, apenas unos centímetros en el balón. Y sin embargo le parecía que se había mudado al otro lado del mundo. En el balón, ya gastado, podía ver el mar, que era el poco color blanco que le quedaba, y las montañas y los continentes, que eran los recuerdos de los punterazos que hacían mella en la pelota. Cuando tenía el balón entre sus pies conseguía olvidarse de que estaba en Inchaurreondo y, si cerraba los ojos, era capaz de jugar como si estuviera en Atarfe.

Algunos niños estaban sentados en el patio del cuartel viéndole pegar con fuerza al balón, hasta que alguno de ellos se atrevía a preguntar si podían hacer un partido. Nadie tenía un balón de cuero en Inchaurreondo. Decía su amigo Blas que era el mismo balón con el que Maradona hacía poesía con su fina zancada y sus dulces golpes con la zurda. Eso de tener un balón de cuero en el cuartel de Inchaurreondo no era cualquier cosa. Aunque se tratara de un balón viejo. Si no, cómo iban a estar mirándole seis o siete niños esperando a que les dijera:

–Venga, vale, hacemos un partido.

Desde la ventana, Soledad, la madre de Eloy, miraba cómo jugaba. Verlo allí, tan cerca, le producía el sosiego que le faltaba por las continuas ausencias de su marido y tras el umbral de la ventana, ella también se transportaba a Granada, creyendo en vano que ese pedazo de terreno en el que jugaban a fútbol formaba parte de su particular imaginario de tierras cálidas, verdes, con aroma de aceitunas y jazmín. Un trozo de Granada transportado a Inchaurreondo. Su madre estaba siempre ahí, huyendo con la mirada a través de las montañas, de los ríos, de los pequeños pueblos y de las grandes ciudades, en una búsqueda vacilante pero sin tregua hacia su tierra. Donde reinaba la paz, el lugar en el que le preparaba el bocadillo a Sergio, el hermano de Eloy, tras dejar el uniforme de la Guardia Civil de su marido impoluto y planchado con arte como si fuera el traje de un torero.

–¿Pero qué haces mirando constantemente por la ventana? –le preguntaba Antonio, su marido, o cualquier vecina del bloque a Soledad.

–Pues ver a los niños cómo disfrutaban detrás del balón. Me hace mucha gracia verlos ahí, sudando, riendo, como si no supieran dónde están.

Eloy creía que esto nunca le iba a pasar, que era imposible que le arrancaran del pueblo. Y menos de esa manera. A traición. Sí. Su padre se lo dijo a la familia uno o

dos días antes. Eloy acababa de llegar del río con Blas y al entrar en casa y dejar las huellas de sus pies mojados por todas las baldosas, escuchó cómo su padre se lo contaba a su madre. Decían que era mejor que Sergio, su madre y él se quedaran en el pueblo, que su padre se iría solo, que era lo más sensato. Que esa gente del norte, los vascos, eran muy suyos y no querían ni ver a la Guardia Civil, y el padre no quería que sufrieran en un jardín de árboles sin flores ni hojas, ni tronco, ni vida, ni días, ni sueños, ni paz, ni ríos, sin tiempo ni premura, sin vida y sin alfombras voladoras, ni aceitunas, ni sol, ni brisa, ni amor.

—Es mejor que os quedéis, Soledad —decía su padre.

—De eso ni hablar, Antonio. Son quince años los que llevo junto a ti. Tus ojos, tus oídos, tu pelo, tus piernas y tus brazos estarán junto a mí. Estaremos juntos, como las hormigas o como las gaviotas, pasaremos miedo, pero toda la familia estará unida. Yo no me casé contigo para tenerte a mil kilómetros de distancia, para que este pequeño mundo lleno de obstáculos y de fronteras sea como el enfermo que espera a que le digan que tiene que irse de este mundo. No. Nos vamos todos juntos.

Cuando tienes doce años y dejas de pronto de ver tu universo, cuando ya no puedes jugar a estudiar cómo matar moscas granadinas sin manchar las paredes blancas, cuando tu amigo no te acompaña a darte un chapuzón al río o cuando el balón perdido entre las praderas de Granada forma parte de un partido de fútbol bajo un tórrido sol que ya no puedes jugar, es cuando a Eloy le subía un escalofrío por la nuca que le hacía correr como un loco por el patio del cuartel de Inchaurredo, dando gritos de desesperación, como si chillar fuera a curar sus heridas.

Esta mañana, o ayer, o quizá mañana, Eloy se volvería a levantar en la oscuridad de un día más con el cielo gris, con un cielo que penetraba en su cuarto y permanecía dentro de la casa todo el día. Veía la cara de su madre mirando por la ventana, siempre vestida de negro, como si su luto perenne fuera un mal augurio. Su madre andaba todo el día ida, ausente, con ojos vidriosos y mirada semidormida incluso ahora, a las doce del mediodía. Ese día también llovía. Y cuando se acercaba a su madre a abrazarla, se daba cuenta de que en poco tiempo sus piernas y su cintura que tanto le protegían y que eran tan tiernas, se habían vuelto duras, como si fueran una estatua. Ese día también hacía frío. Y Eloy se había vuelto a constipar. En Atarfe no se ponía enfermo nunca. Ignoraba qué tenía este viento del norte, pero sus anginas ya no podían más. Dolían mucho al tragar y a veces no podía ni respirar.

En el libro de sus pequeños recuerdos, no podía sacarse de la cabeza a Belén, la niña de su clase con una larga melena negra que le tenía sin vivir desde que iban juntos a la guardería del pueblo. Sus enormes ojos negros que le miraban y se escondían cuando se daba cuenta, le perseguían en Inchaurredo. Como los ojos de Blas. No se pudo ni despedir de Belén. Eso tampoco se lo perdonaba a su padre. La verdad es que desde que llegaron aquí, no le perdonaba nada a su padre. Creía que tenía la culpa de todo, hasta de que se le hubieran puesto a su madre las piernas tan duras y tensas y de que su hermano Sergio fuera cada día más insoportable. Aunque aquí era normal que Sergio se encontrara en el paraíso. En el pueblo nadie lo aguantaba. Eloy deducía que se había peleado con la mitad de los niños de su edad y el resultado era siempre el mismo. Por definición, su hermano podía con todos. Era grande como un armario y abusaba de los demás. Dejó una legión de cicatrices en las caras de sus amigos. Y lo peor es que zurraba a sus amigos y a los que no lo eran. Por eso entendía que su hermano se encontrara tan a gusto en Inchaurredo. Aquí había encontrado a dos o tres armarios como él que se pasaban el día jugando a ser guardias civiles y, según decían, se pasaban el día salvando a la patria. Eloy no sabía de qué la tenían que

salvar. Ni qué era una patria. No lo entendía. Rara vez había tenido una conversación más o menos seria con Sergio y lo suyo, más que una relación de hermanos, era una constante colisión entre el rostro y la debilidad de Eloy y los empujones y los «quita de en medio, enano» de su hermano.

El último día en Atarfe fue muy triste. Todavía hoy no se le habían secado las lágrimas. Es más, desde aquel día le dolían los ojos y consideraba que de continuar así, se le iba a desfigurar la cara y cuando volviera a ver a Belén, porque un día volvería a verla, ella no le reconocería. La última tarde en Atarfe la pasó con su madre, su padre y su hermano en Granada, donde fueron a comprar todo lo que necesitaban para emprender el más largo, triste y absurdo viaje de su vida. Recorrieron toda la ciudad en busca de ropa de abrigo, zapatos, comida y compraron los billetes del tren que les tenía que llevar hasta Inchaurredo. Decía su padre que era mejor ir en tren porque el coche no lo iba a utilizar allí. Decía que era muy peligroso, algo que Eloy no acababa de comprender.

—¿Por qué es peligroso conducir en Inchaurredo? —dijo en voz baja, pero su hermano lo escuchó.

—Pero, ¿no ves que no eres más que un enano? —insistía Sergio.

—A ver, ¿por qué soy un enano? ¿Se puede saber? ¿Son malas las carreteras?

Le faltó tiempo a su madre para decirle a Sergio que se callara. Y Eloy se quedó sin saber por qué era peligroso conducir en Inchaurredo.

El viaje en tren fue más largo que un día en la cama con anginas. Antes de partir de la estación de Granada, llegó a pensar en irse, esconderse en los lavabos, y esperar allí hasta que el tren hubiera partido. No se atrevió. Tan sólo se acercó a la entrada de la estación y vio a lo lejos las Alpujarras con sus casas blancas reflejando el sol. Durante un rato anduvo a solas por la estación como perdido.

—Eloy, ¿dónde estabas? ¿No ves que está a punto de salir el tren? —le dijo su madre entre enfadada y cómplice.

«¿Y por qué se tienen que complicar siempre las cosas?», se decía una y otra vez mientras subía las escaleras del tren ante la atenta mirada de su padre, que no sabía si reñirle o volver a insistir en que en Inchaurredo estarían bien.

Con un gesto de mal humor se sentó en su asiento dispuesto a cerrar los ojos y no volver a abrirlos hasta que llegaran a San Sebastián, aunque no aguantó demasiado por el sobresalto que se produjo cuando el tren se puso en marcha. Los vagones se movían de manera brusca, como si también se resistieran a marcharse de allí. Abrió los ojos y Granada estaba ahí, al otro lado de la ventanilla. Con las horas había ido perdiendo su color entre dorado y azul, pero vio a la gente caminar por sus calles y a los autobuses que iban al pueblo pasando con el largo quejido de motor. Supo que nunca iba a olvidar Granada. Pensó que algún día sería el dueño de su propia vida y volvería al pueblo para no salir de él. Jamás.

El viaje duró unas veinte horas y tuvieron que hacer dos transbordos caóticos con las maletas y el sueño a cuestas. El trayecto le suscitaba cientos de preguntas mientras se quedaba con la cara pegada al cristal del pasillo del tren, donde los paisajes se sucedían en lo que le parecía una velocidad de vértigo y que, sin embargo, era muy limitada, con constantes paradas en medio de la nada sin saber muy bien por qué, hasta que de pronto pasaba un tren por la otra vía a toda velocidad y entonces sí, emprendían de nuevo la marcha. Era como si el tren fuera el último de la clase y, como Blas, tuviera que esperar a que todos fueran saliendo mientras él se quedaba castigado.

El tren producía hambre. Al menos eso pensaba Eloy, a quien las tripas le hacían un extraño ruido. La gente comía de todo, desde bocadillos sin más arte que un trozo de mendrugo con algo en medio, hasta, como la madre de Eloy, manjares venidos a menos por el mero hecho de no poderlos comer en casa. Fiambreras con bacalao o

pollo empanado dejaban impregnado el tren de un profundo olor que, con el paso de las horas, se hizo irrespirable.

En alguna parada de madrugada, adormilado en la litera, oyó las voces de trabajadores de alguna estación olvidada. Sus acentos y sus risas le produjeron una tremenda envidia, pues sabía que ellos, después de pasar el tren, volverían a sus casas, a su cama, a sus vidas.

Cuando ya no pudo dormir, se levantó y observó cómo comenzaba a llover. El agua se deslizaba por los cristales de la ventana como queriendo entrar a limpiar las almas de tantas caras tristes que había en el tren. No todo el mundo viajaba en litera y había bastantes personas que iban de pie, pero que, sin embargo, no emitían ningún lamento y casi ni se apoyaban en la pared. Eloy pensó que quizá alguno de ellos también iba a Inchaurreondo. Había visto a su padre hablar con algunos de los hombres que, sentados en sus maletas, escuchaban a su padre como si fuera el jefe de una extraña expedición.

También oyó música en algunas paradas en medio de algún pueblo. Sí, ahora los veía, eran dos o tres hombres con una gorra y pajarita negras que tocaban la flauta y el acordeón mientras el tren estaba parado y rápidamente pasaban la gorra negra entre los viajeros, antes de que viniera el revisor y el tren se pusiera en marcha de nuevo.

A medida que pasaban las horas, los tristes viajeros se dormían y el sol andaluz continuaba impertérrito, intratable, adorándolos como si fuera una madre que despide a su hijo. Las cortinillas no servían para nada y el sudor caía como una espesa capa que volvía la cara brillante, convirtiéndose el abanico en algo necesario ante tanto ímpetu del sol. Y si no tenías un abanico, un diario o un trozo de cartón también servían. El maquillaje de alguna mujer se derretía lentamente sobre sus mejillas.

El tren continuaba avanzando lentamente con largas paradas inexplicables. Ya se había convertido en un inmenso cuarto en el que veía desfilar las montañas y los últimos olivos de Andalucía entre un ruidoso silencio que sólo rompía los chirridos metálicos de los raíles. Su corazón continuaba pensando en el día que haría el viaje de vuelta, mirando a los habitantes de los vagones para saber si en sus ojos podría adivinar los que algún día regresarían a casa. Pensó que en aquel tren no viajaba nadie por placer o por gusto o de vacaciones.

Sin embargo, el paso de las horas poco tenía que ver con lo que realmente avanzaba el tren, como si el paso del tiempo no tuviera relación con el espacio recorrido y cuando el viaje parecía poner a prueba la capacidad de resistencia de sus ocupantes, llegaban los túneles, alguno como el de Despeñaperros, larguísimo, que, obstinados, sembraban de oscuridad y casi de asfixia el silencio de los viajeros. Cuando finalizaba el túnel, respiraban como si hubiera faltado el aire, abrían las ventanas y corrían las cortinas desde las que se veían los desgarrados picos de Jaén que, sin apenas vegetación, se iban terminando para dar paso al tedioso paisaje de Alcázar de San Juan, donde probablemente se hacía el cambio de vías más largo de la historia ferroviaria mundial.

Lo que sí trataba de evitar Eloy era ir al lavabo. No sólo porque había uno cada dos vagones y las colas eran interminables, sino porque los retretes tenían la cerradura averiada y la deseada soledad para mear era una quimera. Además estaban sucios y malolientes. Una suciedad irreductible, perenne e ingrata. La huella de los efluvios de todos los tiempos se habían enquistado en su interior, adobándolo todo con un color negruzco impertinente. Y echar agua era lo peor que se podía hacer porque o bien subía toda la marea atascando el váter o se inundaba el suelo.

Se preguntaba qué clase de ciudad sería San Sebastián. La aproximación con unos túneles interminables, polígonos industriales sin más vida que el convencimiento de estar viendo la nada, barrios periféricos sin alma, edificios impersonales en medio del paisaje urbano, le creó cierto desánimo ante su idea de la ciudad. Él creía que San Sebastián era Atocha, el campo de fútbol de la Real Sociedad, que por lo que sabía era

pequeño pero albergaba al mejor equipo de España. Aunque les tenía un poco de rencor, porque el año pasado no pudo completar la colección de cromos de la liga porque los de la Real Sociedad no le salían nunca. Decía Blas que los cromos de la Real no llegaban a Atarfe, que estaba demasiado lejos.

«¿Qué haré allí? ¿Dónde me habré metido?». Esas y otras preguntas le rondaban la cabeza sin encontrar respuesta alguna. Cuando el tren se acercó a su destino, el susto ante el paisaje de San Sebastián se mitigó en cuanto apareció a lo lejos el mar. Eloy sólo lo había visto una vez. Había sido el año pasado en Salobreña cuando fueron a pasar el día con su madre, su padre y Blas. Sergio decía que él no hacía mariconadas como tomar el sol o jugar a fútbol en la playa.

—Para eso me quedo en la piscina de Arturo —decía Sergio.

Arturo, el hijo del Alcalde, era otro bestia como Sergio y decía constantemente que Atarfe era suyo. Y como era suyo, todo le pertenecía. Arturo era todavía más insoportable que su hermano, y eso es mucho decir.

El mar calmó su desasosiego. Luego apareció un gran paseo muy largo que bordeaba toda la zona con dos montañas a cada uno de los lados dejando a la playa encerrada como si fuera una concha. Observó restaurantes sobre la arena y unas curiosas casetas de los mismos colores que la camiseta de la Real Sociedad, dándole un aspecto totalmente distinto a la playa de Salobreña. Pensó que la angustia que le había invadido antes quizá había sido innecesaria.

En el último tramo del trayecto se quedó adormilado por el cansancio y llegó a soñar. En Atarfe no soñaba nunca. No le hacía falta. Su vida era como un sueño y se dio cuenta ahora que estaba tan lejos, y si nada más llegar a San Sebastián ya había empezado a soñar, es que no le acababa de gustar lo que tenía ante sí.

La llegada a la estación de San Sebastián le transmitió una magia que no había sentido en sus doce años de vida. Era una estación extraña, llena de hierros por el cielo que apenas dejaban ver la niebla que le acompaña todavía. «¿Será una tierra de duendes y fantasmas?», se preguntaba, tratando de aplicar algo de luz al cielo encapotado. Su madre, intentando animarle, le dijo que San Sebastián era una de las ciudades más bellas de España. Que tenía duendes, inventores y que hasta los Reyes habían veraneado allí. «¿Será por algo, no?», se decía, tratando de aportar algo de optimismo. Vio una locomotora muy antigua que echaba muchísimo humo y sonó el pitido del jefe de estación engalanado con su traje azul y su sombrero rojo como si fuera un almirante en tierra. Los cristales de colores se parecían a la iglesia de Atarfe con sus ventanales cromáticos. En el primer vagón se leía: «Primera Clase» y le pareció ver a una mujer mayor con sombrero y el pelo muy largo y rubio y un traje de otra época que, en mesas de caoba, contribuía a crear un ambiente de lujo que recuerda las fotos que le enseñaba el abuelo antes de morir. Decía su padre que el abuelo se murió de viejo y de pena.

—Madre, ¿me puedo morir de pena? —insistía ante la frase de su padre.

—¿Cómo te vas a morir de pena con doce años, Eloy?

Se quedó pensativo y recordó el último día que estuvo con anginas. A veces deseaba que le atacara una enfermedad de esas tan raras que te obligan a cambiar de aires. Como si fuera una alergia al clima de Inchaurren y que el médico le dijera a sus padres que ese niño necesitaba otro clima, que la humedad del norte lo iba a matar. Pero nada. Sólo anginas. Aunque la fiebre que le producían ya empezaba a hacer estragos en el rosario de plegarias a Dios que utilizaba su madre cuando rozaba los cuarenta grados.

—¡Ay, que este niño se nos muere, Antonio! ¡Que tiene mucha fiebre! —decía su madre mientras Eloy caía en alucinaciones como si la fiebre fuera una droga que lo hiciera deambular como un funambulista al borde de un precipicio. El mundo se veía de otra manera cuando tenías fiebre. Dejaba de preocuparte lo cotidiano y parecía que

estuvieras a punto de entrar en el cielo, pero en el último momento un ángel te pedía el carnet de identidad y te decía:

–Tú, para abajo, que sólo es fiebre. Y eres muy pequeño todavía.

«Y no te creas, que te entra un cabreo grande porque ya que estás allí, al menos no has hecho el viaje en balde. Y así no tendría que volver al cuartel», pensaba Eloy.

Eso sí, cuando se recuperaba de la fiebre siempre daba un estirón. «Como continúe de esta manera, cuando vuelva a Atarfe no me van a conocer», se imaginaba Eloy con una leve sonrisa. A decir verdad, había crecido desde el último ataque de anginas. Cuando llegó a Inchaurreondo los pies no le llegaban al final de la cama, y ahora ya le colgaban y a veces uno estaba tapado con la sábana y el otro andaba tomando el fresco, como si una de sus piernas fuera más larga.

Otro problema asociado a las anginas era la tos que le entraba, que hacía que cada vez que tosía crujieran sus pulmones como si tuviera dentro una jauría de grillos.

–Mucosidades, Doña Soledad –diagnosticaba el teniente médico del cuartel que, por cierto, no le gustaba nada a su madre. Decía que muy mal médico tenía que ser para haber ido a parar a la Guardia Civil de Inchaurreondo pudiendo estar en un dispensario o en un hospital en cualquier otra parte del mundo.

Cuando recordaba el viaje que le llevó hasta San Sebastián, la oscuridad teñía de negro todo el cuartel de Inchaurreondo, el silencio era sorprendentemente profundo, excepto por los marciales cambios de guardia en los que el sonido de los tacones al golpearse retumbaban en la pared de su cuarto. Sobre las seis de la mañana el patio del cuartel y las luces de los bloques cobraban vida después del extraño e inestable sigilo de la noche. En su piso del bloque de casados, la luz del lavabo y el olor de la crema de afeitar del padre llegaban envueltos en el ruido del grifo, mientras se quedaba adormilado intentando ver a través de la ventana alguna señal del sol. A veces llegaba a pensar que Helios había castigado a ese pueblo no alumbrándolo por algún pecado universal.

Luego, flotaban en la atmósfera de la cocina una rica variedad de olores. La cafetera empezaba a hervir con su ruido burbujeante, a la vez que el aroma del café llegaba a su cuarto mezclado con la imagen de su padre sentado en la pequeña mesa de la cocina con su bien planchado uniforme, el pelo aún mojado y su tez brillante con olores de loción para después del afeitado. A su madre la veía de espaldas sirviendo el café y poniendo las tostadas en un plato, empapándose de su padre hasta que quizá por la noche volviera a casa. Si Dios quería, como decía su madre.

Lo primero que hacía al levantarse era mirar por la ventana con el deseo de encontrarse de frente con el sol y dejar que sus ojos soportaran su luz interminable. Como la presencia del astro era una quimera, se dedicaba a mirar por la ventana tratando de que sus ojos vieran lo que había detrás del muro del cuartel. Apenas se divisaba algún edificio, gris por lo general, algún coche, alguna persona andando, las luces de las casas que comenzaban a encenderse en el inicio de un nuevo día, pero desde el cuartel casi no se veía el mundo. Miraba al bloque de los solteros y veía a un joven guardia sentado frente a la ventana entregando su somnolienta cabeza a otro guardia que le recortaba el pelo de la nuca como si fuera la crin de un caballo. Cada mañana, el joven y Eloy se intercambiaban miradas por la ventana haciéndose un gesto con la mano a modo de buenos días. El cuello del joven guardia parecía demasiado grande para sostener su pequeña cabeza, como si fuera una escultura desproporcionada en la fachada de un decadente palacio. Con su negro y afilado bigote, que sin duda utilizaba para parecer mayor, y sus avispados ojos de color marrón, disimulaba el miedo que les invadía a todos los jóvenes guardias de

Inchaurrondo con un porte de guerrero aristócrata al que contribuían su afilada nariz y sus andares orgullosos que tantas veces había visto desde la ventana.

Para ir al colegio, Eloy tenía que atravesar casi todo el cuartel de una punta a la otra y le daba tiempo para comprender que vivir allí era estar enclaustrado en una pequeña ciudad que sólo existía en su imaginario. Vivían apartados de la realidad, de la cruel realidad que les rodeaba, y el cuartel servía para que consiguieran abstraerse del miedo que había en el exterior. Pasaba por el comedor, tenuemente iluminado, con unos cuarenta o cincuenta agentes que estaban desayunando con su uniforme de campaña, y allí veía al joven guardia que le saludaba desde la ventana de su habitación cada mañana. Unos minutos después, el joven y su grupo estaban ya en el Land Rover causándole cierta pena al verlos salir, ya que de sus risas sólo se transmitía el miedo que siente un hombre ante el destino.

El sol comenzaba ya a levantarse en el horizonte, y en la bruma que envolvía a San Sebastián, se adivinaban las primeras nubes que a lo largo del día acabarían convirtiéndose en lluvia, en una pertinaz y juguetona lluvia.

3. Me llamo Ander y soy cojo

Cuando tenía trece años ya era cojo. Sí, me podéis mirar bien. Miradme bien: soy cojo. También algo cabezón y solitario. Vivía en Inchaurreondo y me encantaba la lluvia y el viento. Como a mi *aita*. Él y yo caminábamos y deshacíamos caminos, rectos, sin atajos. Si hubiera podido me habría pasado la vida junto a él, paseando nuestros cuerpos huesudos y nuestros ojos por cualquier acantilado de Donosti. Pero a medida que iba creciendo, mi sangre y la de mi *aita* se llenaban de extraños objetos que día a día conseguían oscurecer nuestros ojos y lo que es peor, nuestra mirada. Pero quizá un día nuestros paseos volverían, como empujados por el viento del Cantábrico, como viejas espadas de lluvia que vuelven a aclarar nuestros ojos. Miradme bien: ésta es mi historia y soy cojo.

El embarazo de mi *ama* no fue fácil. Nací un poco antes de hora. Habían pasado ocho meses justos cuando el doctor Elósegui decidió sacarme de allí a toda prisa porque mi cordón umbilical, que viene a ser una especie de cinturón que me unía con mi *ama*, era tan largo y tortuoso que apenas me alimentaba. Mi *aita* me recordaba constantemente que cuando me vio por primera vez pensó que no había tenido un hijo, sino una especie de alienígena. Pesé muy poco al nacer, pero pronto empecé a crecer, sobre todo mi cabeza, que parecía un melón de los grandes, y con trece años medía casi un metro setenta, superando de largo la tabla de la consulta del doctor Elósegui. Debido a mi considerable cabeza, a mi altura y a mi cojera, mucha gente de Inchaurreondo Alto pensaba que me acabaría convirtiendo en un gigante.

—No pasa nada. Sólo que eres muy alto y que la mala suerte ha querido que andes como Juanjo, el vendedor de cupones. Pero harás grandes cosas en la vida —me decía mi *aita*.

Yo, sinceramente, le creí. Más que creermelo que haría grandes cosas en la vida, estaba convencido de que tuve mala suerte con lo de ser cojo de nacimiento. Creo que es peor ser cojo de nacimiento que haber tenido la oportunidad de saber cómo se ve la vida sin andar a trompicones.

No tengo hermanos pero tenía un perro. La verdad es que nunca he echado de menos la presencia de otro Beguiristain en casa. Sin embargo, compartir la vida con mi perro *Dogo* fue algo extraordinario. *Dogo* era un perro negro como el carbón y unos ojos más humanos que los de cualquier habitante de Inchaurreondo Alto. Siempre estaba mirándome por si necesitaba algo de él, cosa que dudo que hiciera un hermano. Se quedaba con la cabeza ladeada y esa mirada penetrante que fue la causante de que mi *aita* lo recogiera un día de la calle y me dijera:

—Toma, Ander, aquí tienes al perro más listo de Euskal Herria. Me ha mirado y me ha convencido con esos ojos de esperanza angustiada y he sido incapaz de dejarlo ahí. Creo que será un buen amigo.

Dogo era un perro fuerte, con un lomo de guerrero y una raza indescifrable. Hay quien dice que era descendiente de pastor alemán y que quizá la madre fuera un labrador y hasta me han llegado a decir que es un típico perro vasco, fuerte por fuera y muy tierno por dentro. Mi *aita* lo recogió cuando yo tenía diez años, un mes de abril más lluvioso de lo normal, en uno de esos aguaceros desmesurados como todo lo que ocurre en Inchaurreondo. Aquí nada es normal. O no pasa absolutamente nada y se respira un silencio que te hace daño a los oídos, o de pronto parece que el mundo se vaya a acabar.

Ese día llovía mucho y el barrio se había convertido en un río lastimoso que lo arrastraba todo y hasta los guardias civiles del cuartel de Inchaurreondo estaban codo con codo con los vecinos del barrio achicando agua en unas escenas ciertamente

surrealistas. Yo no había visto nunca hablar a un guardia civil con alguien del barrio. Y es algo que me costó entender. A veces me preguntaba si preferiría la camiseta de Arconada o el traje verde que vestían los guardias del cuartel. Me encantaba ese color verde con protecciones por todos los lados que me recordaban a los partidos de fútbol americano que a veces había visto en las películas. Lo que ya no me acababa de convencer era ese extraño gorro negro que llevan. Prefiero el casco de los Yankees de Nueva York.

Dogo llegó a mi vida ese día. A mi vida y a la de *aita*. Los dos competíamos en darle besos al perro. *Dogo* lo veía como si fuera su *aita*. Y a veces tenía que recordarle que Joseba Beguiristain era *miaita*. Creo que lo entendió y se conformó con ser un can.

Mi *aita* era el mejor *aita* del mundo. Siempre pensé que no había nadie como él. Ni a Arconada, el mejor portero de la liga que jugaba en la Real y que hubiera dado cualquier cosa por conocer, lo cambiaba yo por mi *aita*. Había nacido en Inchaurrendondo, y trabajaba en la tienda que había abierto unos años atrás; era una tienda que tenía de todo, desde jamón, quesos, pan, leche y donuts, hasta lejía, papel higiénico y diarios. De todo, no hacía falta ir a ningún otro sitio para comprar. Se podía venir a mi tienda y salir con todo lo necesario para comer bien, leer lo que quisieras y tener tu casa bien limpia. Yo, los sábados por la mañana, como no podía jugar a fútbol con mis amigos porque ya sabéis que soy cojo, iba a ayudar a mi *aita* a la tienda.

Me llamo Ander a pesar de que mi *ama* quería que me llamara Asier, pero, y ahí comenzaron las desavenencias entre mis padres, mi *aita* se empeñó en ponerme el nombre de mi padrino, que es su mejor amigo y está en la cárcel. No es que haya hecho nada malo, pero decían los periódicos que había matado a dos guardias civiles. Yo no me lo creía en aquel momento. ¿Por qué mi padrino iba querer matar a nadie? ¡No! ¡Pero si mi padrino iba a ser cura! ¿Cómo alguien que quiere ser cura iba a matar a nadie? Y escuchaba con él por la radio los partidos de la Real y me compraba churros del puesto del Boulevard. Como decía mi *aita*, eso era un disparate, aunque cuando me iba a dormir y pensaban que no los oía, comentaban algunas cosas que en aquel momento me costaba entender. Eran disparates de mi *aita* que me producían risa cuando los escuchaba. La noche que detuvieron al padrino dijo que era «un tío que los tenía muy bien puestos» y que era un gran *gudari* y que la lucha sería larga y que tendríamos que sufrir mucho hasta conseguir la libertad de Euskal Herria, pero con *gudaris* como mi padrino el pueblo vasco lo conseguiría. Yo me hacía el dormido y no le preguntaba qué quería decir con eso, pero no hacía falta porque con lo divertido y bromista que era mi *aita*, tenía que estar de fiesta, pensaba ingenuamente. Cuando salía por la noche y regresaba muy tarde, a veces discutía con mi *ama* porque era muy amable con las mujeres de los guardias civiles.

Cuando nací algo debió de salir mal porque según me decía *aita*, tengo una malformación en la cadera que hace que mi pierna derecha mida bastante menos que la izquierda. Y no tiene arreglo, porque yo me negaba a ponerme esas botas de inválido para igualar las dos piernas y no parecer cojo. A veces pienso que esta enfermedad para toda la vida es una soberana injusticia. Porque no me puedo engañar, ya ha quedado claro que no tiene arreglo y no la podré vencer nunca. La única posibilidad para superarla es una especie de pacto con mi pierna (o sea, conmigo). Bueno también hay dos posibilidades más pero creo que son un poco absurdas: la resignación o la desesperación. La primera supondría aceptar que Dios existe y que él ha decidido que mi pierna derecha sea muy corta comparada con la izquierda. Como si Dios no tuviera otra cosa que hacer que castigarme a mí, a Ander, un niño vasco de trece años, hijo de Joseba y de Leire. Por otro lado la desesperación me parece todavía más patética y me ha obligado a hacer continuos pactos con mi pierna a medida que iban pasando los años. No podía jugar a fútbol pero a cambio no me cansaba y lo que era más importante: nunca perdía un partido. Si llegaba tarde a la

ikastola, la culpa siempre era de mi pierna. Sólo faltaría.

En aquel momento tenía trece años, casi catorce, pero a los cinco emprendí la primera gran aventura de mi vida. Me llevaron a Marsella para que me operara un médico que decían que hacía milagros; a pesar de ello, mi abuela aseguraba que los milagros sólo los hacía Dios (ella sí creía en Dios), que el médico intentaría arreglar lo que pudiera, pero de milagros, nada de nada. Fue un viaje maravilloso. Recuerdo que fuimos en la furgoneta blanca de *aita* y mi *ama* había alquilado un piso en Marsella porque teníamos que quedarnos unas semanas. Era en un pueblo pequeño que estaba cerca de la ciudad y de la playa, con una arena de un color diferente a la de Donosti, un muelle larguísimo, una explanada que bordeaba todo el paseo, un montón de hoteles y yo calculo que cientos de tiendas donde vendían desde toallas hasta cubos de playa.

Sí, soy cojo y no me gusta nada serlo. Supongo que es natural. Decía mi *ama* que con los años lo aceptaría, que incluso dejaría de pensar en ello como si fuera una gran desgracia y vería lo positivo de ser cojo. Pobre *ama*, no se daba cuenta de que ser cojo no tiene nada de positivo. Yo no quería que me dejaran sentar en el autobús, ni que me dieran una paga de invalidez cuando fuera mayor. Ni tan siquiera deseaba que mis padres compraran una planta baja para que no tuviera que subir tantas escaleras. Yo lo que quería era subir los peldaños a toda velocidad, dejar de hacer de árbitro y poder ser Arconada, que es el mejor portero del mundo. Pero lo que más deseaba era tener más amigos. Nadie quería jugar conmigo a fútbol porque decían los de mi clase que era como jugar con uno menos, que no podía ser, que igual que las niñas no podían jugar, yo tampoco. Porque al fútbol se juega para ganar, no para hacerle un favor a nadie. Yo los comprendía pero a veces pienso que podrían haberme dejado jugar, aunque fuera de portero. O como Maradona, ese futbolista del Barça que, como decía mi *aita*, con la pierna izquierda le bastaba para ser el mejor jugador del mundo.

Mi ikastola se llamaba Egunon, que quiere decir «buenos días». Yo me sentaba al lado de Egoitz, que probablemente era el niño más listo de la clase. También el más raro y callado. Por eso creo que era tan listo, porque venía a la ikastola, escuchaba mientras los demás nos distraíamos, se comía el bocadillo solo en el patio y se iba para su casa sin haber abierto la boca excepto para contestar a las preguntas de la señorita Arteche. Mi silla estaba al lado de la ventana y aunque a mí me encantaba poder mirar a través de ella, la señorita Arteche me decía a menudo que la próxima vez que me pillara distraído me cambiaría de sitio.

A escondidas seguía mirando hacia el patio y lo veía gris y brillante bajo la lluvia, desprendiendo destellos de luz hacia la ventana. Hoy, como ayer, y como mañana, hacía frío y la señorita Arteche había encendido la estufa. Siempre hacía un frío que subía por los dedos de los pies y poco a poco iba llegando a la cabeza a través de los huesos. Recuerdo que llegaba a temblar como si tuviera ese aire gélido en mis entrañas.

A veces, mientras trataba de concentrarme en recordar las siete provincias vascas (porque había una que nunca me salía y era Lapurdi y me la repetía una y otra vez utilizando todas las artimañas posibles como de-le-tre-ár-me-la, LA-PUR-DI o más fácil, me decía DI-LA-PUR, pero al revés o repasaba mentalmente los ríos vascos), Egoitz se levantaba y entregaba el examen a los diez minutos de haber empezado, emitiendo una leve y socarrona sonrisa en mi dirección a pesar de que nunca me pareció que se riera de mí, y notaba que su ausencia, cuando se levantaba, dejaba un resquicio de aire frío que lograba envolverme y conseguía que empezara a tiritar hasta que volvía a sentarse. Jamás le pedí que me soplara alguna pregunta. Sé que lo estaba deseando y estoy casi seguro que lo habría hecho, pero me negaba a preguntarle. Decía mi *aita* que la dignidad de un Beguiristain está muy por encima de aprobar o suspender un examen. Y aunque me moría de ganas, jamás le pregunté nada.

A esa edad todavía no me había enamorado de ninguna chica, aunque según me

contaba la abuela eso se sabe enseguida. Me decía la abuela que cuando me enamorase no tendría dudas y no pararía de sonreír durante todo el día. Que estaría siempre feliz. Aunque también me llegó a decir algo que no entendí muy bien en aquel momento. Decía la abuela que el amor genera deudas eternas. A estas alturas de mi vida sigo sin entenderlo.

Yo no sabía si era porque les gustaba a todos los niños de la clase, o si era porque realmente me había enamorado, pero había una niña que se llama Ane que cada vez que la miraba sentía algo extraño en el estómago, y me parece que cuando me preguntaba algo me ponía muy nervioso. Y había mañanas en que me despertaba y tenía la sensación de haber soñado con ella. Era la más alta de la clase y tenía la piel muy blanca y su pelo era rojo como la sangre. Parecía una muñeca como la que tenía mi *ama* encima de su cama. La recuerdo con un vestido de cuadros rojos que se deslizaba por sus caderas, mientras unos largos calcetines blancos conseguían que pareciera más alta, más inalcanzable. A veces, en clase, Ane miraba hacia atrás, pero siempre pensé que miraba a Egoitz y no a mí. Aunque en alguna ocasión me hacía dudar. Con mi habitual falta de autoestima, estaba casi convencido de que no podía ser, pero me gustaba fantasear con que era a mí a quien miraba. Una noche soñaba que era Arconada y todo Atocha coreaba mi nombre, y otra noche soñaba que estaba apoyado en cualquier pared y se aproximaba Ane. Y se aproximaba *a mí* porque en esa pared no había nadie más, y de cerca parecía mucho más bonita con el pelo rojizo casi oxidado y con sus mechones de cabello sudorosos en su carrera hacia mí. Yo la miraba y, como decía la abuela, me entraban ganas de sonreír y le decía en mi sueño:

—Soy Ander y te quiero.

Y le daba un beso.

En ese sueño, cuando acababa, siempre aparecía Egoitz mirando a lo lejos, agazapado entre algún árbol, sorprendido ante lo que acababa de ver. Luego, en mi sueño, salía mi *aita* y me decía:

—Bravo Ander, no lo has hecho mal.

Y me daba un golpecito en el hombro mientras yo no paraba de sonreír.

Siempre he pensado que el mundo de mis sueños debería haber sido mi mundo real. El mundo de las películas del oeste de los sábados por la tarde o el de los partidos de la Real cuando golemos al Real Madrid o al Barça en Atocha. En ese mundo, ni era cojo ni vivía en un barrio tan triste como Inchaurren, ni me sobresaltaban ruidos extraños parecidos a las bombas de las películas de guerra, ni al mirar por la ventana de mi cuarto veía un muro gris en el que a lo lejos me parecía ver algún niño rodeado de gente vestida de color verde. Pero no era así. Los besos que le daba a Ane sólo existían en mis sueños y jamás se los pude dar de verdad. Y ser Arconada todavía me parecía más difícil. Me conformaba con ir algún día al campo de Atocha a ver un partido.

El apellido de mi *aita*, el mío y el de la abuela Mari Lamiak era el mismo. Mi abuela se llamaba Edurne Beguiristain, aunque todo el barrio la conocía como Mari Lamiak, y como nadie sabía quién era el *aita* de mi *aita*, o sea mi abuelo, pues el párroco de Santa María aceptó ponerle el mismo apellido de la abuela. ¿Cuál le iban a poner, sino? El párroco insistió una y otra vez en preguntarle a Mari Lamiak por el paradero del padre del niño, pero la abuela se negaba en redondo a responder. Incluso se mostraba altiva y le soltaba al cura que eso ni a él ni a Dios les interesaba. Que si no lo quería bautizar, pues no lo bautizaba y sanseacabó. O mejor, se acabó, sin el san.

La cuestión es que mi *aita* salió bautizado de la iglesia y con la confianza que le dio el saber que ya estaba en manos de Dios, asomaba la cabeza cada dos o tres segundos del regazo de la abuela como si buscara a su padre. Se imaginaba que de pronto aparecerían unas manos fuertes y lo mecerían de una manera asombrosamente fácil con movimientos musicales. Pero no fue así. Él, mi *aita*, pretendía en sus sueños

infantiles ser el hijo de algún príncipe antiquísimo de dos metros de altura con manos de hierro para los demás y suaves, muy suaves para él. Tendrían que pasar unos años para encontrarse con la realidad de que no aparecía nadie con aspecto de príncipe y del que poder presumir ante los impávidos habitantes de Inchaurreondo Alto. Probablemente el barrio más desagradablemente inoportuno que he visto en mi vida.

4. La fortaleza

La pequeña radio no paraba de liarse con los cables de los auriculares mientras la guardaba en su bolsillo. Se la había regalado el Sargento Bermúdez, muy amigo de su padre. Era su distracción preferida después del balón y jamás se separaba de ella a pesar de que las había más modernas, de colores más llamativos y con unos cables más cortos que evitarían que se pasara tanto rato desenredando el nudo. También disponía de un espacio para poner casetes, pero como no tenía ninguno, la utilizaba para escuchar la radio. A veces no entendía muy bien lo que decían porque, como le explicaba su padre, sólo tenía doce años y con doce años, aún no se entiende nada. Y si encima es en un idioma muy raro, se entiende todavía menos. Aunque algo sí que entendía. Eloy sabía que estaba viviendo en el cuartel de Inchaurreondo (le costó muchísimo aprender a pronunciar aquel nombre tan raro) desde hacía casi un año; recordaba que hacía casi un año porque entonces tenía once y estaba a punto de fichar por el equipo de fútbol del pueblo y no pudo ser porque al teniente Navarro, o sea su padre, le dio por ascender y lo mandaron a Inchaurreondo. Seguro que ahora estaría jugando en el Real Atarfe y seguro que sería titular, porque como le decía Blas:

—Juegas muy bien a fútbol, más o menos como el delantero centro de la Real Sociedad, Satrustegui, que se parece mucho a ti porque tiene el pelo rizado. Aunque no tienes bigote como él.

Eloy se miraba cada mañana en el espejo deseando despertarse un día con un fino pero rotundo bigote como el delantero de la Real Sociedad.

Su hermano Sergio se pasaba todo el día diciéndole lo mayor que era, aunque a Eloy le había parecido siempre un ser sin edad y sin cabeza y por mucho que tuviera quince años y se creyera un hombre, le parecía que era como un pájaro que aún no sabía cuál era su destino. Eloy sí lo sabía. Sería el delantero centro del Real Atarfe y su foto saldría en los cromos de la liga a pesar de que siempre le había invadido el temor de que el Real Atarfe no ascendiera de tercera en la vida. Sergio iba a lo suyo, no le hacía ni caso e iba diciendo que quería ser guardia civil como su padre. Se pasaba el día estudiando, haciendo deporte y diciendo unas palabras muy raras cada vez que ponían la bandera del cuartel a media asta; sí, casi cada semana el cabo Canicas se subía a un andamio que había junto a la bandera y le añadía un trapito negro y la dejaba a la mitad y entonces Sergio y otros amigos suyos se ponían a decir de todo. El caso es que había días que ni le hablaba. Eloy suponía que no tenía mucho tiempo para hablar con un niño de doce años, porque también le decía que no entendía nada y que era un enano.

La única persona que le trató como si fuera Satrustegui fue Soledad, su madre. Eloy siempre había dudado si los abuelos le pusieron ese nombre para llamarla como a la abuela o porque madre siempre estaba sola. Comentaba su padre, el teniente Navarro, que su madre no se había aclimatado a esto de vivir en Inchaurreondo y que estaba enferma. Dolores, la vecina del tercero, decía que tenía nostalgia. Eloy descubrió en Inchaurreondo el significado de esa palabra; era algo así como lo que sentía cuando recordada a Atarfe y su campo de fútbol y su piscina y a Blas, su mejor amigo. Pero Eloy se decía una y otra vez que él no estaba enfermo de nostalgia. Madre sí. Se pasaba el día mirando por la ventana, mirando el reloj cada vez que su padre salía a la calle y a veces se ponía a llorar cuando eran las diez de la noche y su padre aún no había vuelto. Pensaba que le había pasado algo o que no iba a volver, como la semana pasada el capitán Manrique; se fue con tres guardias más y no volvieron. Bueno, volver, sí volvieron, porque al día siguiente el cabo Canicas bajó la bandera, le puso el pañuelo negro y todo el mundo lloraba y tuvo que venir alguien muy importante (ya lo había visto varias veces) y la iglesia se llenó de gente. Eloy se ponía un poco triste cuando se llenaba la iglesia y también cuando el otro día la mujer del capitán Manrique

se puso a chillar, a chillar de una manera inhumana porque eso no eran lágrimas como las que le salían a Eloy cuando se acordaba de Atarfe, eso eran gritos de un dolor muy grande, no se podía imaginar que la Señora Manrique tan peripuesta y conocida en el cuartel como la «Capitana Manrique» (porque mandaba más que su marido, bueno, de lo que mandaba antes) se pusiera a llorar de esa manera tan desconsolada.

Cuando se llenaba la iglesia de Inchaurrondo, incluso los niños dejaban las clases para estar allí. Parecía que esos días el cielo era diferente mientras oían llantos a lo lejos, y entonces, en ese preciso instante, Eloy se ponía a pensar en Atarfe y veía su cielo de color azul, blanco y rosa, como si fuera una bandera, su bandera. Y por encima de todo eso, a veces creía ver a Dios, una imagen allí al lado del color azul que le miraba y que se parecía mucho al crucifijo que había en la iglesia del pueblo.

Siempre que iban todos a la iglesia y venían esas personas tan importantes y las mujeres se vestían de negro, el ataúd pasaba por delante de todos envuelto en la bandera de España, la misma a la que el cabo Canicas le ponía el pañuelo negro; la banda de música tocaba una melodía bastante triste y cuando ya había acabado todo, se llevaban la caja a toda prisa, sin que a nadie le diera tiempo de acercarse a verla, como si el guardia que había muerto ansiara escapar de Inchaurrondo, como si esas personas tan importantes no quisieran que la gente empezara a gritar y así conseguir que la viuda del guardia no contagiara a todas las mujeres y los hombres y los niños que allí estaban.

En la iglesia de Inchaurrondo siempre hacía frío y parecía que las viudas con su traje negro y su cara blanca habían envejecido veinte años de golpe, y a pesar de que en la iglesia no cabía nadie, Eloy notaba tanto silencio mezclado con el frío que alguna vez se llegó a orinar encima.

El cuartel de Inchauuurrondo, «jo, mira que es difícil pronunciarlo», se decía Eloy, era muy muy grande, tan grande que a veces pensaba que no vivía en un cuartel, sino en una pequeña ciudad. Ya había vivido en otros cuarteles, aunque la verdad es que su casa siempre había sido un cuartel; no había conocido otro hogar que los cuarteles de la Guardia Civil, en Atarfe y ahora aquí. No estaban mal, pero éste le impresionó el primer día que lo vio, aunque eso pasó hace unos meses y era más pequeño y todo le impresionaba más. Todo cuanto iba descubriendo hacía que se quedara con la boca abierta y con cara de tonto, como decía su hermano. En el cuartel había de todo y nadie tenía que salir al barrio para comprar de nada. O casi nada. Había supermercado, colegio, guardería, tiendas de ropa, casas de solteros y de casados, campo de fútbol, de baloncesto, una iglesia y la casa del comandante. Era la más grande y bonita de todas porque, como decía el listo de Sergio, el comandante era Dios y Dios debía tener una casa muy grande, tan grande como el universo para poder verlos a todos.

Sin embargo, el piso del bloque de casados era pequeño y oscuro con sólo un par de ventanas por las que entraba poca claridad. Al entrar en el comedor con escasa luz, apenas se veía nada. Poco a poco se distinguía el mantel de la mesa con sus colores alegres. Era el mismo mantel que tenían en Atarfe. La mesa, las sillas, una vieja nevera y una lámpara muy antigua que parecía aprisionar la bombilla eran las primeras visiones al acceder al piso. A menudo se oían pasos por las escaleras. Pasos lentos,

pesados, de alguna vecina que subía cargada. No se oían ruidos de niños. La señora Dolores venía a casa cada día para ver cómo se encontraba Soledad. Era una alegre señora ya algo mayor que se ocupaba de fregar la escalera. Entre los pasos lentos de la señora Dolores se oía algún portazo de alguien que salía al patio. Cuando la vecina entraba en casa, ésta se inundaba de un perfume denso que llenaba el comedor cerrado, rancio. Las viejas sillas, el espejo del aparador y el armario llevaban décadas allí. Por la puerta entornada aparecía la cabeza de Dolores que solía decir:

–Hola Soledad. ¿Ya está levantada? ¡Venga, arriba! Y tú, Eloy, a lavarte que llegarás tarde al colegio.

Soledad contestaba habitualmente que le había preparado el desayuno a su marido y que como no tenía nada más que hacer, se había quedado adormilada.

–Como hay tan poca luz en este piso, parece que te mueras de sueño –decía Soledad.

El silencio imperaba en el bloque. Se oía un reloj de algún vecino que daba las campanadas cinco minutos antes que el reloj de la iglesia. Aquí todo estaba desfasado, como si vivieran en un mundo irreal donde el tiempo poco importaba excepto para contar los días que faltaban para regresar a Andalucía o a Extremadura. Algún pájaro intentaba emitir algún sonido poco acústico, pero se callaba enseguida, como si a él tampoco le importara demasiado. Eloy se untaba lentamente la mantequilla en la tostada, evitando que se deshiciera, mientras abría el bote de la mermelada que pulverizaba el ambiente inundándolo de olor a melocotón. De una de las habitaciones se oían los ronquidos de Sergio que, como de costumbre, también había soñado despierto aquella noche.

«¡Te cogeré, hijo puta, no escapes, que voy a por ti!», insistía el hermano en sus habituales peleas nocturnas contra un enemigo que Eloy desconocía. Luego los gritos de Sergio se volvían confusos, como si su boca se trabara igual que la de un borracho. La habitación de Sergio estaba llena de objetos extraños para Eloy. Tenía un pequeño armario cerrado con llave y ni siquiera su padre podía abrirlo. Eloy pensaba que allí dentro debían de haber secretos inalcanzables para él. Quizá estuviera lleno de bebidas con las que se emborrachaba por las noches y por eso hablaba en sueños, o de armas sofisticadas para darle una paliza a alguien como hacía en Atarfe. Un día, Eloy lo vio guardar una especie de palo muy raro que le recordaba a la espada de *La guerra de las galaxias*, pero Sergio cerró rápidamente la puerta de un portazo y le advirtió, cogiéndolo por la solapa, que ni se le ocurriera mirar su armario. Sergio ni siquiera quería que limpiaran su habitación. Él se encargaba de ventilarla, pasar la escoba y lavar su ropa. Todo para que no entrara nadie en su mundo de reproches.

–¿Debe ser muy tarde, no? –le preguntaba Soledad a la señora Dolores, que abría las ventanas para que se fuera el olor a cerrado.

–Las nueve, Soledad, las nueve son ya.

–Es hora de levantarse.

–Sí, Soledad, es hora de levantarse.

Cuando la madre de Eloy se incorporaba de la cama, Eloy ya estaba preparado para cruzar todo el cuartel en dirección al colegio, pero antes trataba de comprobar si al abrazar a su madre notaría sus carnes más suaves. Se hacía de nuevo un silencio al abrazarla. Luego se oía algún llanto de un niño, y el propio Eloy dudaba si era él mismo que no se daba cuenta y lloraba por dentro. Al momento, la señora Dolores entraba de nuevo sigilosamente y echaba en el váter el cubo de agua sucia. Luego se metía en la

habitación de Eloy y empezaba a barrer. De nuevo, Eloy oía el llanto de un niño mientras cerraba la puerta de casa y su madre, con los ojos encogidos por el insomnio y el pelo alborotado, se quedaba en la semioscuridad del comedor recogiendo las migas de pan del mantel de colores alegres.

En su trayecto hacia el colegio, Eloy siempre recordaba que el primer día que llegó se puso a llorar y no sabía muy bien el porqué.

–Ya está bien de lloriquear –le dijo su hermano.

–No estoy lloriqueando, sólo estoy llorando –dijo Eloy.

–¿Es que no ves que lloriquear y llorar es lo mismo? –insistió el listo de Sergio.

–Cuando te pones así te daría un codazo. A ver si te enteras, llorar es lo que yo estoy haciendo ahora y lloriquear es lo que hace madre cuando está sola. Los hombres lloramos y las mujeres lloriquean, ¿no? Eso mismo me dijo mi amigo Blas en el pueblo cuando nos despedimos...

Al rato ya recuperaba su universo pequeño. Después de todo, Sergio se creía que porque Eloy tuviera sólo doce años no se enteraba de nada.

Lo que sí le fascinaba era el olor del cuartel; todos tenían sus propios olores y a él le sedujo el aroma de lavanda que lo inundaba todo. Era como los niños, cada edad tenía sus olores y su madre ya no le ponía esa colonia de botella de litro sino una más pequeña que olía a violetas y que la tenía guardada con la radio y sólo se la ponía cuando iba al salón de juegos. El cuartel de Inchaurrondo era el que mejor olía de todos los que había conocido; no sabía si era porque el comandante era Dios y tenía en cuenta hasta el olor que desprendía el cuartel, o porque estaban bajo una colina llena de arbustos y Eloy suponía que algún árbol desprendía aquel olor. Porque eso de que el comandante fuera Dios, no se lo acababa de creer. Sería muy importante, pero no era Dios.

A medida que avanzaban los interminables días de Inchaurrondo, Eloy se iba sumiendo en una bruma de tristeza; cada vez hablaba menos con su padre, que se había convertido en un hombre ocupadísimo, en el presidente de su vida, y Eloy en un niño postizo a quien no pertenecía nada de cuanto lo rodeaba. A partir de ese momento fue cada vez más evidente el sentimiento de frustración de su padre y de su madre. Ni siquiera atiborrarse de medicamentos conseguía que su madre emitiera algún signo de alegría, únicamente de sueño; siempre estaba dormida o recostada frente a la ventana del comedor. A veces creía que incluso se le caía la baba de tanto mirar por ese pequeño cuadrado en el que entraba poca luz y en que las gotas de lluvia encharcaban su mirada y sus ojos. Su padre la había querido muchísimo pero ahora no tenía tiempo para demostrárselo. Siempre creyó que el hecho de dejar el pueblo sin apenas consultárselo fue algo que Soledad no le perdonaba. Pero ya era tarde; la madre de Eloy se había ido a su mundo húmedo de remordimientos y su padre era, ahora, el teniente Navarro.

Parecía que los guardias que llevaban el féretro tenían el traje negro de tanto usarlo. También eran negros la mayoría de los coches situados en el patio del cuartel. Casi todas las mujeres iban de negro formando un grupo idéntico de caras desahuciadas y llorosas en las que el miedo les brotaba por los ojos en forma de lágrimas también negras. El grupo de guardias civiles que levantaban a hombros el féretro eran el vivo reflejo del miedo, del desaliñado y sombrío miedo, mientras que el sacerdote parecía otro cuervo más en aquella jaula de lamentos y dolor.

Eloy estaba seguro de que allí fuera, en las inmediaciones del cuartel, era donde se

encontraban los verdaderos cuervos, emprendiendo su vuelo desde lo alto de las azoteas o de los árboles, como si fueran sombras de Satanás desprendidas de las brasas, dibujando remolinos en círculos para deleitarse de las lágrimas negras del cuartel. Graznaban como los cuervos sobre sus cabezas, emitiendo un sonido de júbilo que creía que solo él escuchaba produciéndole melancolía y angustia. De vez en cuando sobrevolaba alguna gaviota que trataba de espantar a tanto cuervo. Con un profundo nudo en el estómago veía el espectáculo y a su madre allá, a lo lejos, cada vez más ida, más ausente.

Levantaron el ataúd, aquella espantosa caja de madera que no era negra sino marrón, con sus bordes dorados para poder asirla y, por un instante, un solitario rayo de sol se reflejó en ellos y en los ramos de flores que estaban sobre la tapa. También, a pesar aquellos esporádicos rayos de sol, el día era negro. Un día perfecto para morir en Inchaurreondo.

Como si fuera un retablo, el coche fúnebre esperaba junto a la verja del cuartel, a la misma altura donde el viejo nogal veía pasar cadáveres de jóvenes y viejos guardias casi todas las semanas. En ese momento, Eloy recordaba el aspecto que tendría su árbol preferido de Atarfe, el alcornoque en el que Blas y él se cambiaban los cromos de la liga o hablaban de sus incipientes erecciones matutinas. Notaba cómo se le erizaban las hojas y al imaginarlo, sentía que sus ramas comenzaban a volar como poseídas por una brisa milenaria y en ese momento veía a Blas caminando por los olivares entre los susurros del crepitar de las ramas al pisarlas. Cerraba los ojos y distinguía todos los árboles de Atarfe e intentaba ponerles un nombre a cada uno de ellos en un deseo incontenible de que el diario de sus sueños y sus recuerdos durara más tiempo en su memoria. Eran secretos exclusivos que había guardado para consolarse de la lluvia, del viento y de las ausencias. Los olmos, olivos y castaños de Atarfe tenían nombre. Casi se sentía embarcado, rendido ante la realidad de sus sueños.

Su padre estaba rígido y sin mostrar el menor atisbo de trastorno, como si se hubiera acostumbrado a la muerte, como si ya no quedara nada de la vida real en sus entrañas, empezaba a caminar para hacer callar a alguna mujer que mostraba su dolor, áspero, tenso, sin espasmos, como un muñeco articulado por el deber. Pasó muy cerca de Eloy sin ni siquiera darse cuenta de que él estaba consumido por la palidez que produce el miedo. Su boca rígida y su mandíbula como una roca surcaban las arrugas de su frente y Eloy comprendió que su padre se había ido de su vida. No podía seguirle en su viaje. Se preguntaba si su padre recordaría el entierro del abuelo Melquíades y sus andares detrás del ataúd con un pañuelo entre las manos y una cinta negra en el brazo como si fuera el capitán de algún equipo de fútbol inexistente. En algún momento llegó a pensar que podría compartir con su padre algunos sueños y silencios pensando erróneamente que formaba parte de su vida más íntima. Pero nunca fue así. Él proyectaba sus fantasmas y sus sombras sobre Eloy y tapaba cualquier esperanza de complicidad.

El coche fúnebre se puso en movimiento. Iba acompañado de otros dos vehículos negríssimos. Salió rápido, casi se podría decir que el amigo que le saludaba cada mañana por la ventana, con su fino bigote para parecer mayor, tenía prisa por descansar eternamente. Deseaba no tener más miedo, que ninguna granada o una ráfaga al doblar una esquina le removieran el alma. Tenía prisa por llegar a su pueblo. Tenía prisa por sentir el olor de su madre.

Luego, al cabo de muchas horas, el coche fúnebre llegaría a cualquier pueblo. Quizá habría una loma junto a la iglesia y al cementerio. Alguien labraría el campo y el suelo removido mostraría el color más profundo de la tierra. Unas mujeres a la puerta de su casa verían pasar el cansado coche fúnebre y se volverían para mirarlo, mientras algunos pájaros se amontonarían dando círculos por el cementerio, como si fueran una nube de cuervos negros que quisieran asegurarse de la muerte de un niño que se dejó un fino bigote para parecer mayor.

Era otoño y el escaso sol que trataba de calentar su rostro y secar sus lágrimas acariciaba el paisaje de Inchaurrondo, lo suavizaba. Se giró hacia el Dios Sol y lo miró fijamente como hacía en Atarfe, tratando de taparse la vista cuando alguna nube se interponía. Del sol no huiría nunca, lo cogería con sus manos, lo apretaría, se lo guardaría en el bolsillo como si fuera una canica y lo sacaría cada día al despertarse sin cansarse de absorber todo lo que le rodeaba en Atarfe, los campos, las pequeñas colinas, sus árboles, el olor de la tierra seca y el susurro de las hojas que iban cayendo en el dulce otoño granadino.

La cercanía del mar en San Sebastián no era suficiente consuelo. Los cercanos y a veces lejanos disparos, los ladridos de perros, las sirenas, las procesiones fúnebres y las casas grises conseguían detenerle como un diminuto ser que no alcanza a ver lo que sus ojos miran.

Eloy creía firmemente que la muralla del cuartel dividía dos mundos distintos en los que era perceptible, y lo sería todavía más a medida que pasara el tiempo, el objetivo de todos los muros del mundo. Separar. Dividir. Matar poco a poco.

5. El miedo

Se ha dicho en alguna ocasión que hay hombres capaces de dominar la sabiduría de comprender a otros hombres sin ni siquiera hablar el mismo idioma, incluso quizás haya quien ha aprendido a entender a las máquinas o a los animales, pero apenas hay nadie capaz de comprender a un niño.

El niño dejará entreabierta la puerta de su cuarto para ver la luz de los adultos y así permanecerá largos minutos, en silencio, con cautela, escondido tras su bata, mientras ve los sollozos en que se convierte la vida. Luego cree, tal vez recordando las paredes del útero, que hay algo que le roza el rostro y, sus ojos, rojos e hinchados por el llanto, se transforman en dos luces cegadoras que, para su sorpresa, recobran la sonrisa y alejan los llantos.

Los niños se pasan la infancia ignorando a la muerte en un supremo acto de madurez envuelta en dientes de leche, otorgando disculpas a diario sobre los placeres de los adultos. Vivimos separados de los niños por una barrera de miedo en la que olvidamos que un día fuimos pequeñas nubes en un cielo infinito. El miedo que invade a los niños en noches de oscuridad es como un ciclón desmesurado que lo arrasa todo, es como un barco sin banderas que naufraga en medio de los mares, y ellos, los niños, allí solos, a merced del temporal, esperan a ser rescatados del mundo avaro que se han encontrado. Y entre tanto, los adultos se refugian en un islote azorado esperando a que regrese la calma al mar enloquecido de la vida, para recordar lo que un día fueron en la tranquilidad de un recuerdo, de una foto aposentada en un marco que la aguantará incesantemente, mientras pasaron tragedias en el incendio deslumbrante de su vida, para perderse siempre en la quietud de su memoria, en una irreconocible fotografía.

Es muy posible que el miedo nunca hubiera nacido si no existiera la noche. Ese miedo que acompaña a Eloy y a Ander disimulado tras una sonrisa.

6. El día que conocí a Eloy

En la vieja y desconchada consulta del doctor Elósegui solía haber mucha gente. Sobre todo por las tardes. Estaba cerca de mi casa y llevaba visitándola desde que el médico de Marsella dijo que no había nada que hacer con mi pata corta. La calle era muy tranquila y me gustaba mirarla porque había un parque enfrente donde los niños jugaban a fútbol y yo podía verlos desde la ventana de la consulta. La casa del doctor Elósegui era tan grande que cuando iba al lavabo, a veces me perdía por habitaciones vacías, deshabitadas y frías, y siempre acababa descubriendo algún nuevo recoveco que me dedicaba a investigar hasta que me cazaba la enfermera, que tenía muy mala leche y me devolvía a la consulta como si llevara un conejo agarrado por la nuca. La espera solía ser larga porque el doctor Elósegui se entretenía mucho con los pacientes. A mí me preguntaba de todo, aunque no tuviera que ver con mi pierna. Me gustaba ver su sonrisa adornada con la barba y la bata blanca y cómo parecía que, a pesar de la presencia de mi *ama*, mantuviéramos una conversación que sólo él y yo entendíamos.

Allí, en la consulta del doctor Elósegui, conocí a Eloy. Era el mes de enero de 1983 y fue un invierno muy frío. Eloy se constipaba con mucha frecuencia, por lo que sus visitas al doctor Elósegui eran constantes, igual que las mías por mi pata coja, de modo que era sólo cuestión de tiempo que coincidiéramos. Estábamos los dos sentados en las sillas de la consulta con nuestros pies colgando sin tocar el suelo (bueno, yo sí tocaba el suelo), absortos en nuestros pensamientos, jugueteando con los dedos, limpiándonos los mocos, cuando empezamos a mirarnos de soslayo, con disimulo, como si quisiéramos evitar el cruce de miradas que se hizo inevitable. Sentados el uno frente al otro con los pies aún mojados por la persistente lluvia, nos turnábamos en las miradas aceptando un pacto irónico de no mirarnos fijamente.

Estaba tan absorto que no me fijé en que, de pronto, Eloy se levantó y se dirigió hacia mí.

—Hola, ¿te gusta el fútbol? —me dijo.

Antes de contestarle pensé en si lo conocía de la ikastola, si lo había visto por la tienda o por el barrio y no conseguí recordarlo. Me extrañó su atrevimiento, su impulso por deshacer una situación embarazosa. Dos niños en una consulta médica y sin hablarse es una situación propicia para que uno de los dos, el más atrevido, se lance a romper el hielo. Eloy siempre fue mucho más atrevido que yo.

—Claro que me gusta el fútbol —dije, con un tono algo seco y descortés.

A Eloy no le afectó lo más mínimo la respuesta educada pero cortante y prosiguió:

—Yo soy del Barça. Nunca he estado en Barcelona pero soy del Barça.

—Pues no entiendo cómo se puede ser del Barça si no has estado nunca allí. Yo soy de la Real Sociedad y he nacido aquí —le dije como si no se pudiera hablar inglés y ser de Alemania a la vez.

—Ya, tienes razón, pero es que yo soy de un pueblo que se llama Atarfe y su equipo es muy pequeño, el campo de fútbol es de tierra y no dan los partidos por la tele. Además, como sólo he vivido en Granada, un día decidí que sería del Barça.

Me invadió cierta compasión por Eloy, consideré que no estaba siendo demasiado amable con él y que al fin y al cabo me encontraba ante una oportunidad única de poder hablar con alguien al que no parecía importarle que yo me hiciera el listo y que quizá cuando descubriera que era cojo, no saldría corriendo como todos. Lo sorprendente es que en ese momento yo no podía llegar a imaginar cómo sería nuestra relación. O por lo menos en ese primer contacto en la consulta del doctor Elósegui,

rodeados de abuelos quejosos con bastón, madres con vestidos oscuros y medias torturadas por las varices, mientras los dos mirábamos por la ventana a los niños serpenteando en un partido de fútbol por el parque de Andonegui bajo un txiri miri tan frecuente como pertinaz.

—¿Te das cuenta de que ese niño con el pantalón negro, sí, el que juega de delantero, parece como si jugara solo, como si el resto del equipo no le entendiera? —le dije, mientras valoraba todavía los pros y contras de su amistad.

—¿Cuál, ese que es muy bajito?

—Sí, ése. Y no es tan bajito. Tiene sólo once años y se llama Asier. Es muy amigo mío.

—Mentira. Yo *quería* ser su amigo; él *no*.

—Bueno, si sólo tiene once años no es tan bajito, claro. Juega muy bien y creo que tienes razón, los demás no le entienden. Está desesperado. No se la pasan.

Los ojos negros de Eloy recordaban al cielo de Donosti cuando se preparaba para llover. Su mirada era entre indolente y brillante con una pizca de tristeza, una tristeza que no se extendía a su forma de ser y de hablar, a su fervorosa positividad. Pero era una mirada triste, al fin y al cabo. O yo, al menos, la recuerdo melancólica. Me preguntaba si cuando se enterara de que no podía jugar a fútbol, ni correr muy deprisa, ni tan siquiera ir en bicicleta (y además no tenía bicicleta), o cuando descubriera que mi fragilidad iba más allá de mi pata coja y se extendía a mi asma y a mi miedo casi reverencial a que un nuevo contratiempo me acercara a la religión como único salvavidas ante tanta desgracia, saldría corriendo como Asier, Arkaitz, Mikel, Egoitz o Buba «el Moro» (tenía el pelo muy rizado y era muy moreno y no entendía ni papa de euskera).

Estuve al menos dos semanas sin volver a ver a Eloy. Nuestra conversación sobre fútbol en la consulta del doctor Elósegui parecía un vago recuerdo de algo que realmente no había ocurrido. Tiempo después, Eloy me dijo que le traje mala suerte (y la que le esperaba) porque cuando llegó al cuartel ese día, empezó a notar cómo le entraba un nuevo y clásico dolor de garganta que vaticinaba un par de semanas con fiebre, mucho dolor y sobre todo, el abatimiento producido por los antibióticos. Eloy era frágil, su sistema inmunitario y el mío eran bastante parejos, como si nuestros linfocitos T estuvieran tan absortos en atacar al enemigo, tan entrenados por todo lo que oíamos y veíamos en Inchaurrondo, que ellos, los linfocitos T, se habían convertido en unos expertos guerrilleros preparados para todo. Y eso hacía que a veces confundieran las bacterias o los virus con las alergias o un simple resfriado.

Tuvo que ser el doctor Elósegui y su consulta la que nos juntara de nuevo. En todos estos años muchas veces he pensado en el papel que desarrolla en nuestras vidas la casualidad, el determinismo o el destino. Nada podemos hacer por cambiar aquello que nos va a marcar irremediabilmente en la vida. Ni en lo bueno ni en lo malo. Nada. Yo no tenía motivo para visitar de nuevo al médico, pero un grano desagradable, austero y sin encanto que me salió en la cara me llevó de nuevo al castillo, que era como llamábamos a la consulta del viejo doctor Elósegui. Y allí me encontré otra vez a Eloy. Estaba desmejorado, pálido, ojeroso y no hizo gesto de alegrarse por mi llegada. Se encontraba sumido en la más absoluta indiferencia, mirando el techo o las cortinas y dando constantes golpecitos en la pata de la silla hasta que su madre le dijo que se estuviera quieto.

El aspecto de Eloy era realmente deplorable. Llevaba su inseparable abrigo azul descolorido, casi blanco, abrochado hasta donde la cremallera alcanzaba, y parecía no oír los insoportables gritos de un bebé que esperaba también en la consulta y que estaba consiguiendo que yo empezara a considerar que un bebé llorón no sólo no era

el origen del mundo sino algo insensato, inútil y una pérdida de tiempo para todos los que tenemos que soportarlo. Pues bien, a Eloy parecían no afectarle aquellos berridos y su atención se centraba en la ventana donde ese día no se veía ningún partido de fútbol porque, para variar, llovía a mares. Decidí levantarme y dirigirme a él con disimulo, no quería que pensara que me moría de ganas por entablar conversación.

—¿Qué haces? —dije torpemente.

—Ahora, hablar contigo —me dijo con un hilo de voz y malhumorado.

Con una voccecita apenas audible y gesticulando con su mano hacia el cuello, me vino a decir que no podía hablar mucho, que le dolía la garganta, y por cómo se ponía la mano sobre la frente, deduje que también debía tener fiebre o que le dolía la cabeza.

—¿Te duele la garganta?

Asintió y deduje que el dolor debía de ser insoportable. Al acercarme vi sus pupilas dilatadas, su tez blanquecina y sus labios profundamente rojizos mientras la tristeza inherente a su mirada era excesivamente lánguida, como si hubiera decidido que el dolor le había vencido. Estaba cansado y su respiración era jadeante.

De pronto se fue poniendo cada vez más blanco, su cara estaba adoptando un color deslucido, hundida su mirada y tambaleante su cuerpo hasta que por fin cedió, cayendo al suelo con un golpe mayúsculo.

—¡Rápido, rápido! ¡Doctor, doctor! —gritó su madre, logrando que la enfermera que me cogía por el cuello como si fuera un conejo entrara desvaída en la sala de espera del doctor Elósegui. De repente, la consulta se convirtió en un reguero de lamentos y desdichas, mientras Eloy yacía en el suelo tenso como un palo, desprendiendo tanto calor que debería rondar los cuarenta grados de fiebre, cuando por fin el Doctor Elósegui lo cogió en brazos con asombrosa facilidad, le tocó la frente, miró sus pupilas y como si fuera un mago, consiguió que Eloy volviera a abrir los ojos. En el exterior se oía la llegada de la ambulancia.

No se me daba mal la mentira, me acostumbré a utilizarla a la tierna edad de cuatro o cinco años cuando me empeñaba en camuflar mi irremediable cojera con alguna lesión futbolística de esas que sufrían Arconada o Satrústegui y que les tenían unas semanas de baja. Era cuando aún tenía la esperanza de que mi pierna, un día, amanecería en su debido sitio y dejaría de ver el mundo a trompicones. A mi *ama* le pareció de lo más natural que me fuera al parque de Elorrieta o a la puerta del Hotel Londres donde se concentraban los jugadores de la Real antes de los partidos. Llevaba un par de días sin ver a mi *aita*. A veces desaparecía y mi *ama* me decía que había tenido que ir a Iparralde a comprar cosas para la tienda.

No era la primera vez que entraba en el hospital, pero sí la primera que lo hacía solo. Me pareció diferente a como lo había visto hasta ese momento, su frialdad, sus paredes blancas donde imperaba el eco y donde siempre era de día, enmascarando el negro olor que desprenden los quirófanos, los visitantes con trajes deslucidos y cara preocupada, y de pronto yo, allí en medio, con mis zapatos limpios y mi chaqueta preferida, veía el mundo con cierta indiferencia y con un aire de suficiencia.

En el momento en que me dirigía a preguntar en qué habitación estaba Eloy, justo en ese instante, la aparente paz de los enfermos se transformó en gritos, sirenas y miedo.

—¡Venga, fuera de aquí! ¡Apártense! ¡Urgencias! ¿Dónde está urgencias? ¡Llaman a un médico, por favor, rápido!

Pasando muy cerca de mí, llevaron inmediatamente al quirófano a un hombre con una especie de uniforme oscuro producto del humo o la metralla y con la cara amarillenta, sin apenas sostenerse sobre sus piernas. Al llegar a mi altura me aparté hacia la pared para dejar paso al gentío que se arremolinaba en torno al herido en una carrera

frenética hacia la sala de operaciones. Con el torso semidesnudo, el herido me miró con cierto desdén, como pidiéndome explicaciones por mi presencia en el hospital. Lo observé desde tan cerca que vi con absoluta claridad cómo su ropa y sus uñas estaban tiznadas de negro, y cómo de las palmas de sus manos brotaba sangre, que le impregnaba toda la ropa.

En ese momento, debido a mi curiosidad, hubiera dado cualquier cosa por saber qué piensa exactamente un hombre solo en una mesa de operaciones, cuánto tiempo dura esa soledad, en qué piensa un hombre que sabe que han querido matarlo y sin embargo han fallado. ¿Por qué han fallado? ¿Qué circunstancia incontrolable ha hecho que lo que debería haber ocurrido, que es su muerte, no se haya producido? ¿A quién le debe dar las gracias? ¿A Dios, a que el asesino se ha resbalado en el último momento, a que el arma se ha encasquillado o quizá a una distracción porque pasaba por allí una bella muchacha? En ese momento mi pensamiento se alejaba de lo que realmente había ido a hacer al hospital, para pensar fugazmente en la suerte de aquel hombre que probablemente salvó su vida.

Pasados unos minutos y como si el hospital fuera en realidad un escenario más de una guerra en la que momentos de aparente paz sucedían a los bombardeos, me dirigí hacia la habitación donde me dijeron que se encontraba Eloy.

Eloy Navarro López, segunda planta de pediatría, habitación 208.

Así me enteré del apellido de Eloy. Al principio me sorprendió porque casi todos mis amigos tenían apellidos como Goicoetxea, Uriarte, Bengoetxea, Lasarte o Gerritabeitia y hasta ese día no había conocido a ningún Navarro. «Será de Navarra», pensé, aunque creía recordar que me había dicho que era de un pueblo de Granada.

Cuando entré en la habitación Eloy estaba solo, apoyado sobre un sofá de color verde aceituna mirando por la ventana la concentración de ambulancias, coches de policía y algún periodista haciendo fotos en la entrada del hospital.

—¡Hola! —le dije, con una efusividad no acorde con nuestra todavía muy incipiente amistad.

Miró hacia la puerta con cara de sorpresa como diciendo «Y éste... ¿que hace aquí?» y comentó:

—Hola... ¿Cómo te llamas? Que se me ha olvidado.

—Ander, ¿no te acuerdas? De la consulta del doctor Elósegui. ¡Pero si yo estaba cuando te pegaste aquel trompazo!

—Sí, sí, ya me acuerdo. Es que creo que el golpe me ha perjudicado la memoria un poco.

—Bueno y ¿qué te ha pasado? ¿Por qué te caíste en la consulta del doctor Elósegui?

—Jo, no me acuerdo muy bien del golpe pero —dijo señalándose su sien izquierda— mira qué morado me he hecho. Además me han operado de anginas. Me las han quitado y no te puedes ni llegar a imaginar cómo llega a doler. Me molesta hasta el aire que respiro.

—¿Las anginas? —dije como si fuera imposible vivir sin ellas, como si fueran el hígado o el corazón.

—Sí. Dice el doctor Elósegui que cuando dan tantos problemas es mejor quitarlas. Que si no me las quitan me podía entrar reúma en el corazón. Y eso es muy peligroso.

—¿Reúma? ¿Y eso qué es?

—No lo sé —dijo Eloy como empezando a cansarse ante tanta pregunta.

En ese momento entró en la habitación un hombre de unos setenta años algo encogido en su porte, pelo canoso y ralo y un bigotito muy fino y muy negro que me recordaba al de los actores americanos de las películas de guerra que veía en el cine de Inchaurrena. Su rostro tenía un color cobrizo, como si pasara mucho tiempo a la intemperie y el viento del Cantábrico no parara de chocar contra su cara. A pesar de ello tenía una tenue elegancia en sus formas. Fue, cuidadoso al entrar y cerrar la

puerta, y mostró una sonrisa dulzona hacia Eloy y vacilante hacia mí. El rostro era más severo que la voz y su bigote había adquirido un tono artificial descolorido. Tras sus ropas se escondía un cuerpo que en su día fue musculado y que ahora se encorbaba levemente.

Mientras le estrujaba las manos, le dijo a Eloy:

–Pero bueno, ¿qué diablos haces aquí?

–¡Hola Canicas! Pues mira, que me han quitado las anginas.

–Bueno hombre, yo tampoco las tengo y mira, aquí me tienes más peripuesto que un don Juan.

–¿Y no las echas de menos? Es decir, ¿nunca más te has acordado de ellas?

–En absoluto. Y tú tampoco te acordarás.

Mientras Canicas intentaba animar a Eloy tratándolo como si fuera un adulto, que es como nos gusta a los niños que nos traten, observé que la cálida voz de aquel hombre parecía de otra época, no sólo por su edad sino por su vocabulario entre agradecido y solemne.

–Bueno, Canicas, ¿no crees que habrá que huir de este hospital? –dijo Eloy.

Canicas emitió una sonrisa cómplice y le dijo:

–Estaba yo pensando que cuando te den el alta podríamos irnos de excursión a los Montes de Lasarte. Conozco unos árboles que en el interior de la corteza tienen unos duendecillos que emiten sonidos de miles de años atrás. Y los prados que hay son mejores que el césped de Atocha. ¿Qué te parece?

A Eloy se le iluminaron sus tristes ojos imaginándose correteando por los prados de Lasarte.

–Sí, claro, y podría venir mi amigo Ander, ¿verdad?

–Bueno, si sus padres no ponen inconveniente...

–Sí, sí, sí. Mis padres, nada, no hay problema. Si hoy me han dejado venir solo al hospital. Mis padres me dejan hacer de todo. Tengo trece años pero voy a hacer catorce muy pronto y mi *aita* dice que a esa edad él ya trabajaba.

–En ese caso lo prepararemos todo para cuando Eloy esté bien.

Canicas había perdido la medida del tiempo desde que cinco años antes se había jubilado de la Guardia Civil después de más de cuarenta luciendo el color verde del uniforme y el emblemático tricornio. Canicas siempre decía que el día que desapareciera el tricornio, desaparecería la Guardia Civil. Le podrían dejar el mismo nombre, pero sería como un león sin melena o un vasco sin *txapela*.

Canicas había nacido en San Juan de Gaztelugazte, muy cerca del Palacio de Urgoiti, donde sus padres trabajaban cuidando las tierras y las vacas de los Aguirrezabalaga, propietarios en aquellos tiempos de todo cuanto rodeaba a la ermita. La primera vez que su madre le dio el pecho lo hizo en euskera, sus primeros pasos fueron acompañados de la vieja *txalaparta* que su padre tocaba sentado en una roca del agreste acantilado de la costa de Vizcaya, donde el mar trabaja sin parar en su empeño de erosionar rocas y crear túneles marinos con cuevas milenarias, y donde las gaviotas trazan vuelos en círculos como si fueran un escuadrón para protegerse del viento que las arrastra mar adentro.

Canicas se había esfumado de las fronteras que le marcaba su *aita*, ahora pertenecía a un mundo donde la paz de Gaztelugazte no tenía cabida. El límite de la realidad era un laberinto de espejos que distorsionaban su pasado de niño vasco e imágenes retorcidas de su edad adulta vistiendo el traje verde.

Un matrimonio fracasado del que se culpó toda su vida le hizo despedirse de sí mismo y le dejó como herencia una sonrisa vaga entre escéptica y melancólica.

El acceso a San Juan de Gaztelugazte era sobrecogedor. Una estrecha vereda que partía de tierra firme y cruzaba sobre las rocas por un puente de piedra permitía llegar hasta la zona superior del islote después de ascender cerca de doscientos cincuenta escalones.

La isla estaba atravesada por túneles y había numerosos arcos creados hacía miles de años. A sus lados se abrían playas de piedra de donde muchos buceadores no habían salido nunca, engullidos por un mar que les trataba como a invasores de su paz.

La costa, acantilada, abrupta, llena de piedras arcaicas, estaba cubierta de vegetación. Los acebuches, árgomas, encinas milenarias y castaños le sirvieron a Canicas en sus juegos infantiles como única compañía en una infancia salvaje y solitaria. En el mar, de fondos rocosos, existían praderas de algas, con especies tan extrañas como las rodofíceas.

El cielo aparecía inmenso, desbocado, perturbado tan sólo por las aves marinas que lo circulaban en manadas buscando la isla de Aqueche, a la que sólo se podía acceder por mar y donde las gaviotas se reproducían con tranquilidad. Canicas observaba desde la barca de su *aita* cómo unas extrañas gaviotas de patas amarillas y cuerpo pequeño aterrizaban en la isla y se instalaban en la orilla para ahuyentar a cualquier pescador que osara interrumpir la paz de Aqueche.

En nuestras primeras excursiones juntos, Canicas nos acompañaba, como si no se fiara mucho de mí. Yo creo que su afán por proteger a Eloy le hacía mostrarse precavido y vigilante. Nadie mejor que él sabe que los vascos somos capaces de lo mejor y de lo peor. Y no quería que eso le afectara a Eloy y a los demás niños del cuartel que aún no habían adivinado que ellos también se habían convertido en enemigos de los que vivían fuera del cuartel. Y los que vivíamos fuera también éramos vistos como enemigos por los habitantes de la fortaleza. Era como una historia excéntrica de dibujos animados, la retransmisión en directo de un mundo en el que unos pocos guiaban al resto. Se deformaba todo, nos atolondrábamos unos y otros en un mundo desintegrado por la violencia. Canicas sabía mejor que nadie que en la niñez los espacios se alteran por órdenes de los mayores, y que por mucho que se ocupen los niños en sus quimeras balompédicas, al final los llevan a buscar la realidad y a olvidar sus sueños en forma de pelota.

—Con lo grande y hermosa que es mi tierra estoy harto de que la quieran convertir en un barco en cuarentena y encerrarnos a todos dentro como si quisieran protegernos del mundo —acostumbraba a pensar en voz alta Canicas.

Los primeros cuentos que nos explicó Canicas tenían mucho que ver con las historias que su *aita* le había contado sesenta años atrás.

—¿Sabéis? La iglesia de Gaztelugazte, al lado de donde yo nací, está dedicada a San Juan porque allí fue degollado por las almas ateas de nuestros antepasados. Ahora está cerrada la mayor parte del tiempo, pero cuando era niño las puertas estaban abiertas todo el día e incluso por la noche, y yo me he llegado a encontrar a guerreros templarios que descansaban allí para proseguir su camino.

—¿Quiénes son los guerreros templarios? —preguntamos al unísono mientras escuchábamos embobados las historias que Canicas nos explicaba con una paciencia infinita.

—Los templarios eran caballeros cristianos que luchaban por reconquistar Tierra Santa. Viajaban a lo largo de los continentes a lomos de sus caballos y, empuñando sus espadas, se enfrentaban a las tribus de indígenas. Pero la Santa Iglesia los quiso

erradicar de la faz de la tierra porque estaban acumulando mucho poder y contaban sus batallas por victorias. Y por eso se escondían en la ermita de Gaztelugazte. Y se siguen escondiendo, no creáis que han desaparecido.

Por un momento Eloy y yo hicimos una traducción libre del cuento de los templarios, y los imaginamos como los guerreros de *La guerra de las galaxias* con sus trajes blancos y espadas luminiscentes mientras Canicas continuaba.

–Luego –añadía– el Señor de Vizcaya, Iñigo López, la donó al pueblo y...

–¿Has dicho López? –interrumpió Eloy.

–Sí, Iñigo López.

–Pues entonces tiene que ser un tío mío.

Canicas y yo nos miramos un tanto perplejos.

–Sí, yo me llamo Navarro López. Entonces ese tal... ¿Cómo has dicho que se llama, Canicas?

–Iñigo, se llamaba Iñigo, pero no creo que...

–Eso Iñigo, pues sería tío de mi madre. O sea que si era Señor de Vizcaya, mi madre sería Señora de Vizcaya. ¿No? Y quizá yo también.

–Bueno... quizá sí. Pero a lo que iba. Luego sufrió un ataque de los piratas, nada menos que del pirata más famoso de la época: el corsario Drake, que saqueó la iglesia y la dejó como una cabaña. Se llevó las figuras de San Juan y hasta el altar que era de madera de roble vasco.

–Y el pirata Drake, ¿llevaba en su barco una bandera con la calavera como el Corsario Negro? –preguntó Ander.

–Una no, llevaba dos. Una en proa y otra en popa. Y dice la leyenda que en la explanada de la ermita están enterrados los piratas que se enfrentaron a Drake por robar las figuras de San Juan.

»¿Y sabéis cómo los mataba? Los colgaba boca abajo desde la cúpula hasta que toda la sangre les salía por la nariz y los oídos y cuando ya habían muerto, Drake hacía sonar las campanas y ordenaba que los lanzasen al mar.

»Por eso, cuando yo era como vosotros, oía repiquetear las campanas sin que nadie las hiciera sonar. Eran los espíritus de los corsarios que desde el mar salían cada atardecer.

»Pero la maldición de Gaztelugazte atrapó a Drake el resto de su vida. Jamás volvió a recuperar el raciocinio en el resto de su vida. Ni siquiera cuando saqueaba a los barcos españoles en el Caribe y de su boca salían espumarajos y ron, conseguía apartar su mirada de la figura de San Juan. Se asomaba por la ventana de su camarote y contemplaba largo rato bajo la luz de la luna y mientras más miraba, más recelaba. Recelaba hasta de las sirenas que surcaban los mares. Drake pensaba que si al menos pudiera enfrentarse a San Juan como si fuera otro pirata, podría vencerle en la lucha, pero en realidad era su espíritu lo que temía. Y, ¿sabéis una cosa? A los espíritus no se les puede derrotar nunca. Decía el pirata que San Juan no jugaba limpio, que lo provocaba a traición, martirizándolo donde más le dolía, apareciendo y desapareciendo y sin luchar de frente como hacen los hombres. Durante algunos años, hasta su muerte, anduvo huraño y destemplado arrepintiéndose centenares de veces de haber atracado con su barco en Gaztelugazte.

–Pero Canicas, ¿es verdad eso de que los piratas hacen sonar las campanas desde el mar? ¿Tú lo has visto? –quiso saber Eloy.

–¿Acaso lo dudas, muchacho? Mirad, os voy a contar algo que nunca le he explicado a nadie. Absolutamente a nadie. Los últimos tres meses que viví en Gaztelugazte, cuando ya había muerto mi padre y a mi madre ya no le faltaba mucho, anduve ciertamente trastornado, como podéis comprender, y me dediqué a dormir de día y caminar por las noches, como si fuera despidiéndome poco a poco del lugar. Me encerré en mi propio silencio sabiendo que tenía que abandonar la isla. Jamás vi el mar

tan irritado, los árboles arrancados de la tierra por un viento indómito, la yedra afligida; incluso llegué a ver a los animales temblar, andando erguidos como esperando una desgracia. Una tarde el temporal arremetió con fuerza, inundó todo cuanto encontró, llegaban a salir de sus escondrijos las fieras que, ahogándose bajo tierra, se suicidaban a golpe de ola. Fue el Apocalipsis. No fue una tarde lluviosa y con viento. No fue un machete en forma de agua que caía desde los cielos. Fue una calavera que a lomos de su caballo sembró de muerte la isla. De golpes perfectos degollaba a los animales, estuvo toda la noche empujado por la furia de la lluvia repartiendo hachazos por doquier. Cargaba como si fuera un ejército de calaveras que lograba enmudecer hasta a los pétalos, que muertos caían sembrando una alfombra roja entre la hierba. Cuentan que de no haber sido por el caballo que se resistía a avanzar por el miedo que le producía su jinete, habría degollado hasta a los niños que se hubiera encontrado, arrancándoles la cabeza con sus propias manos.

Sin ni siquiera darles a tiempo a salir de su estupor, Ander y Eloy no podían creer lo que Canicas les estaba explicando. Pálidos y con un cosquilleo que se había extendido por sus brazos, buscaban acomodo entre las piedras del parque de Andonegui, mirando a sus espaldas por si aparecía algún guerrero.

–Sigue, sigue, Canicas.

–¿Seguro? No os estaré asustando, ¿verdad?

–No, no, Canicas. Estás hablando con dos hombres que no se asustan nunca. Bueno, casi nunca –susurró Ander entre temblores de dientes.

–Eso pensaba yo. Pues entonces el guerrero con cara de calavera se cayó de espaldas y su caballo despavorido huyó en una carrera que lo llevó al precipicio del acantilado más alto de toda la isla, estrellándose contra las piedras de la playa. Yo, al verlo, también me caí de espaldas y retrocedí cuanto pude hasta la puerta de la ermita. En ese momento apareció San Juan y os digo que era San Juan porque llevaba la misma túnica y la misma corona que la figura que un día se llevó Drake. «Entrega la espada», le dijo San Juan al jinete sin cara.

Ander introdujo su fría mano por la espalda de Eloy, que de un bote se incorporó.

–¿Qué haces? –le dijo Eloy.

–Comprobar que no tenías miedo.

–Pues no tengo miedo. Ya lo has visto –dijo enfurecido.

–Vale, vale, ya lo he visto.

–Bueno, escuchad, que ahora viene lo mejor –dijo Canicas–. San Juan sacó de su cinto una afilada y brillante espada de oro macizo que relucía como un sol en medio de la jauría en que se había convertido la ermita. Cuando movía la espada, silbaba como si fuera el mismísimo viento que gritaba más de lo que hayáis podido escuchar en vuestra vida. De pronto, la espada apuntó a la cabeza de la calavera, que detuvo el golpe dando un paso atrás con su negra espada. San Juan cogió su brazo y estiró fuerte de él haciéndole casi caer, al tiempo que con una fuerza espectral lo lanzó por los aires cayendo sobre las escarpadas rocas del acantilado. La calavera se había recuperado y contraatacaba blandiendo su negra espada con golpes tan rápidos que apenas se veían en la oscuridad de la noche. San Juan detenía cada golpe con sabiduría, con el mismo arte que un soldado acostumbrado a la lucha, y empuñaba su arma como si no pesara, como si fuera una pluma entre sus dedos. Volvía a arremeter con fuerza la calavera en un desesperado deseo por continuar sembrando el terror en la isla, a la vez que los animales y las plantas invocaban a todos los Dioses para que volviera la paz a la ermita.

»Antes de que pudiera responder, San Juan lanzó un ataque frontal que lo empujó hacia las escaleras. Se convirtió en el hombre más grande que jamás haya visto. Le dio varias sacudidas y golpeó con mucha fuerza su cuerpo contra el suelo. Cogió su mano derecha y le arrebató la espada negra. En aquel momento y justo cuando iba a

decapitarlo y el jinete yacía en el suelo, la cara del derrotado se fue tornando humana, desaparecieron los huecos de la calavera y como si fuera un sueño, apareció la cara del Corsario Drake. En ese momento San Juan soltó la espada de oro y se arrodilló frente a Drake, que ahora sí, con aspecto humano, cerró los ojos para siempre.

—¿Y no lo mató? —preguntó Eloy—. ¡Tenía que haber aprovechado ese momento!

—¿Pero no ves que ya estaba muerto? Cuando cerró los ojos quiere decir que se murió —le dijo Ander.

—Un momento —soltó Canicas—. No, no lo mató. San Juan sólo vino para darle una lección. Para enseñarle que nadie es dueño de nada. Que no se puede imponer la barbarie y la destrucción y que la ira sólo genera ira. Habéis visto cómo acabó su querido caballo, y los piratas que siempre le acompañaban y que hasta su propio barco desapareció entre las olas. Al final, cuando utilizas la violencia, te acabas quedando solo. Es cuestión de tiempo. Pero te acabas quedando solo.

Fue así de sencillo, tan sencillo que Ander y Eloy se sintieron casi decepcionados. Se esperaban un espectáculo de venganza, de más alboroto. Creían que las guerras siempre tenían un sentido. Y de eso, poco a poco, fueron aprendiendo que nada de nada.

7. El teniente Navarro

El padre de Eloy, antes de ingresar en la Guardia Civil, se ganaba la vida en un taller de motos, el único taller de Atarfe. Entendía los circuitos y los planos de mecánica con una gran facilidad. Reparaba las motos, las reutilizaba, convertía un amasijo de hierros en un ciclomotor. Por el taller pasaban también viejas bicicletas, artilugios para arar el campo, molinillos de café y hasta juguetes antiquísimos que le encantaba reparar. El taller era propiedad del tío Terencio que, mientras Antonio, el padre Eloy, se acababa de aclarar el futuro, le dio la posibilidad de aprender un oficio. Y vaya si lo aprendió. Siempre tuvo mucha mano para entablar conversaciones con los cables y los motores. Sin embargo, eso de hablar con las personas no se le daba tan bien; era ciertamente huraño aunque más por timidez que por otra cosa. Cuando entablaba conversación con algún vecino, su piel se tornaba rubicunda, su mirada descendía al suelo y respondía siempre con evasivas. Lo cual tampoco era de extrañar teniendo en cuenta que era hijo de Melquíades Navarro, que según decía el párroco de Atarfe, era un desagradecido y un ateo del carajo. También hay que decir que el párroco era muy mal hablado y llamaba ateo a cualquiera que faltara el domingo a misa. Con lo que la mitad del pueblo era ateo, porque se iban turnando y mientras unos iban al partido de fútbol del Real Atarfe, a los otros les tocaba escuchar a don Salvador, y aunque sólo fuera por no oírlo, el que había ido al fútbol, el domingo siguiente iba a misa y viceversa.

El taller del tío Terencio estaba situado detrás del bar más concurrido del pueblo, que a última hora de la tarde se llenaba de los parados que se pasaban el día esperando a que algún señorito los contratara para segar el campo, recoger aceitunas y algunos hasta se conformaban con recoger estiércol con tal de trabajar y no aguantar a su mujer cuando llegaban ebrios a casa después de los chatos del bar «El Caudillo». Sí, el Caudillo en Atarfe aún seguía gobernando. El dueño del bar decía que no estaba dedicado al Caudillo, sino a Del Sol, el jugador del Betis que «acaudillaba» a toda la selección española. Nadie se lo creía. De hecho, dentro del Bar había una foto enorme de Francisco Franco, eso sí, hecha en el estadio del Betis y al fondo, pero muy al fondo, se veía al jugador Del Sol.

Encima del taller había un pequeño cuartito que el tío Terencio no utilizaba y donde Antonio guardaba piezas de motor corroídas por el paso del tiempo, muñecos sin brazo o Pinochos sin nariz, y libros, sobre todo los viejos libros de su padre que, antes de que el desagradecido y ateo Melquíades los quemara en una hoguera, fueron rescatados por Antonio. Entre reparación y reparación subía al altillo para, con una paciencia increíble, reparar las tapas, despegar las hojas que llevaban décadas sin que les diera el aire, pulir palabras ilegibles y hasta a coser las que ya, irremediablemente, habían caído desesperadas por el moho de la eternidad. La tenue luz de una triste y solitaria bombilla de la que pendía una telaraña y una ventana llena de polvo que daba al patio conseguían que allí no reinara una absoluta penumbra. De entre los viejos libros que salvó de la hoguera había de todo. Desde la generación del 98 al completo a libros libertarios de la Segunda República, pasando por manuales de instrucción del benemérito cuerpo de la Guardia Civil, pero lo que más le sorprendió fueron algunos manuales de la historia de un pueblo, el vasco, del que Antonio apenas había oído hablar. Se preguntaba para qué diablos su padre Melquíades Navarro, Guardia Civil de la primera promoción de la posguerra, había leído tantos libros sobre los vascongados que, además de muy lejos de Atarfe, tenían fama de ser muy suyos y no precisamente amigos de tan centenario cuerpo. La duda nunca se la aclaró don Melquíades. Siempre que salía a colación el tema respondía con evasivas o con un «no me acuerdo» o «me los encontré».

Allí, en aquel cuartucho donde el frío invernal de Atarfe le hacía temblar hasta los huesos, con el mismo frío que se siente cuando tu madre ha muerto mientras te daba a

luz, y con el odio que te profesas a ti mismo por haber matado a tu madre para que tú vivieras, con esa ausencia que ya no se olvida en toda la vida, es donde empezó a amar a la Guardia Civil, donde se empapó del espíritu ancestral y casi se diría que mitológico de un cuerpo militar que hacía funciones de policía y que fue introduciéndose en la memoria de todos los ciudadanos, adquiriendo tantos detractores como fanáticos admiradores. Pero fueron aquellos libros, tanto los de la guardia civil como los que le hablaban de aquel pueblo tan extraño, los que suavemente le impulsaron a convertirse en un guerrero con traje verde y un extraño sombrero que campaba por los montes a lomos de un caballo negro bajo el sol o a la luz de la luna.

El Bar El Caudillo estaba iluminado por una gran lámpara central mientras que las mugrientas cortinas conseguían que desde la calle no se pudiera ver absolutamente nada, evitando las miradas indiscretas de las mujeres del pueblo que andaban buscando al marido, con lo que se había convertido en un antro ciertamente lúgubre de hombres sin trabajo por los que no pasaba la historia, creyendo, algunos de ellos, que la Guerra Civil aún no había terminado. Casi todos habían combatido en lo que algunos calificaban como el mayor y más importante hecho de la historia de España después del descubrimiento de América. Como decía Paco, el dueño del Bar El Caudillo, Cristóbal Colón descubrió América para los españoles pero Francisco Franco nos enseñó a los españoles la libertad, la unión y sobre todo la igualdad. «Que se lo pregunten a los parados de Atarfe», pensaba Antonio.

Melquíades Navarro no había puesto más que un par de veces sus pies en el bar. A pesar de haber sido Guardia Civil durante más de treinta años en el pueblo y haber adquirido una fama universal como hombre recto, sobrio y justo, estaba especialmente carcomido por la tristeza que le había producido la muerte de su mujer, una tristeza que se transformaba en mala leche cada dos por tres o cada tres por cuatro, que es más. En el pueblo era conocido como «El jinete loco», al más puro estilo de jefe de una tribu sioux. Su caballo, que se llamaba *Rousseau*, levantaba todo tipo de suspicacias entre los ociosos habitantes de Atarfe que se empeñaban en decir una y otra vez que si le había puesto al caballo «*Ruso*» sería por algo. Nadie le pone ese nombre a su caballo sino es porque el dueño o el caballo tienen reminiscencias bolcheviques. Melquíades se llegó a desgañitar diciéndoles que no era «*Ruso*» sino *Rousseau* y ante la pregunta de quién era el tal Rousseau desistió de explicarles que era un filósofo francés, porque el remedio sólo habría servido para que dijeran: «Ves, lo que decíamos. Bolcheviques los dos».

Ese ramalazo bolchevique le venía a Melquíades de mucho tiempo antes de pasearse por las praderas de Granada a lomos de Rousseau. Digamos que su condición de Guardia Civil, sumada al hecho de que tocaba los cojones todo lo que podía a los señoritos de Atarfe, se comportaba siempre con una seriedad que rayaba la indiferencia y, como guinda, había participado en la Guerra Civil en el bando de Franco aunque no lo llamó nadie a luchar porque sólo tenía diecisiete años, le conferían un aura misteriosa para unos e infame para otros.

A los gritos de «¡Soldados de España! ¡Voluntarios de la patria!» se congregaron en la Plaza Mayor de Atarfe en julio del 36 los falangistas que habían estado escondidos durante el homenaje de autodestrucción con que se flageló la República, para tomar Granada y arrasar a los vándalos y bárbaros asiáticos que habían, con su refinada hipocresía, llevado España al abismo. Melquíades Navarro se recordaba a sí mismo en la plaza escuchando los gritos cáusticos de los falangistas llamando al pueblo a tomar las armas y a luchar contra los mariconazos de la República. No lo dudó. Preguntó dónde se podía apuntar para irse a la guerra, qué tenía que hacer para que le dieran un

uniforme y un fusil y un paquete de cigarrillos y sobre todo, qué tenía que hacer para salir del pueblo corriendo, rápido, con un fusil o con un caballo o con un camión repleto de soldados o con una súbita aparición del viento de levante que consiguiera sacarlo de allí. Sólo quería salir de Atarfe.

—Tendrás que llevar pan y algo de queso para el viaje —le había dicho su padre antes de ser fusilado por los comunistas en la tapia del cementerio—. Te esperará la soledad en cada estación que atraveses, pero sal, corre, vuela y no vuelvas a este pueblo. Corre, Melquíades, corre y lee y ama y ten hijos y sobre todo no vuelvas a este pueblo. Pero, ¿a qué esperas Melquíades, a qué esperas?

Anduvo durante cinco horas hasta Granada por la vía del tren. Buscó en el pañuelo que llevaba a la espalda algo de pan y queso. Ambos alimentos eran de un color amarillo ciego, como si el sol les hubiera absorbido el color, mientras se decía. «Ya estoy llegando, ya, pronto veré pasar ante mí el mundo. Y leeré, y amaré y tendré hijos. Pero he de salir de este pueblo. Ya, ya estoy llegando, ya».

La arribada a un destacamento requeté se produjo unos meses más tarde, cuando tras haber recorrido media España, se alistó en las tropas franquistas. Aunque sólo fuera porque su padre fue fusilado por los comunistas del pueblo. Aunque sólo fuera por mostrar el orgullo de un hijo herido. Allí, en el destacamento requeté de Logroño, esperaron durante meses las órdenes de Mola. Desde la pequeña galería del destacamento se veían las ratas deambular por el sucio patio. Eran enormes, oscuras y con un rabo larguísimo. En ocasiones se peleaban entre ellas y soltaban unos gritos que nunca se pudo quitar de la cabeza. Melquíades las miraba durante horas y después se crispaba y sentía picores en todo el cuerpo. Algún soldado se liaba a tiros con ellas mientras algún otro que, como él, no sabía a ciencia cierta qué hacían allí, huía, se tambaleaba, se escondía. Algún oficial trataba de detener el órdago de tiros y les decía que guardasen las balas para los rojos. Aunque, añadía, las ratas y los rojos eran lo mismo. A menudo las ratas se convertían en un espectáculo. Algún soldado les echaba un mendrugo de pan y con los codos en las ventanas observaban cómo salían en manada y excitaban al personal para luego lanzar un cubo de agua y al estallar contra el suelo, comenzar la batería de tiros mientras reían con sus dientes negros y picados ante el escenario de roedores acribillados.

Era una niña. Una niña arrastrada como se arrastra un moribundo. Como tantos otros. Su nombre, guardado en el silencio de su boca. O al menos se negaba a decirlo. Tenía unos ojos rasgados y negros y una cabellera rubia que le recorría toda la espalda mientras el miedo le impedía hablar. El miedo y su dignidad. Sólo en ocasiones, cuando el miedo la vencía, se atrevía a emitir algún quejido. Ocupaba gran parte del día en mirar por los barrotes de su hacinada celda y a escribir en la tierra de su cárcel algunas palabras aisladas y sin sentido. Se iba acostumbrando a los gritos repentinos de los soldados o de algún prisionero que era arrancado de su celda para ser pasado por el fusil. Y sólo era una niña. Y en la oscuridad de la celda se oía a gente enferma, alaridos humanos rogando que les mataran de una vez por todas. Aquí no se sentía ni el frío ni el calor de los cuerpos míseros y esqueléticos, ni los dolores en la cabeza de los golpes que la trajeron hasta aquí.

Desfallecer en la cárcel era muy sencillo. Dejarse llevar por los gritos de las otras presas mientras eran arrancadas de sus celdas era como llenar la memoria de rostros que no se resignaban a morir. El miedo aparecía en sus ojos. El miedo al ruido de las llaves de la celda. Aquí, las imágenes de las espaldas encorvadas de algún preso viejo no presagiaban nada bueno. Ellos, los soldados, serían crueles en su victoria y nadie sabría cuándo iba a morir. Ahora Carmen, la presa de al lado, se había ido. Se la

habían llevado. Como ayer hicieron con Luisa.

Melquíades pensaba en el miedo. La gran mancha negra del miedo, los despertares arrancados en su huida de Atarfe, la noche del miedo. Matar le producía miedo. Miedo de sí mismo. Miedo de convertirse en un animal. En algo peor que un animal.

De madrugada, a lo lejos, se oía a los pájaros cantar una nana. A veces parecía la voz de la niña acunándose en la atmósfera del miedo. ¿Era la niña de los ojos negros y rasgados y la cabellera rubia, la que cantaba? De madrugada también se oía a algún gallo, todavía con vida, desplumarse bajo sus alas. A esas horas le dejaban un mendrugo de pan a la niña de los ojos negros y rasgados. Mientras, en el campo del miedo, algún pájaro descansaba sobre el techo de las celdas proyectando su sombra hacia el árbol del miedo. Hacia el árbol del que pendía una soga.

La luna no quería ocultarse entre las nubes que predecían la tormenta. El vacío de las calles contrastaba con el jolgorio de la victoria de hacía unos días. Las nubes parecían una esponja que dejaba escapar vapor mientras las moscas merodeaban los cuerpos encogidos de los muertos y los vivos. Cuando comenzara a llover, quizá escamparía ese olor nauseabundo y quizá se limpiaría alguna mirada.

Antonio Navarro sacudió el polvo del tricornio de su padre que estaba en el viejo y acerado armario del pueblo, de Atarfe. Su padre y su abuelo habían sido guardias civiles y para el teniente Navarro eso era como una religión, como un trozo de corazón que se va heredando de generación en generación, sintiendo una inquietud indisimulable cada vez que tenía que ponerse su tricornio. Eran como un ritual. Se acercaba al espejo que había junto a la cómoda del dormitorio, cogía suavemente el tricornio por los extremos y de manera casi divina lo iba dejando caer sobre su tupido aunque algo canoso cabello, como si fuera un torero en la antesala de su gran tarde, recreándose ante la imagen que le devolvía el espejo y deleitándose ante la sólida experiencia que, a pesar de los años transcurridos, no dejaba de provocarle cierto temblor inexplicable. Inexplicable como inexplicable es sentirse guardia civil hasta los tuétanos. Vivir guardia civil, dormir guardia civil, comer guardia civil y hasta soñar guardia civil.

Antonio miraba su pistola del nueve corto. La introducía en la funda acharolada y brillante que bordeaba su cintura. A continuación, se ataba los zapatos negros como un caballo negro que corre por las praderas de Granada. Verde y negro como verde y negro era su sombra cuando anocheecía esperando que mañana se convirtiera en el día más feliz de su vida.

No era fácil sobrevivir a un sueño, meditar en silencio acerca de la felicidad y que por el contrario eso representara una tenaza que te iba estrangulando poco a poco. Mañana, cuando por fin recogiera su despacho de teniente de la Guardia Civil, desearía que su padre y su madre hubieran estado presentes, verlos alejados de la multitud que invadía la Academia y observar su asentimiento, su cara de aprobación, el reflejo de haber cumplido el sueño de los dos.

«Qué lata esta guerra, ¿verdad hijo?» pensaba que le habría dicho su padre ante la seguridad de que debía abandonar Granada para agarrarse como un clavo ardiendo a los sobresaltos que le producía en la cabeza la idea ir a Euskadi. A esa tierra donde habían caído centenares de guardias, donde las heridas, creía, no cicatrizaban nunca, donde los guardias que no volvían eran como sombras cadavéricas que rodeaban el subconsciente de todos ellos, de los que aún vivían. Amigos y amigos de amigos se habían convertido en pequeños mártires olvidados y manipulados por unos y otros,

mientras había quien pretendía confundir a los caídos con las «bajas» de los terroristas.

«Sí, padre, es una lata esta guerra. Y yo no pienso abandonar a mi Soledad y a mi dos hijos para emprender un viaje que quizá no tenga billete de vuelta. Vendrán conmigo», se decía a sí mismo.

8. Joseba, mi *aita*

Hacia ya algunos años que las canas empezaron a aparecer en su duro y anguloso rostro provocándole un prematuro aspecto de vejez insolente del que su alma adolecía; la sinuosidad de sus rasgos, con unas cejas que parecían más bien un águila en pleno vuelo rasante que un paraguas de sus tristes e inteligentes ojos, conseguían que cuando fruncía el ceño, su rostro adoptara la categoría de un león que pretende defenderse de un peligro. Sus labios eran como una fina raya que apenas servía para articular alguna palabra sombría, extinta de esperanza, mientras sus dientes algo desordenados pedían a gritos unos aparatos para alinearlos. En su conjunto, la cara tenía las medidas y la consonancia de la coherencia. Sus ojos, de un azul inaudito, parecían indicar que la vida era muy larga para que pudieras vivir centenares de ellas, para que, como me decía a mí, fueras el guionista de tu propia existencia. Cuando me miraba, a veces pensaba que se estaba introduciendo en mi interior, escrutando mi sonrisa o mi silencio como si se sintiera culpable de mi cojera.

—Te has de dejar llevar —me decía.

La infancia de mi *aita* fue un tiempo de silencios y de angustias sobrellevadas con la esperanza de que un día aparecería su padre y lo levantaría en hombros. «¡Al diablo la abuela!», le oía decir a menudo. No hubo quien le dijera «ten cuidado al cruzar la calle, no hables con desconocidos, no dejes que te miren los hombres», nadie que le hiciera sentir diferente. Estaba marginado del mundo que le rodeaba, de los otros niños con padre, madre y misa los domingos, utilizando la soledad como refugio ante el alud de preguntas que se quedaban sin respuesta. Su mayor consuelo era esconderse entre los acantilados rocosos de la playa de Ondarreta como si fuera el vientre de su madre, un lugar en el que estaba prohibido entrar. Se imaginaba protegido entre la humedad de las rocas y las tinieblas del atardecer y se entretenía en esas horas calladas con lecturas de guerreros vascos que sólo existían en el imaginario de un pueblo acostumbrado a la lucha. La abuela no sospechaba sus incursiones en el mundo de la mitología vasca y a él jamás se le habría ocurrido compartirlas con ella. En la cueva de sus tardes juveniles dibujaba a los guerreros que galopaban por su imaginación en una vieja libreta que aún conservaba como un tesoro en una caja metálica entre sus ropas, llenando los días y las noches de terribles historias, de hermanos que luchaban entre sí, con cráneos descabezados y manos mutiladas en un reguero de sangre que se confundía entre las hojas del cuaderno.

Los ancestros vascos de mi familia eran unos grandes guerreros, feroces y aguerridos hasta la temeridad, que no temían morir llegando al martirio para proteger su esencia de pueblo inmortal. Las brujas y los heroicos *gudaris* se envolvían de una aureola de misterio para proteger las tierras vascas de la cristiandad, de la civilización y del progreso de la historia, llegando a degollar a sus hijos antes de permitir que cayeran prisioneros de sus enemigos.

Era mi abuela Edurne, a la que todo el barrio conocía como Mari Lamiak —o para que lo entendáis, la ninfa o la sirena—, la que me contaba estas historias de nuestros antepasados, los vascos. Según parece, la llamaban de ese modo porque cuando todo el barrio de Inchaurren la daba por muerta durante la Guerra Civil, un día apareció subiendo la cuesta que separa el barrio de Donosti envuelta en una sabana o túnica blanca con su melena rubia mojada como si acabara de salir de la playa del Gros, y como si no hubiera pasado nada, se sentó al lado de la estación a esperar no se sabe bien qué. Mi abuela era como una diosa de la Antigüedad. Su cabello continuaba siendo una interminable melena rubia ondulada y su caminar resistía el paso del tiempo apoyado en unos zuecos que, calzados por ella, parecían unos tacones de aguja finísima asemejándose a una diva del Hollywood de los años cuarenta que no notaba el paso del tiempo. Su mirada brillante se pasó la vida como debiendo fidelidad a un

fantasma, a un ser que quizá pasó por su vida como un rayo enviado por Urtzi, el Júpiter de los vascos.

Creo que la abuela lamentó siempre que mi *aita* no fuera como ella esperaba. Quizá había deseado una niña entre sus manos, quizá la pena y el horror de la guerra la dejaron demasiado seca para amar a su hijo. Quizá el amor fugaz la marcó para siempre y como si fuera la diosa del amor, se propuso esperar por los tiempos de los tiempos a unos ojos escandalosamente azules que una vez la miraron desesperadamente para salvarla del capricho de la muerte. Durante toda su vida hasta el día antes de morir, anduvo observando la puerta, las ventanas y hasta el correo por si llegaba el hombre de los ojos inmensamente azules al que un día juró esperar. Pero la angustia de la espera le duró toda la vida. No vino ni el primer día, ni la semana siguiente ni nunca más. Simplemente se esfumó de la faz de la tierra. La abuela siempre tuvo la esperanza de verlo aparecer un día en la puerta de la estación con su porte caballeresco y sus inconfundibles ojos mientras la buscaba con su imperiosa mirada entre la gente que se agolpaba allí a cualquier hora. Mil veces le pareció verlo llegar con su boina ladeada subiendo por la carretera de Inchaurren, bordeando a uno y otro lado viejas y derruidas estatuas de bronce.

—San Sebastián ha cambiado mucho y quizá él ya no me conocerá —se carcomía inútilmente la abuela.

Se habían construido inmensos edificios, la playa de La Concha estaba irreconocible y el cielo ya no estaba impregnado del humo de la contienda. Durante la Guerra Civil, Donosti aún era una ciudad pequeña venida a más gracias a la burguesía castellana y a algunos acompañantes de la nobleza que la elegían para terminar sus días en algún balneario. El Hotel Londres y el María Cristina continuaban inquebrantables mirando al Cantábrico y la ciudad, a pesar de los cambios, seguía fascinando con su encanto del siglo pasado, sus portales, las viejas iglesias y el aroma del tiovivo que te envolvía mientras el leve sol hacía su aparición en la antigua escollera.

—Yo ya no soy la niña temblorosa que él conoció —insistía una y otra vez convencida de que él regresaría.

Probablemente lo esté mezclando todo. No recuerdo qué edad tenía yo cuando murió mi abuela Mari Lamiak, pero no más de siete años y en cambio, la incorporé un día a mi vida sin que se me haya olvidado ni una coma de las aventuras y desventuras de su vida. Recuerdo con nitidez que murió un domingo de abril cuando ya en Donosti el invierno se retiraba empujado por un tibio sol, en esos días en que la ciudad parecía querer engañarte, haciéndose pasar por el lugar más bello del mundo. Cuando llegó la muerte a buscarla estábamos los dos solos en la misma casa en la que nació. Mi *ama* estaba en la tienda y *aita* en paradero desconocido, como estaba acostumbrando a hacer últimamente. Ya hacía unos meses que la muerte la estaba rondando mientras andaba envuelta en su sombría bata con sus huesos cada vez más pequeños y conservando su larga melena rubia que le proporcionaba un aspecto tenebroso. Mi abuela era mi hada y la cicatriz que tenía en el rostro era una muestra más de su lucha contra los gigantes de Basajaun, los hombres salvajes del bosque del Gorbea que la habían tenido raptada.

Joseba, mi *aita*, hasta que un día empezó a desaparecer de casa y volverse huraño y gruñón como un vagabundo, me llevaba en su furgoneta blanca a mostrarme el monte Igueldo o la imagen imborrable del río muriendo en el azotado Cantábrico, deleitándonos del cóctel de agua dulce y salada que se unían bajo el puente de Isabel II. Cuando comenzaba a llover, nos refugiábamos en la furgoneta blanca y mirábamos de frente cómo se enturbiaba el cristal hasta que no conseguíamos distinguir nada,

mientras mi *aita* se empeñaba en contarme historias en euskera. Era absurdo quejarse puesto que, en definitiva, mi padre me quería transmitir lo que no hizo la abuela Mari Lamiak, que nadie sabe por qué, pero se negó en redondo a hablar en euskera desde que la vieron aparecer como un hada por la cuesta de Inchaurren. A mi padre también le pesaba la soledad, se sorprendía a sí mismo recordando los cuentos de nuestros ancestros que luego tanto llegaron a cansarle, y añorando el abandono y la falta de ternura de la abuela Mari Lamiak, llegó a renunciar definitivamente a su amor y a procurar llevarle la contraria en todo.

Cuando dejaba de llover, aún con el cielo lleno de nubarrones, nos arriesgábamos a un nuevo paseo que irremediablemente acababa en otro aguacero mientras el azotado viento vasco empujado por las brujas de Zugarramurdi nos hacía tambalear al filo del acantilado de la playa de Ondarreta. Ese era el rincón preferido de mi *aita*. La playa más alejada de la Concha, donde se podía caminar sin calles abarrotadas de turistas, sin gritos persistentes y sin desilusiones en forma de hoteles lujosos. La recuerdo como una playa pequeña pero más ancha que la Concha por estar menos expuesta a la variación de las mareas, con sus vestuarios más propios de la playa veneciana del Lido o de Biarritz, a rayas azul y blanco como la Real Sociedad, y los interminables partidos de fútbol sobre un césped de finísima arena y un dedo de agua que hacía que los niños que allí jugaban parecieran pequeños duendecillos enviados por el Olentzero. Fue mi padrino Asier quien le puso el apodo a mi padre: «Aker». Decía el padrino, que estaba en la cárcel porque algún descerebrado comentaba que había matado a dos guardias civiles y yo no me lo creía porque mi padrino iba a ser cura y cómo va a matar a nadie, que mi padre era como un macho cabrío con capacidades para influir en los animales del monte Gorbea. Los akelarres adoraban a Aker que, junto a Maju, eran los genios subterráneos con forma de serpiente de varias cabezas. Comían animales e incluso hombres. La leyenda dice que San Miguel el Arcángel mató a Aker en el Santuario de San Miguel de Aralar ante la presencia de zezengorris y belgorris que lloraron su muerte en cuevas misteriosas.

Yo nunca acerté a saber qué tenía que ver mi *aita* con ese genio de la naturaleza llamado Aker, pero la cuestión es que todo Inchaurren sabía que mi *aita* se llamaba Aker, el hijo de Mari Lamiak.

Creo que Aker decidió alejarse un día de la marabunta de mitos solares y lunares, de númerones que adoptaban la figura de animales, de almas de antepasados, de ritos de culto doméstico, de leyendas que hablan de la llegada de una nube luminosa anunciando la llegada de Cristo, de seres con una fuerza mayúscula que acabaron con su vida suicidándose antes de caer en manos del enemigo. Mi *aita* se encontró, de pronto, en las calles huyendo del espíritu de Mari Lamiak y de toda su divinidad y prosopopeya, deambulando en compañía de otros seres anónimos que también huían de lo que les ofuscaba. Ese alejamiento de la casa y de lo que representaba la abuela es lo que poco a poco le acercó al giro radical donde se impuso la cultura de la muerte y del odio desprovista de cualquier significado. Me preguntaba por qué aparecía y desaparecía de casa sin un motivo aparente. Llegué a pensar que era un superhéroe, un mago con habilidades escapistas. Pero tan sólo era alguien que soñaba con ser otro. Quizá porque nunca estuvo del todo en un sitio. Es como cuando vas a ver un espectáculo de magia al que ya vas dispuesto a ser engañado y nada te sorprende. Porque sabes que hay truco. Mi padre salía a por tabaco y no volvía, al más puro estilo del gran Houdini. Desaparecía. Un día estás y al siguiente no. Sin notas de despedida, sin pretextos.

Ser sólo Aker, el hijo de Mari Lamiak, era poco para mi *aita*. Necesitaba ser más

personas a la vez. La seguridad de que hay otra vida más allá de ser el hijo de una loca y la certeza de no querer vivir más tiempo el camino que había elegido, le atormentaba. Mi *aita* se sentía esclavizado a unas cadenas de fracaso (incluido tener un hijo cojo y una mujer que no amaba). Para algunos es más fácil escapar que decirse las verdades y aceptarlas, del mismo modo que le resultó más fácil acercarse a la violencia que olvidar. ¿O es que lo hacía para olvidar? Mi *aita* y otros como él hicieron de su cobardía un trampolín hacia la gloria de un pueblo que los vitoreaba como vitoreaban los goles de la Real. Como el ladrón que exige más vigilancia para que no le roben su botín. A pesar de todo estoy seguro de que su bondad algún día regresará.

Pero antes del ofuscamiento de mi *aita*, todavía tuvo el tiempo suficiente para abrir la tienda de ultramarinos que nos daba de comer. Siempre me ha fascinado esa palabra: *ultramarino*, porque es imposible pronunciarla con prisas, es como si las consonantes y las vocales se enzarzaran en un mar inmóvil por el que no pasa el tiempo. Azul ultramar, fonética de otros tiempos, de allende los mares, de lejos, muy lejos de aquí. Olores de mi infancia, latas de sardinas de Bermeo, bacalao seco e imágenes que quedaron grabadas en mi mente de niño para siempre.

Mi *aita* decidió alquilar un local de la calle Baiztegui, en Inchaurreondo Alto, justo cuando mi madre se quedó embarazada de un niño que acabaría siendo cojo, y haciendo oídos sordos a las recomendaciones de todo el vecindario que le decía que abrir una tienda de ultramarinos tan cerca del cuartel de Inchaurreondo sólo le traería problemas, porque la mayoría de sus clientes serían las mujeres de los *txakurras*, de los perros guardias civiles y ellas también perras por estar casadas con un perro, y perras por no hablar en euskera y perras por tener acento *maketo* y más perras por no tener donde caerse muertas de lo que yo deduje que ante tanta perra, los hijos de esas perras serían unos hijos de perra también. Los más escépticos y menos primitivos le aconsejaron que se olvidara de abrir una tienda y utilizara la furgoneta blanca para hacer de transportista, que a él nadie le iba a quemar el coche. Sin embargo, salió airoso de su idea y el letrero de la tienda iluminaba la calle frente al cuartel.

Nadie nunca supo cómo consiguió el dinero para pagar el traspaso de la tienda ni tampoco mi *ama* pudo averiguar cuál fue el secreto para conseguir del ayuntamiento el permiso para hacer una salida de humos de la cocina que instaló, a no ser que financiara la totalidad del proyecto con algún secreto más que nos tenía bien guardado. A todos menos a Mari Lamiak. A la abuela no la podía engañar nadie. Y menos Aker, que sabía que Mari Lamiak era la divinidad femenina que vivía en las profundidades y que había conseguido poseer el poder supremo de la ética y también el poder de crear y destruir. Cuando ella le miraba fijamente, le atravesaba desde su cueva y provocaba una tormenta en él. Por eso no quería saber nada de la abuela. Porque ella lo sabía todo, lo que había hecho y lo que haría.

Mi *aita* se permitió incluso celebrar una fiesta para inaugurar la tienda de ultramarinos. Asistió buena parte de Inchaurreondo Alto. Casi todo el barrio. Todos menos Mari Lamiak. Más tarde le pregunté a la abuela por qué no fue y se limitó a gruñir y no me contestó. Estaba absorta desenredándose su pelo largo, larguísimo, recién lavado, acariciándose con un cepillo mientras se miraba en el espejo. Tenía esparcidas sobre la cómoda un montón de fotografías antiguas de cuando Aker aún no había nacido, de la época en que apareció por la cuesta con su túnica de sirena. Luego las guardó en una caja metálica entre sus ropas. Esa caja era su tesoro. Le pregunté si era cierto lo que decían los niños de Inchaurreondo Alto, que si había estado secuestrada por espíritus y uno de ellos, maligno, le había hecho un hijo, mi padre. Se lo pregunté porque aproximadamente nueve meses después de aquel día, que viene a ser lo

habitual, nació mi *aita*. Su respuesta volvió a ser un sonido indescifrable. Pasados unos meses de la inauguración, todavía había mucha gente que seguía pensando que aquella tienda no tenía ningún futuro. Pensaban que mi padre no sabía dirigir un negocio pero lo que más les influía para presagiar un mal augurio a la tienda era que estaba impregnada del aroma de Mari Lamiak. Y que todo lo que estaba relacionado con ella tenía mal fario. Aker, al principio, estuvo empeñado en demostrarles lo muy equivocados que estaban. No perdía ocasión de dejarle claro a todo el mundo que él no tenía, ya, nada que ver con Mari Lamiak. Que sólo tenía una habitación en su casa y que los pecados de ella eran sólo de ella. Además, se empeñaba en convertirse en un comerciante rico y pasado un tiempo, abrir otra tienda y luego otra, y otra y tener Donosti llena de tiendas de ultramarinos Eguzki. Le puso ese nombre a la tienda porque decía que el Dios Sol era el ojo de la vida y ahuyentaría las tinieblas de Mari Lamiak. Ya la había repudiado formalmente.

9. El día que la abuela dejó de ser Edurne Beguiristain

En septiembre de 1936 las tropas del General Mola tomaron San Sebastián. Tampoco les costó demasiado, a decir verdad. El habitual espíritu combativo de mis antepasados vascos quedó un tanto en entredicho ante la relativa facilidad con la que cayó en manos del fascismo. No fue Madrid, ni Asturias, ni tan siquiera Barcelona, que a pesar de sus diferencias con el gobierno de la República, apostaron por un frente común, por una lucha popular contra los insurgentes. No. San Sebastián fue tomada con inusitada rapidez. Con la misma rapidez con la que los fascistas se dedicaron a pasar por el fusil a todo vasco sospechoso de ser nacionalista, rojo o maricón, tanto les daba.

Una marabunta de gente cruzaba por el hipódromo de Lasarte buscando desesperadamente un tren, una barca o un asidero donde esconderse de las tropas franquistas. Muchos más donostiarras que de costumbre cruzaban la frontera hacia Francia en busca de un lugar seguro. El *lehendakari* Aguirre y todo su séquito ya lo habían hecho antes, emprendiendo una huida que dura todavía hoy. Al apagarse la luz de la tarde en San Sebastián, sólo unos pocos se arriesgaban a estar en la calle mientras las tropas se pasean jadeantes y hambrientas de sangre en busca de gentes que llevarse al campo de Lasarte donde los concentraban y, en un cruel ensayo del exterminio que se preparaba en Europa, los iban pasando por el fusil. Pero sin la sutileza de otros que vendrían más adelante, que convirtieron el genocidio en un *kit* completo. Captura, traslado, ejecución y desaparición del cadáver. Todo en uno. No. Las tropas franquistas no cayeron en tanta sofisticación y de una manera más decadente fusilaban a capricho de los soldados.

Mi abuela tenía diecisiete años cuando ocurrió todo. Aquella mañana se preparó un vaso de leche aguada en la desconchada cocina donde ya no había nadie. Su madre había fallecido unos años antes de tifus y su padre en el frente de Navarra luchando con los requetés de Mola. Nadie habitaba ya el piso de Inchaurren Alto. Le costó trabajo despertarse tras aquellas noches interminables de la guerra en las que permanecía con los ojos abiertos como si estuviera hipnotizada. Los disturbios de la noche en la que se ya se barruntaba el jolgorio de unos y la huida de otros mientras la abuela se debatía en la más absoluta desesperación la mantenían en vilo constante. «¿Huyo a Francia? ¿Me quedo y espero? Al fin y al cabo yo no he echo nada, y mi padre ha luchado a las ordenes de Mola», se decía.

Salió bien entrada la madrugada. Como era de noche, su presencia pasaba bastante inadvertida al resto de los vecinos que aún no habían huido. Cuando el pánico dejaba paso a un resquicio de esperanza, se entretenía calculando las posibilidades que tenía de llegar a Irún y pasar a Francia. «Quizá en otro país pueda empezar mi nueva vida», se decía. No resultaría fácil, pues tendría que atravesar toda San Sebastián sin levantar sospechas y ya se oían a las tropas franquistas en la playa de Ondarreta bombardeando el centro de la ciudad. El número de cuerpos inertes esparcidos por las calles era infinito. Hombres y mujeres, algunos conocidos, yacían en posturas inverosímiles con la cara desfigurada. Tenía que hacer un esfuerzo por contener la respiración ante el hedor que desprendían y dar saltos en una carrera de obstáculos no previstos para no tropezarse con ningún cadáver.

Podría encontrarse con el director del colegio, redomado franquista que le echaba en cara su carácter jovial y moderno, la antítesis de lo que tenía que ser una mujer respetada, o quizá con el dueño del piso, que la amenazaba una y otra vez con echarla

si no pagaba el alquiler.

–¿Pero cómo voy a pagarlo, Don Narciso, si mi padre ha muerto en el frente y yo no tengo ingresos? Pero si ya ve usted que como de lo que me dan las vecinas... Pero no se preocupe que sabrán recompensar la muerte de mi padre, el insigne vasco y español Don Vicente Beguiristain, el único hermano de los siete, que se unió a las tropas que liberarán a España del yugo comunista. Ya lo verá, Don Narciso.

Don Narciso Garrido, el muy cabrón, gordo como un sebo de tanto comer, le decía que le pagara con su carne. Que le perdonaba todas las deudas «si me la chupas un rato, Edurne, bonita. Venga, chúpamela. Ven aquí, ven aquí o te denunciaré a Mola por puta», mientras paseaba su recortado bigote por la nuca de la abuela hasta que ella le decía:

–¡Cerdo, cabrón, no me toques, me das asco!

Ya con más oxígeno en sus pulmones, tomó la Gudari Kalea, cerca de la Playa del Gros, con edificios derruidos a ambos lados de la calle que le daban un aspecto de ciudad muerta, secreta, como si antes no hubiera existido, como si fuera una más de las ruinas romanas de otro milenio. Al lado de un inmenso arco de lo que fue el cine del Gros, las retorcidas ramas de los árboles parecían hablar entre sí. En la plaza de la Escoriaza, donde tantas veces había ido con su padre, tuvo la impresión de ser la única testigo de un mundo que ya se había acabado.

La abuela siempre creyó en el fin del mundo. A mí me lo dijo innumerables veces:

–Corre Ander, corre, aunque tu pierna coja no te siga y sal de aquí, sal de esta tierra, corre, porque llegará el fin del mundo.

A mis seis o siete años me quedaba perplejo. Ahora la entiendo. Todo se repite.

Aunque creyera en el fin del mundo en los años de la guerra, ella proponía un futuro, la única eternidad posible ante tanta desgracia. «Tendré hijos, uno, dos o tres, los que yo quiera. Tendré una familia numerosa», se decía una y otra vez, como si quisiera disimular su inquietud mientras se comenzaba a alterar el normal funcionamiento de su vejiga cada cien metros, y se escondía entre las ruinas, se bajaba la falda y emergía un enorme riachuelo a la vez que le daba vueltas a la idea de tener algún día una familia numerosa. Y enamorarse. Jamás se había enamorado. Y soñaba con hacerlo, verse feliz, claramente enamorada de alguien que supiera quererla.

Caminaba por las traviesas de las vías. Huían hasta lagartijas y garrapatas en una frenética carrera. Los raíles, resbaladizos por la fina lluvia, dificultaban el equilibrio. La respiración era cada vez más agitada y las sombras de los postes eléctricos apenas eran trozos de madera donde apoyarse. El sonido metálico de algún tren lejano le hacía apartarse de la vía. El claxon de algún coche sonaba esponjoso en la intranquilidad atribulada de aquella noche. La abuela, al irse alejando de las casas, percibía sonidos, suaves rumores de palabras, de ruidos domésticos rápidos, el eco de la derrota y de la victoria.

Cuando volvió a acercarse a las oxidadas vías del tren, observó cómo ocho o nueve soldados ebrios de victoria agitaban sus fusiles como si de una verbena se tratase, y se ocultó entre las ruinas y la maleza de un viejo jardín. Los militares parecían volver de una excursión macabra de las tapias del cementerio de Polloe, como si vinieran de curiosear el fusilamiento, como si el olor de la muerte sin enterrar les llegara a sus hocicos sedientos de sangre. Un gato famélico mordía una minúscula patata en el suelo del jardín. El felino parecía encontrarse a sus anchas y ella ser una insólita invitada a su fiesta. El silencio de los soldados se impuso en la noche. Habían visto algo. «Será el gato», pensó la abuela, mientras recordaba la estación del Gros años atrás repleta de gente en las taquillas y ahora con ella como única viajera del tren que iba a ninguna parte. La duda y la confianza de que sería el gato el motivo del silencio de los soldados se desvaneció cuando vio unas botas gastadas acercarse a ella y apartar los matorrales con el fusil hasta dejarla al descubierto.

—Mirad, mirad qué hay por aquí, muchachos —dijo el sargento de los requetés.

La abuela no se daba por aludida y seguía pensando que quizá lo que habían visto era el gato, hasta que el sargento le tocó el trasero con el fusil y la sombra de su maltrecha bota se acercó a su cara.

—Pero ¿qué tenemos por aquí? Una hermosa muchachita. Venid, venid —decía el sargento con su camisa semiabierta.

Los soldados se acercaron con las manos ocupadas por el fusil y una botella de vino robada en algún caserío. Uno de ellos, con una gran barba y un ojo tapado que le confería un aspecto atroz, dijo:

—Mi sargento, hay que reconocer que lleva usted razón. Es una bella y joven señorita. ¿Qué haces aquí escondida? ¿Acaso tienes miedo a las tropas de España que os acaban de liberar?

Las risas histriónicas de los famélicos y malolientes soldados le producían inquietud. No sabía qué iba a pasar. La situación desagradable y el silencio que se imponía por momentos la hacía despertarse de un mal sueño. Eran las tres de la mañana en el viejo reloj de la estación y le parecían ver en el cielo astros y cometas fugaces sin necesidad de usar telescopios. Le bastaban sus ojos para saber que ella ahora era una nimiedad en el universo.

«Van listos si se creen que me voy a rendir tan fácilmente», se dijo en un arranque del genio de los Beguiristain.

—Ponte en pie —dijo el sargento—. ¡Sobre la pared!

El muro se lanzaba sobre ella, sobre sus manos, su espalda. Puso sus manos delante para intentar protegerse de un posible golpe. El dolor de espalda se extendió por sus piernas.

El sargento levantó levemente su fusil y le lanzó un golpe en la cara con la culata, consiguiendo que el color marrón de su uniforme se iluminara como producto de una luz que estalló en el cerebro de la abuela.

En ese momento la abuela pensó que la mataban, el agujero oscuro del fusil estaba muy cerca de su cabeza. Se acercaba. Olía muy mal. Le cogió el brazo fuertemente con la mano y las lágrimas le inundaron la cara.

—Gírate, dijo el sargento.

De un empujón la lanzó contra la pared, que vibró como en otras épocas cuando pasaba el tren de Irún, cuando de pronto uno de los soldados, con un reluciente crucifijo en su pecho y que hasta el momento no había abierto la boca, se acercó al sargento, bajó el fusil que apuntaba a la cabeza de Mari Lamiak, y dijo:

—Aquí estamos los soldados de Franco dispuestos a matar a una niña indefensa por España. Siete soldados que han matado a rojos, que han pasado hambre y sed, que se han arrastrado por las tierras de España y ahora vamos a decidir sobre si esta niña vive o muere. ¿Os parece eso bonito? ¿Creéis que eso es lo que espera el Generalísimo de sus soldados? Mi sargento, le suplico tenga usted misericordia de esta muchacha que sabe Dios de qué o de quién andará huyendo y démosle la oportunidad de que se explique o al menos llevémosla al campo de Lasarte con el resto de prisioneros y, una vez allí, si merece morir, que muera. Y si no, que vuele.

Entretanto, se veían desfilar por el paseo de la concha las divisiones victoriosas de Mola, que días antes gritaban a los donostiarras:

—¡Esclavos de Negrín, rendíos!

Mientras circulaban apuntando a todo lo que se movía y augurando el futuro que les esperaba a los que aún permanecían en la ciudad, desde lo alto del ayuntamiento se oía a un joven capitán requeté decir grito en alto: «¡SAN SEBASTIÁN NO SE HA RENDIDO, SINO QUE HA SIDO RECONQUISTADA POR EL EJERCITO Y LAS MILICIAS CON EL ESFUERZO DE MUCHAS VIDAS. SAN SEBASTIÁN ES UNA CIUDAD REDIMIDA CON SANGRE!». Y continuaba: «¡A SAN SEBASTIÁN NO LA

SALVARON LOS *GUDARIS* SINO LOS SOLDADOS DE ESPAÑA, LOS FALANGISTAS Y LOS REQUETÉS, A COSTA DE ESFUERZOS HEROICOS, DE JORNADAS SANGRIENTAS, DE ARROJO INIGUALABLE, A COSTA, EN FIN, DE CENTENARES DE MUERTOS!».

Edurne Beguiristain vio al ejército alejarse, aún perpleja por aquel soldado de ojos inmensamente azules que había detenido la mano asesina del sargento.

Vio el nuevo día desde una celda llena de humedades, como una cueva en la que se filtraba agua convirtiendo el ambiente en una atmósfera líquida donde los huesos crujían enmohecidos. Le costaba recordar la noche anterior y si habían pasados días o horas desde entonces. Apenas recordaba la mano de un soldado con un crucifijo en el pecho y unos ojos inmensamente azules que la habían salvado de una muerte segura. Fijado en el suelo había un camastro sin manta ni harapos con que protegerse de la fría humedad, mientras los barrotes constituían el único asidero para sus agrietadas y ennegrecidas manos. Con algo de esfuerzo consiguió encaramarse al camastro y, deducir, más que ver, que el campo de prisioneros se encontraba en una zona boscosa, probablemente a las afueras de San Sebastián.

Una vez al día pasaba un soldado con un gran manojo de llaves en su cinto y dejaba una sopa aguada y un mendrugo de pan. No era él. No era el soldado que la salvó. Él pasaba cada día a destiempo, como escapándose de su ocupación sólo para verla, procurando mantener el silencio de sus miradas delatoras de atracción.

Con el paso de los días, la humedad empeoró y adquirió tonos dantescos. Ya no quedaba ningún lugar seco donde apoyarse. Le costaba conciliar el sueño, a menudo interrumpido por los lamentos de algún prisionero, cada vez más desgarradores. Todos los días entraban más prisioneros que sólo conseguían sitio por las bajas de los presos que morían. Pasó tiempo sin ver al soldado de los ojos inmensamente azules y pensó que se habría olvidado de ella. Quizá para siempre.

Edurne se preguntaba por qué deseaba ver a todas horas a aquel joven soldado. Se decía que no era únicamente por haberle salvado la vida. Jamás se había sentido hipnotizada por una mirada como hasta entonces, incluso se dejaba llevar por pensamientos infantiles en una pugna con la realidad, creyendo vivir una historia de amor. Su primera historia de amor. Se preguntaba qué habría ocurrido si hubiera visto al soldado en otra situación donde no imperara el gran silencio de la celda, donde no gobernara el miedo, el miedo concreto, un miedo hecho de cuerpos extraños, de dolor físico y de lejanías. Edurne había tardado en conocer el silencio del que sabía que iba a morir, en saber que ese vacío no se llenaría y que las palabras dichas en voz baja eran sólo la piedad que envolvía al soldado. Una piedad que la desnudaba y reflejaba su sombra en el suelo acuoso de la celda mientras seguían pasando los días.

El cielo adquiriría un color rojizo en la noche, con los castaños y los robles adoptando figuras cadavéricas, y entre tanto, el aire, en aparente calma, hacía temblar los cuerpos y vaticinaba que el viento del Cantábrico estaba a punto de rugir fieramente mientras aparecían entre las rejas unas manos tendidas que le evocaban el recuerdo de la valentía de un soldado. Más tarde vio unas botas maltrechas que marcaban la celda del exterior y una capa que resbalaba por su cuerpo húmedo hasta rozarla como el ala inmóvil y plateada de una gaviota. El soldado la había llamado y ella, puesta en pie, anduvo silenciosa.

—Tienes pocas cosas aquí en esta ingrata celda. Un camastro y tu camisón blanco que trasparenta tu cuerpo. Pero no olvides este silencio denso roto por quejidos de palabras. Pronto se acabará todo y podrás correr y encontrarás gente que te haga compañía fuera de esta celda. Corre, camina, no te refugies en los horizontes que te

gritan en estas cuatro paredes. Sal, venga, date prisa y escóndete que, quizá algún día, cuando vuelvas, todo será más digno y no tendrás que olvidar nada porque llevarás en tus manos el recuerdo de un brazo que bajó el fusil que iba a estallar en tu cabeza.

La abuela Mari Lamiak recordaba esas palabras más de cincuenta años después, como también recordaba su empeño por no abandonar la celda a pesar de que el soldado de los ojos inmensamente azules encontró arrestos para devolverla de nuevo a la vida. La mujer de la celda contigua no tardó en discernir la ternura de aquellas palabras y arrastrándose dificultosamente, le decía:

–Corre, niña, corre, pero ¿a qué esperas?

La cálida luz de su cuerpo semidesnudo salió sin prisas de su celda en la penumbra de la noche. Iba ataviada con una túnica y un destartalado sombrero. La luz era cegadora y se reflejaba en su cabellera rubia mientras se iba alejando del campo de Lasarte. Nunca olvidaría aquellos ojos inmensamente azules que repetidamente la tuvieron, por un instante, entre sus brazos.

Ese día la abuela dejó de ser Edurne Beguiristain. A partir de entonces y hasta que muriera sería Mari Lamiak.

10. Un mundo con miedo

Parecía que el esfuerzo por no pensar en Atarfe afectara a Eloy en su capacidad de pensar sobre cualquier otra cosa. Dormía mal y siempre estaba cansado. El frío húmedo de Donosti no le ayudaba. La ciudad aparecía envuelta cada día en una capa de vapor frío que se instalaba en sus huesos, y ya había empezado a soplar el viento del Cantábrico, que sopla a trompicones, a ráfagas y que azota Inchaurreondo cuando termina el otoño y absorbe la humedad de las fuentes y los árboles y de los cuerpos de los hombres. Cuando desaparecía el temporal de viento y el río Urumea disminuía su gran caudal, parecía que los campos se quitaran de encima litros y litros de humedad de sus entrañas verdes, y entonces estallaban tormentas impredecibles; nubes negras y densas, asfixiantes, que lograban ocultar el sol y que convertían el día en noche cerrada.

Después de todo, pensaba Eloy, la decisión de su padre le hacía feliz solamente a él, pero como le dijo una vez el abuelo antes de morir, la familia duerme todas las noches junta, no se separan sino es por la muerte y si ésta, la muerte, les visitaba, debían enfrentarse a ella todos unidos. No le reprochaba a su padre que hubiera cumplido su sueño de ser teniente de la Guardia Civil, creía que incluso le enorgullecía. Pero Eloy era más feliz en Atarfe que en el cuartel de Inchaurreondo.

No cesaba de mirar por encima de los altos muros del cuartel; o se subía a la terraza de la casa, o se alzaba a lo más alto de los columpios o incluso llegaba a encaramarse en la higuera que había en la parte trasera del cuartel. Se quedaba embelesado tratando de adivinar algún resquicio de naturaleza, algún riachuelo al que tirar piedras, árboles y más árboles, gente, niños, vida. Nada. No se veía nada que no fueran amasijos de ladrillo de color gris uniformemente situados como si fueran una ciudadela que se protege del cuartel. O el cuartel de la ciudadela.

La casa cuartel estaba alejada de los edificios del barrio de Inchaurreondo; era una calle tranquila y la única nota discordante ante la monotonía grisácea que allí imperaba la producía el cuartel con su enorme muro, sus alambradas y sus guardias armados hasta los dientes. Eloy pensaba que era un paisaje dantesco, desolador, sórdido.

Al principio pretendía tener grandes discusiones con su hermano Sergio acerca de la falta de belleza del paisaje ante la soledad que le invadía entre aquellos muros.

—A ver, Sergio, ¿me puedes explicar cómo es posible que aparentes ser tan feliz viviendo entre estas cuatro paredes y pasándote el día con tus nuevos amigos? No lo acabo de entender.

—Mira, enano —le decía Sergio—, no sé cómo te atreves a poner en duda mi implicación en el viaje de padre hasta aquí y en lo importante que es para España y la Guardia Civil sufrir como valientes mientras otros viven tranquilamente. ¡Qué te voy a explicar a ti! Anda, ¡déjame en paz!

—¡Pues yo —insistía Eloy— ya he tenido bastante de este lugar! ¡Que lo sepaaaaaas, grandullón! Y sobre todo del cuartel este. Aquí hay algo que no entiendo, alguna cosa pasa alrededor de este cuartel que me intriga, ¿sabes?

—Déjame en paz —reiteraba Sergio—. Ya te irás enterando. Enano, que eres un enano.

Después de descartar que Sergio se convirtiera en su cómplice y en el hermano mayor que le sacara de más de un apuro, llegó a la conclusión de que se encontraba absolutamente solo y que únicamente un milagro podría sacarlo de Inchaurreondo. Su vida allí era la vida de su padre que necesariamente también tenía que vivir él. Bueno, a decir verdad, Eloy no estaba absolutamente solo. Me tenía a mí. Y yo a él. Él veía en

mí el conducto, el cordón umbilical para no caer en la cárcel de Inchaurreondo, para no sentirse aprisionado entre sus enormes muros construidos para protegerse del odio, pero que sólo conseguían generar más y más odio.

Él percibía, estoy seguro, las miradas de desprecio de la gente al pasar cerca de allí, los rumores del ruido cuando se abría la verja del cuartel en el amplio patio y entraban o salían Jeeps llenos de guardias civiles que lo observaban y se intercambiaban miradas de miedo en las que la angustia se convertía en risa tonta. Eloy se reía. Pero aquello no le gustaba. Pensaba que una voz que le surgía de su interior le daba ordenes de cómo amortiguar tanta nostalgia. Hasta su llegada a Inchaurreondo, Eloy era como un pájaro andaluz de cientos de colores, sin más experiencia que la libertad de moverse entre matorrales y hierbajos. Eloy jamás se había separado del árbol de la vida, del árbol en el que todos nacemos y poco a poco, de manera tenue, como levitando, vamos abandonando para ir de rama en rama, alejándonos del árbol que nos vio nacer. Hasta nuestro encuentro, Eloy se recorría toda la enorme circunferencia del cuartel, esos dos interminables kilómetros en los que empleaba más de veinte minutos, soportando un muro de hormigón a la izquierda y una acera estrechísima para que no aparcara ningún coche, a la derecha. En una ocasión estuvo a punto de caerse al tropezar con un resto de alambrada que el viento había tirado al suelo. Después de aquel episodio y del enfado de su madre por haberse rasgado los pantalones, fue mucho más cauteloso. Aquel día llegó a casa lleno de arañazos y de golpes y casi sin aliento, por la maldita alambrada llena de púas, de malditas púas, que no sólo caían cada vez que el viento del norte soplaban, sino que desde la ventana de su casa nos impedían saludarnos.

«Quizá han puesto estas alambradas para que no nos podamos comunicar con nadie», se decía constantemente.

A menudo hacíamos ese paseo juntos y al mirar hacia arriba veíamos cómo la fortaleza era escarpada como una montaña, y los bultos negros de cada vértice, con su torreta de vigilancia, eran como pájaros verdes que nos miraban pero no nos veían, ocultos como estábamos entre las sombras del muro. Un día Eloy me dijo:

—Quizá un día no entrará nadie más en el cuartel. Quién sabe, a lo mejor, cuando seamos mayores, este muro ya no existirá y será un campo de fútbol o un parque, o si aún existe, serán blancas estas paredes y podremos pegarles balonazos o hacer pintadas. ¡Imagínate dos kilómetros de pintadas, Ander!

—Bueno —respondí yo—, si no existe el cuartel entonces, ¿dónde estaremos tú y yo? Aunque claro, dentro de todos esos años que dices, tú y yo ya seremos mayores y cuando te vayas del cuartel algún día, ya no volveremos a vernos nunca más.

—Yo vendré a veros, Ander. Seguro.

Lo que no sabíamos era que quizá nadie volvería a entrar nunca más en el cuartel, salvo yo, que estaba seguro, viviría el resto de mi vida ahí enfrente y si alguna vez entraba en el parque en que se convertiría el cuartel, recordaría aquellos días de paseos interminables y con un grito enorme como si fuera Tarzán, volverían los habitantes del cuartel en una noche cualquiera y el viento derrumbaría las malditas alambradas de púas y el barrio volvería a ser, por unos instantes, un árbol empujado por el viento, en el que a lo lejos volvería ver a Eloy y a Ane y, juntos, emprenderíamos un viaje eterno hacia algún otro planeta en el que se pudiera correr entre las sombras.

Pero no podíamos hacer nada para que eso ocurriera, las heridas seguían abiertas y nuestra sangre llena de hielo, y aquí y ahora, y casi a diario, reinaba un clima angustiado en los alrededores de Inchaurreondo. Se percibían tumultos que ya no pasaban desapercibidos para nosotros y a lo lejos veíamos manifestaciones de jóvenes a las que se sumaban obreros con sus monos de trabajo, retumbaban las sirenas de las ambulancias, y los bomberos iban desesperadamente rápidos para apagar los fuegos que ardían sin control en los bajos de algún edificio. Las tiendas permanecían

cerradas y algún autobús ardía, mientras que el humo corrompía el aire y alguna vecina del bloque invocaba a los antepasados de los vascos.

Algo no olvidaría Eloy nunca más. La paz que había conocido en Atarfe y que nadie había conseguido alterar comenzaba a resquebrajarse y hacerse añicos. Los sucesos consiguieron cambiar el ritmo de su vida y cambiar los deseos de su voluntad que ya no le pertenecían a él.

Mientras tanto, yo acompañaba a mi *aita* a la *herriko* del barrio en algunas tardes muertas de aburrimiento donde él pretendía que yo, poco a poco, fuera un visitante más asiduo de aquel lugar donde se decidía la vida. Era una especie de taberna situada en un rincón de la calle. Siempre había seis o siete personas mayores, yo diría que ya jubilados, jugando lenta y calladamente a las cartas. Uno de ellos era el párroco de la iglesia del barrio del Antiguo y llevaba siempre su *txapela* marinera y el jersey arremangado como si estuviera a punto de ponerse a fregar los platos. En la otra esquina de la *herriko* nadie jugaba a cartas y un grupo de jóvenes estaban sentados en torno a una mesa mirando pensativos las fotos de militantes caídos por Euskadi. La luz era escasa y gris y a mí siempre me entraba un sueño enorme cuando acompañaba a *aita* a aquella lúgubre bodega. El camarero, Andoni, tenía unos mostachos negros tan largos que los unía con las patillas y le daban un aspecto feroz a pesar de que a mí siempre me decía:

–¡Mira quién está por aquí! El señor Ander Beguiristain. ¿Qué le pongo, caballero? ¿Desea un zurito de cerveza o un chacolí o quizá mejor una Coca-Cola? Sí, será mejor una Coca-Cola –decía mientras miraba a mi *aita* contrariado.

Frente a él había un joven de pelo blanco cuyo nerviosismo se le transmitía a cualquiera que lo observara. Manoseaba inquietamente unas llaves y daba la sensación de esperar a alguien. Llegué a preguntarme si estaba bebido o drogado como esos chicos que a veces veo deambular por las calles de Inchaurreondo sin apenas dientes, con la cara enjuta y amarillenta mientras piden dinero para coger el autobús y lo que hacen en realidad es ir corriendo a la zona de la Plaza de Arantzazu para que alguien les venda droga. El joven de pelo blanco no estaba drogado, no. Estaba inquieto. Sus pupilas oscuras se movían en una especie de agua turbia y de vez en cuando balanceaba la cabeza como si aprobara sus pensamientos.

Allí, el tiempo pasaba sin apenas ruido, incluso sin el *tic tac* de un reloj, como si el tiempo en la *herriko* no importara, como si fuera preciso que alguna persona o alguna cosa se moviera de un momento a otro y Andoni o el párroco de la iglesia del Antiguo o algún joven ensimismado en la visión heroica de un caído por Euskadi se levantaran súbitamente, miraran los vasos del mostrador y lanzaran un alarido, un bramido inaudito rompiendo el silencio. Algunos de ellos, desaforados con el vino, emitían consignas que al principio no entendía y hasta me sumaba a ellas como si de animar a la Real se tratara, pero con el tiempo me di cuenta de que formaban parte de la particular guerra que se vivía en las calles de Inchaurreondo.

En los alrededores se empezaban a oír pisadas de botas recias. Alguien se movía en la puerta e incitaba a otros a entrar mientras Andoni le decía al muchacho de pelo blanco:

–¡Venga, escóndete, rápido!

Él dio unos pasos vacilantes y preguntó:

–¿Dónde?

–Allí, al fondo, hay una salida a la calle de atrás –dijo Andoni.

Escuché los gritos de los guardias civiles que se aproximaban mientras otras voces les increpaban y se arremolinaban a la puerta de la *herriko*. Ellos, los guardias, impertérritos, se inclinaron sobre la barra y cogieron a Andoni por el cuello sacándolo de un tirón del interior, mientras los demás perseguían al joven de pelo blanco. El resto de personas que había en la *herriko*, invadidos por el miedo, observaban sin mover ni los labios, quizá sin respirar. Los gritos, al debilitarse, se fueron convirtiendo en un

estertor. El joven, ya esposado, tenía la camisa rota y le temblaban las manos mientras pasaba a nuestro lado.

—¡Venga, de prisa —decía el guardia civil que estaba al mando—, que estos hijos de puta empiezan a ocupar la calle! ¡Venga rápido, al furgón con él!

Andoni estaba en el suelo, medio desvanecido. Miraba fijamente hacia mi *aita* como si no comprendiera nada.

Al salir a la calle y de regreso a casa, vi unos contenedores ardiendo, pero a nadie le interesaba. La gente paseaba por la acera y contemplaba el fuego como si formara parte del paisaje. Miraban las tiendas, reían e incluso tiraban la basura en su interior. Una tienda de electrodomésticos estaba llena de público ante sus escaparates viendo un partido de fútbol. Tenían la realidad ahí, a dos pasos, pero preferían el partido de fútbol. Vivimos entre cientos de seres que no ven lo que tienen alrededor. Como si viviéramos, unos y otros, en un enorme gueto de seres sentados, tocándonos unos con otros durante días enteros en unas escaleras que separan nuestras casas. Nosotros, los niños, somos seres que carecemos de espacios, de campos, de maravillosos fines de semana, sin distracciones, sin maneras de evadirnos, dejándonos llevar por las llamas o por las botas recias de hombres vestidos de color verde. Esperando. ¿Esperando a qué? Quizá un acontecimiento. La necesidad de un acontecimiento es tal, que los incendios o las bombas o las sirenas se transforman en un espectáculo maravilloso. ¡Arde, contenedor, arde! ¡Tú, guardia, perro, puto *txacurra*, golpea más fuerte! Y así, el fuego vuelve a asumir lentamente el carácter primitivo de las llamas en tiempos remotos y vemos en él, los niños, todo un espectáculo.

11. Todos tenemos marcado un camino en la vida

Mis escasas travesuras en Inchaurreondo las hacía en solitario. No había alcanzado con mis amigos Arkaitz, Buba o Egoitz ninguna intimidación lo suficientemente arraigada como para hacer lo que suelen hacer los niños cuando no tienen nada en qué pensar. Supongo que lo de mi pierna influyó bastante para que, o bien por ellos o bien por mí, no me viera como uno más del grupo. Sin embargo, cuando conocí a Eloy, tuve la sensación de que podíamos ser buenos amigos. Él era completamente diferente. Tal vez también tenía algo que ver su soledad en Inchaurreondo y sus deseos de encontrar a alguien con quien romper cristales de un pelotazo o hacernos pasar por niños vagabundos en el centro de San Sebastián mientras yo tocaba la flauta y él se marcaba un zapateado, aunque pronto tuvo que cambiar de baile porque el flamenco no tenía mucho éxito en estas tierras.

No habíamos aprendido a andar juntos ni nuestros padres eran viejos conocidos del barrio, y ni siquiera compartíamos deberes o partidos de fútbol en el patio de la ikastola. Incluso me atrevería a decir que éramos de razas diferentes. Él, pequeño, moreno, con los ojos verdes y una simpatía que contagiaba con sólo mirarlo. Su acento sin ceceo pero sin acabar nunca las palabras y con su deje rifeño que nos recordaba a todos al beduino de Alí Babá y los cuarenta ladrones, mientras yo era blanco de piel, espigado, ojos azules algo insípidos, con un acento contundente y falto de poesía como es el euskera. Muy simpático tampoco soy. Dice mi *ama* que he salido a mi padre. Aunque a ver lo simpático que sería cualquier niño que es cojo, le decía yo a veces.

En ocasiones, cuando recuerdo aquellos días, me parece que toda mi infancia la pasé junto a Eloy, y en realidad estuvimos compartiendo escasamente un invierno, una primavera y un verano. Pero la complicidad que alcanzamos fue infinita. En esos años aprendí algo que me ha acompañado durante toda mi existencia. Que en cualquier momento, tu vida puede pasar del miedo a la infinita seguridad de que has encontrado algo que merece la pena, que basta un instante para que tu vida se convierta en un pequeño paso hacia la eternidad, que las miradas furtivas pueden convertirse en una señal de tráfico que te indica cuál es el camino que has de escoger en la vida. Benditas casualidades. Lo mejor de mi vida ha pendido de un hilo, de una caja metálica llena de fotografías que apareció como por arte de magia cuando murió la abuela, de una pluma de gaviota perdida en mi balcón de Inchaurreondo o de la bendita consulta del doctor Elósegui que unió a dos niños que se necesitaban.

—¡Ander! ¡Ander! —me gritaba Eloy cuando un martes o un miércoles al salir de la ikastola iba yo cargado con un cesto lleno de periódicos que guardaba mi *aita* en casa y que ya no había dónde meterlos. Mi *ama* me dijo que cuando estuviera lleno el armario de diarios, me podía encargar de llevárselos al trapero y lo que me diera sería para mí. Mi *aita* se enfadaba mucho con la decisión de mi *ama* porque creo que coleccionaba periódicos. Y revistas, y libros y envases vacíos de Coca-Cola. A mi *ama* ya hacía tiempo que los enfados de mi padre le tenían sin cuidado. Tenía un armario lleno de cosas bastante absurdas. Yo no le tocaba las revistas ni los envases de Coca-Cola, pero los diarios, cuando ya rebosaban hasta casi caer del armario, los ponía en un capazo y se los llevaba al señor Marcelo, que después de pesarlos me daba quince o veinte pesetas. Al principio me quería pagar con caramelos, pero por ahí no pasé y le exigí mi dinero.

Crucé la calle junto a *Dogo* casi sin mirar para encontrarme con Eloy. No corrí porque yo no corro. Dice Eloy que yo troto como el caballo que tenía su abuelo. Al principio no me hizo mucha gracia la comparación con el animal, por mucho que fuera del abuelo de Eloy, pero pensándolo bien, no está del todo mal eso de trotar como un caballo.

—¿Dónde vas tan cargado? ¿Te ayudo? —se ofreció Eloy.

—Vale. Voy a llevar estos diarios al trapero y el dinero que me dé será para mí —dije, como si fuera a hacer el negocio del siglo.

—¿Te dan dinero por llevar diarios?

—Claro. Y no creas que es poco. Con lo que me gano me compro un paquete de chicles Dunkin y un montón de sobres de los cromos de la liga.

—Oye Ander, ¿me dejas llevar a *Dogo*?

—Si él quiere... Ya sabes que es muy suyo, aunque creo que tú le caes bien. Toma. Cógelo.

Mientras Eloy cogía la correa con inseguridad, algo hizo que *Dogo* se inquietara, algún otro perro quizá, algún ruido extraño que le sorprendió o quizá simplemente fue el aullido de amor de alguna dama canina que lo llamaba en la lejanía. *Dogo* salió corriendo dando un fuerte tirón y dejando a Eloy absorto y yaciendo en el suelo ante la fuerza con la que arrancó a correr.

Dogo cruzó la calle a toda velocidad mientras yo le gritaba, y gritaba como prediciendo que esa carrera iba a acabar mal. Un coche que transitaba por las vacías calles de Inchaurreondo mortificó el desenlace que se produjo en forma de ruido seco y de un aullido profundo.

Allí, en medio de la nada, quedó tendido *Dogo*. Yo cerré los ojos como si estuviera entre los brazos de mi *aita* y lloré largamente con un llanto sostenido por los años compartidos con *Dogo*. Eloy también lloraba, vino a llorar aquí a Inchaurreondo, solo en aquel momento, sin poder arrimarse a su madre para que le protegiera, asustado porque sentía que ese llanto le salía como si estuviera exprimiendo el pañuelo de su pecado, de su culpa por no haber cogido con fuerza a *Dogo*. Porque, pensaba, «a *Dogo* lo he matado yo».

El entierro de *Dogo* no tuvo nada que envidiar al de una persona. Es más, se diría que fue el entierro que más niños congregó en Inchaurreondo en mucho tiempo. Allí estaban Arkaitz, Buba, Egoitz, Pepe Luis, Rafa, Elcacho, Eloy y hasta Ane y mi *aita*, que era quien llevaba en brazos a *Dogo* que, inerte, yacía allí como un muñeco.

Lo enterramos en un pozo de tierra junto a la escombrera y todos cavamos con nuestras manos para hacerle un hueco a *Dogo*. Eloy y yo, los dos solos en una esquina, cavábamos juntos con todas nuestras fuerzas la sepultura del perro, sacando la tierra con las manos, sin darnos prisa, como queriendo tener cerca a *Dogo* un rato más, que parecía que nos mirase con sus lánguidos ojos y sin que olera a muerte. Nadie lloraba en ese momento. Ni siquiera después, al regreso, caminando ya casi de noche y sin conocer el sosiego, andando medio a tuestas entre dormidos y apenados y dando pasos cortos que parecían golpes sobre la sepultura de *Dogo*. En ese momento yo parecía estar endurecido y tener el corazón apretado para no mostrar lo que bullía en mi interior. Pero de mis ojos no salió ni una lágrima.

Eloy recordaba cuando murió el perro de Blas. Murió de viejo, que es como deberían morir todos los perros. Y las personas. Blas siempre decía que su perro había hecho testamento y que quería que lo enterraran junto a la fragua, muy cerca del río. Y también, como hoy en Inchaurreondo, hubo una auténtica procesión de todos los niños de Atarfe para despedir a *Fernández*, que es como se llamaba el perro de Blas. En Atarfe todos los perros se llaman por el apellido de su dueño. Hasta en eso Atarfe e Inchaurreondo son tan diferentes.

—Bueno —pensaba Eloy—, Atarfe es diferente a cualquier lugar en el mundo.

A *Fernández* lo enterraron en la fragua porque unos años antes, y después de haber estado perdido durante varios meses, un día regresó al pueblo lleno de abolladuras,

sucio y con ampollas repartidas por todo su cuerpo, con la cola baja, el hocico a ras de suelo y fingiendo un sentimiento de culpabilidad y de vergüenza, como si fuera el hijo predilecto que vuelve con un perfecto talento para la hipocresía. Blas le había dicho cientos de veces que no saliera por las noches, que no se marchara en busca de picos pardos. Pero *Fernández*, que era un Don Nadie porque a diferencia de *Dogo* era esmirriado y descendiente probablemente del cruce de un perro y una rata, no hacía nunca caso. Y ese día escarmentó y nunca más volvió a escaparse. Y parece ser, según le explicó Blas, que ese día le dijo que cuando muriera, lo enterrarán allí, en la fragua. Y así fue. *Fernández* era un auténtico crápula de perro.

Pero en el entierro de *Fernández* nadie lloró, todos entendieron que la vida tiene un final y si éste llega cuando ya has vivido mucho y ya apenas te puedes arrastrar con las patas traseras porque la artrosis no te deja mover y si además ya no tienes ni ganas de enamorarte de una perrita, es mejor morir. Pero la muerte de *Dogo* no estaba prevista y Eloy sí que lloró.

Desde entonces, Eloy pensaba en la angustia que le invade a uno cuando se siente responsable de algo. Por eso no se separaba de Ander y quería verlo a todas horas, para intentar curar sus llagas. Era consciente de que Ander aún estaba lejos y de que tendría que caminar mucho para acercarse más a él. Sabía lo que había dentro de Ander más allá de su cojera. Sabía que sus piernas eran como dos piedras, duras y tensas por el miedo y que, como él, estaban solos desde hacía tiempo. Eloy sabía lo que era sentirse solo. Habían estado juntos muchas veces pero siempre había una sombra que los separaba, una sombra que invade a este pueblo y que hace que rodeemos nuestras vidas de mentiras. Nadie en el cuartel debía saber que Ander pertenecía al otro bando. Ni tampoco Arkaitz, Buba o Egoitz. Ni ellos podían hablar libremente de que tenían amigos en el cuartel y de que habían enterrado juntos a *Dogo*. Su vida era una falacia ante los demás.

Ander sabía que Eloy estaba carcomido por el arrepentimiento. Y Ander también lo estaba por no haberle insistido demasiado en que no tenía por qué sentirse mal. Porque el remordimiento nunca dará la paz. *Dogo* tenía que morir de todos modos, quizá como decía la abuela Mari Lamiak ante la muerte de algún vecino, «ya le tocaba», y de nada habría servido no haberle dejado a Eloy llevar a *Dogo*. Se hubiera muerto igual, aquí o allá, porque todos tenemos marcado un camino en la vida.

12. El fútbol cautivo

No entendía lo que veía ni lo que me contaban mis vecinos de Inchaurreondo. Pero en la niñez no es momento de hacer preguntas que nadie quiere responder. Aquí todos los días se veía saltar a la civilización por los aires, pero nadie quería responder a las preguntas de los niños. Para distraer la atención estaba la magnífica Real Sociedad, que nos curaba de todos los males y de todas las preguntas sin respuesta. Abajo, en la calle, se veían a los guardias hablando, riendo y fumando sin parar encerrados en sus camionetas a la espera de la orden, mientras los cristales de los comercios de capital francés estallaban a golpes de piedras. Cuando se desataba la violencia, desde mi balcón veía cómo los vecinos contemplan el festival de fuego y humo como si observaran en un circo romano la batalla de la bestia contra el hombre. Pero a las cinco de la tarde se acababa todo. Jugaba la Real y se detenía Euskadi. Todos se retiraban de la batalla mientras los saqueadores, sin excepción, se tropezaban unos con otros y se repartían el botín en un frenesí de robo absurdo. Niños llevándose maniqués que no servían para nada y hombres que acumulaban paquetes de folios en una orgía de metástasis del capitalismo entre los más pobres, que se peleaban por poseer aquello que no necesitaban.

Es por ello que ante tanto dolor en los tímpanos, ante tanto ruido incesante y ante tantas miradas desafiantes, nos amparábamos en la capacidad enloquecedora que tiene el fútbol y nos olvidábamos de todo lo demás. El fútbol fue nuestro fragmento de madera en mitad de un océano, nuestra madre mientras duraba el llanto, nuestra manera de comprender que el mundo obscuro que vivíamos se podía sustituir durante unos instantes inmortales gracias a un objeto esférico que nos daba todo aquello que el planeta nos negaba. Y el balón era igual que el mundo, redondo.

La temporada que estaba haciendo la Real Sociedad era espectacular; Arconada (el mejor portero del mundo), Satrustegui, Idigoras, Zamora, López Ufarte y Periko Alonso deberían formar parte del estribillo de alguna canción mítica de este país en la que por mucho tiempo que pasara, todos recordáramos aquellos años en los que ir a Atocha era nuestro único desayuno, comida y cena. Lo que estaba consiguiendo la Real con su bajo presupuesto contra equipos como el Barça de Eloy o el Real Madrid es difícil de comprender y de explicar a los niños de hoy.

Ganar como lo hacía la Real se estaba convirtiendo en una rutina, en una tradición. De ahí que en los bares, en las ikastolas, en las múltiples y variadas manifestaciones que transcurrían por Donosti, en los hospitales, en los balcones y hasta en el cuartel, sólo se hablara de fútbol.

El fútbol se convirtió en algo poético ante tanta muerte y odio, era como la gran industria de todo lo que nos faltaba. Lo cierto es que el fútbol se convirtió en una botica donde curar las heridas y fabricar brebajes fantásticos llenos de felicidad efímera donde se cumplían todos los sueños que la vida nos negaba.

Y si en la escuela no te ayudaban a discernir entre el héroe y la víctima, si la sociedad vasca de aquellos años, si los Arconada, Satrustegui o Zamora o las juntas directivas de la Real o del Athletic Club u otros triunfantes líderes de la juventud hubieran tenido la suficiente valentía para no demonizar a los de fuera y para considerar que una vida vale igual, sea de donde sea, si se hubiera guardado algún minuto de silencio por la muerte de algún niño, probablemente Inchaurreondo no habría sido el laboratorio de las bellísimas personas que iban a misa, paseaban por el Boulevard, veraneaban en Benidorm y sin embargo, se limitaban a decir: «A ver, a ver si se dan cuenta estos de Madrid», mientras veían pasar algún cortejo fúnebre. Desde el balcón, eso sí.

Mientras tanto nosotros continuábamos jugando nuestros partidos de fútbol en el parque de Andonegui con cada vez más entusiasmo. La incorporación de Canicas como entrenador nos hizo sentir como si fuéramos auténticos profesionales del balón.

El que más interés le ponía era Eloy y los demás íbamos un poco a rastras de su voracidad. Arkaitz seguía pensando que la mejor manera de parar a un delantero era clavarle una patada en la espinilla y Buba parecía que se detenía en el córner como si buscara un pájaro al que disparar con el tirachinas.

—¿Qué te ocurre, Ander? —me dijo Canicas, que había advertido mi despiste en la portería.

—Nada, sólo que de portero me aburro un poco.

La pelota se perdía en los alrededores de mi portería sin que yo hiciera intentos por recogerla. Hasta que un día vi que Ane había venido a vernos entrenar. Y todo empezó a cambiar para mí. Tenía que demostrarle a Ane que yo era el mejor portero de Inchaurren.

—A ver, Ander —insistió Canicas en un intento por alabar la figura del portero—, escúchame bien. El portero es un ser solitario que se pasa los partidos viendo cómo el balón va de un lado a otro y que a veces parece que no esté. Pero no te equivoques, es el jugador más importante del equipo. Cuando yo era joven conocí al mejor portero que he visto jamás...

—¿Mejor que Arconada? —pregunté yo.

—Digamos que diferente. Iríbar, bueno hace falta ponerse de pie cuando se habla de Iríbar. Ander, venga, levantémonos. Iríbar era alto y delgado como tú, y vestía siempre con un traje negro que le quedaba como un *smoking* bajo la portería. Cuando se ponía debajo de los palos, reinaba el silencio en San Mamés y su figura espigada y negra crecía bajo la inmensidad de la portería. Ahí, en la portería en la que tú estás ahora, en este parque, un día estuvo Iríbar y sentía, como tú, una inmensa soledad. Hay que ser muy especial para ser portero y no delantero, porque al fin y al cabo a todos nos gustaría marcar goles y no tratar de evitar lo inevitable: el gol. Quizá por ello te resistes a jugar de portero, como le pasó a Iríbar de pequeño. Él se rebelaba continuamente a jugar en la portería, era como si se negara a ver el mundo en la distancia y quisiera participar en él. Y si ser portero es difícil, hacerlo en San Mamés es la mayor gloria para un guardameta. Es como el jinete solitario que cabalga por las montañas y ve al último defensa en la inmensidad de una pradera, mientras él continúa en su soledad. Solo, siempre solo, desesperadamente solo, un uno contra uno en un contragolpe rival, y todo el mundo pendiente de ti como si fueras un mago, le quitas la pelota despacio, en cámara lenta, calculando lo que va a hacer el delantero. Y tú ahí, tratando de conseguir que la belleza del fútbol, que es el gol, no se produzca. Los porteros son como los policías o los guardias civiles. Nadie los quiere pero todos los necesitan. Nadie se acuerda de ellos, salvo cuando el delantero va a lanzar un penalti. Entonces sí. En ese momento oyes cómo San Mamés ruge tu nombre y te disfrazas de Dios. En ese momento eres el Dios del estadio.

Entre las palabras de Canicas y la presencia de Ane, se produjo en mí una transformación inmediata y la inseguridad y la agitación que sentía en la portería pasaron a convertirse en una punzada en el corazón y en una sombra jadeante de silencio cada vez que me ponía debajo de los palos. Y yo, allí, quieto, esperando convertirme en el héroe de Ane.

13. La pelota de goma

Era domingo. Por la calle apenas había gente. Vi a lo lejos a Tadeo, que había sido payaso en un circo hasta que en vez de dar risa daba lástima. Lo vi junto a su perro *Kantauri*. Le puso ese nombre porque como *Dogo*, lo encontró junto a la escollera del puerto, justo al borde de un saliente, como si estuviera dispuesto a lanzarse al agua. *Kantauri* estaba bien. Yo diría que mejor que Tadeo, que cada día andaba más lentamente. Me tranquilizaba ver a bien al animal. Creo que cuidaba de su dueño. El viejo caminaba callado, parecía querer decirle algo a su perro pero, como si se lo pensara mejor, le oí decir unas palabras sobre la niebla que invadía Inchaurreondo.

Recuerdo a *Dogo*, que desde el balcón reconocía rápidamente a *Kantauri* y se lanzaban unos aullidos reveladores. Mi perro comenzaba a darme a entender que quería bajar a saludar a su amigo. Me lo quedaba mirando y comprobaba su imponente lomo y su pelo tan y tan negro. *Dogo* corría hacia su correa, me miraba de nuevo, ladraba. Pero no era *Dogo* el que ladraba. Quizá fuera la incredulidad de saber que ya no estaba. La incredulidad ladra. Y llora. Y por qué no, también te hace reír.

Cuando bajé la escalera me encontré a Buba Andrade que, armado como siempre con su tirachinas y aún con telarañas en los ojos, estaba dispuesto a pasarse un domingo más por las calles buscando pájaros a los que lanzarles piedras. Mi *ama* me decía siempre que no me juntase con Buba. Y mi *aita* que no se me ocurriera hacerme amigo de ningún niño del cuartel. Insistía mi *ama* en que Buba y su familia eran la deshonra de la escalera, siempre chillando el padre, la madre todo el día por la calle y sus hermanas subiendo a sus novios a casa. Por eso decía que Buba sabía mucho de la mala vida para ser tan pequeño y que su compañía no me podía hacer ningún bien y que si me juntaba con él acabaría siendo un calavera de niño. Pero Buba no era ningún calavera y yo le defendía siempre que podía. Bueno, yo y los Goicoechea, que le incitaban a que apuntase con su tirachinas hacia el cuartel. Que tuviera unas hermanas un poco frescas y un padre que se pasaba el día gritando mientras su madre sabe Dios dónde andaba no quería decir que Buba fuera malo. Al contrario, alguna vez me lo había encontrado llorando en la escalera. Y sus lágrimas eran diferentes. No todas las lágrimas son iguales y las de Buba eran incontenibles y contagiosas.

Cuando salimos a la calle lo primero que me sorprendió fue la luz que lo invadía todo. Un sol espléndido que por primera vez me hizo pensar seriamente en comprender la necesidad que tenía Eloy de ver el sol y empaparse de él. Me acerqué más a Buba y los dos contemplamos el cielo pálido, de un azul algo velado, y cómo el día iba tomando cuerpo, con los rayos de sol reflejándose sobre el muro del cuartel.

El cuartel era quizá el único lugar del mundo que estaba donde no debía estar y aquella luz tenebrosa que rebotaba de sus paredes era la misma que Eloy veía todos los días. Pero yo, a diferencia de Eloy, quería estar en Inchaurreondo, creo que era el único lugar en el mundo en el que quería estar.

Mientras nos encaminábamos hacia el parque de Andonegui, vimos cómo los restos de la niebla de la noche todavía estaban atrapados entre las ramas de algún árbol e instintivamente y sin que me lo esperara, Buba me soltó:

—Oye Ander, ¿por qué no quedamos con la cuadrilla y nos vamos a la playa del Gros? Hoy hace un día muy bonito y allí encontraré cientos de gaviotas a las que apuntar con mi tirachinas...

—Pues... me parece una buena idea Buba. Lo que no me parece tan bien es que te pongas como un francotirador dispuesto a acabar con cualquier tipo de ave. ¿Qué te han hecho los pájaros?

—Jo. Nada, qué me van a hacer. Pero yo creo que les disparo porque en el fondo quisiera ser como ellos. Volar, pasarme el día volando, dejarme llevar por el viento, planear toda la noche y al día siguiente, oír y ver a la gente desde muy alto y posarme

en la hierba del monte Igueldo. Y ver los partidos de la Real sin pagar. Allí, encima de la tribuna, como si fuera el presidente.

Pobre Buba. Siempre pensé que sus sueños eran demasiado difíciles de cumplir. Yo sabía que era muy complicado que yo acabase siendo un gran portero como Arconada o que Ane se enamorase de mí, pero de ahí a pretender ser una gaviota había mucha diferencia. Lo suyo era poco menos que imposible.

Al poco rato apareció por el parque Arkaitz Goicoechea que, como siempre, con una socarrona sonrisa dibujada en sus casi inexistentes labios, nos contó la última aventura de su guerrero hermano la noche anterior. Hablaba de su hermano como si fuera un auténtico héroe, una especie de Robín de los Bosques que robaba a los ricos para entregárselo a los pobres, cuando en realidad nos explicaba historias de contenedores quemados, rodamientos de hierro y alguna pelota de goma de la policía de recuerdo. Hoy le tocaba el turno a la pelota de goma que descansaba de su agitada noche en el bolsillo de Arkaitz.

—¡Mirad qué pelota! —dijo Arkaitz, mostrando un objeto esférico entre los dedos de la mano.

Buba y Eloy, que acababa de llegar, se acercaron a verla. Eloy dijo solemnemente:

—Esta pelota es de jugar a frontón, seguro.

—Pero, ¿qué dices, Eloy? Esta pelota es de las que usa la policía cuando no quiere matar a nadie pero quiere hacerle daño —añadió Arkaitz.

Eloy cogió entre sus manos la pelota, de un color rojo gastado, y la examinó pausadamente hasta deducir de manera inequívoca que cómo una pelota de goma podía hacer daño a alguien.

—Entonces, ¿me puedes explicar cómo una pelota como ésta puede hacer daño a alguien? Si ni siquiera bota. Además, yo en el cuartel nunca he visto pelotas como ésta. Las únicas pelotas que hay en el cuartel son las de jugar a fútbol.

Arkaitz se estaba impacientando ante las respuestas de Eloy y como el resto no teníamos ni la menor idea de cómo se utilizaban esas pelotas, Arkaitz propuso hacer una demostración.

—Mira, Eloy, tú te pones allí al lado del columpio y yo cojo carrerilla y te la lanzo con todas mis fuerzas. Y luego me dices si te ha hecho daño. ¿Qué te parece?

Canicas y Rafa bajaban la escalinata del parque. Canicas estaba esbelto, rejuvenecido, casi jubiloso. Portaba un elegante traje de algodón que reservaba para ocasiones muy particulares mientras Rafa iba con su habitual chándal del Atlético de Madrid.

—¿Aquí? —dijo Eloy.

—Sí, sí, ahí está bien.

Creo que nunca había visto correr tanto a Arkaitz. Cogió carrerilla desde la otra punta del parque y, como si fuera el lanzador de los Yankees de Nueva York, lanzó la pelota con todas sus fuerzas en dirección a Eloy que, instintivamente, se tapó la cara. La pelota pasó a un metro de distancia de Eloy y acabó estrellándose contra el cristal de un coche que estaba aparcado. El cristal ni se inmutó.

—Jo, vaya puntería que tienes, Arkaitz —le dije, mientras Eloy aún no se había dado cuenta de que el peligro ya había pasado.

La risa de Eloy era una risa victoriosa y como todas las risas victoriosas, era tan poco bella que él mismo se dio cuenta y cambió la expresión. Le resultaba penoso ver a Arkaitz desorientado, confuso acerca de cómo se utilizaban las pelotas de goma, tal y como le contaba su hermano, a quien Arkaitz casi detestaba en esos momentos. Pero Canicas intervino para sacarle de su abatimiento.

—Mirad, venid todos. Poneros aquí en el banco. Arkaitz tiene toda la razón.

En ese momento hubo un verdadero desdoblamiento de sonrisas y Arkaitz pasó de la desesperación a los saltos de alegría sin moverse, mientras que Eloy permanecía quieto tragándose por dentro sus gruñidos.

—A ver cómo os lo explico. Las pelotas de goma son una cuestión de legítima defensa, quiero decir de último recurso. Es como si un delantero se regatea al portero y se dirige solo hacia la portería en la final de la Copa del Mundo y entonces tú, Eloy, que estás a escasos metros de él pero no tienes opción de quitarle la pelota, le pegas un empujón para evitar que marque gol. No sé si es un buen ejemplo pero es para que entendáis qué quiere decir eso de *legítima defensa*. Es hacer algo malo para evitar algo peor. Bueno, a lo que iba. Esas pelotas las utiliza la policía en las manifestaciones, pero no sólo en Donosti, sino en todo el mundo. Incluso en el mundo civilizado, no creáis. Seguro que las pelotas de goma las inventó algún inglés. Todo lo inventa algún inglés, chicos. Cuando hay mucha gente que se manifiesta y empiezan a lanzar piedras, trozos de hierro y objetos extrañísimos como una bombona de butano...

—¿Una bombona de butano? —dijo Buba, a quien esto de ser policía le estaba empezando a gustar, a tenor de la cara de expectación que ponía ante las explicaciones de Canicas y que seguro que iban a conseguir que siguiera en su empeño de ganarse la vida como lanzador de tirachinas...

—Sí. Sí, señores —dijo Canicas como si hablara a unos adultos—. A mí en el 76 una mujer en Zumárraga me tiró desde un balcón una bombona de butano, ¡pero de las grandes! Y suerte que el guardia Santiago Olmedo, que en gloria esté, me dio un fuerte empujón y cayó entre los dos.

Arkaitz se estaba partiendo de risa ante la sola imagen de la mujer con la bombona de butano entre sus brazos como si fuera Obélix y lanzándola a la calle. Su hermano volvía a ser su héroe. No le había engañado, aunque Canicas aún no había explicado cómo narices se lanzaban aquellas pelotas, porque si algo había quedado claro, era que con la mano, no.

—Vale Canicas, pero ¿cómo se tiran las pelotas? —preguntó Eloy.

—Sí, sí. Ahora. Primero quería explicaros por qué se tiran, aunque supongo que habrá quien no estará de acuerdo conmigo. Pero a veces se opina que nosotros los guardias somos una especie de seres extraterrestres que no sentimos ni el miedo ni el dolor y que nos hacemos policías sólo para pegar a los demás. Y que se disfruta tirando pelotas de goma, cuando lo único que se siente es miedo.

Las conversaciones acerca de la violencia no eran habituales entre los niños, que nos esforzábamos en aparentar que era algo ajeno a nosotros y a nuestras vidas. Sin embargo la violencia estaba presente en todos nosotros, incluso había cierto conformismo y las bombas y las manifestaciones eran un rasgo más del paisaje que nos rodeaba y al que, definitivamente, nos habíamos acostumbrado. Lo fue también para mí durante mucho tiempo y creo que también para Eloy, a pesar de su esfuerzo por aparentar lo contrario. Penetramos en el sentido de la violencia que, lejos de distanciarnos, nos unió a todos mucho más, como si fuéramos pequeños caníbales de lo que se llama amistad. Nos necesitábamos ante tanta violencia.

Canicas parecía resistirse a explicarnos cómo se lanzaban las dichosas pelotas de goma, pero para eso estaba Buba, que se encontraba muy interesado en conocer qué sistema utilizaba la policía y si realmente le podía aportar algo en su particular cruzada contra las aves.

—Sí, sí. Tranquilo, Buba, que ahora mismo os explico cómo salen las pelotas con tanta fuerza y precisión. Se utilizan unas enormes escopetas que, en vez de llevar balas en su interior, llevan un cartucho que, cuando se aprieta el gatillo, consigue que la pelota salga disparada con muchísima fuerza. Es una manera de ahuyentar al personal, una especie de «¡no os acerquéis más!» o «¡venga, iros para casa ya!».

—¿Una escopeta? —dijo Buba.

—Sí, sí. Una escopeta normal y corriente.

—Pero una escopeta, ¿cómo va a lanzar pelotas? —insistía Buba, que no acababa de asimilar que esas armas no sólo lanzan balas y matan a los indios, como hace John

Wayne.

–Es una escopeta especial que tiene un hueco para poner las pelotas. Así de sencillo. El corazón de Eloy se estaba desbocando después de saber que su padre lanzaba pelotas de goma con una escopeta igual que en las películas del Oeste. Y él sin saberlo.

Y de pronto se acordó de la historia que le contó un día el abuelo Melquíades sobre un guerrero con una escopeta que, a lomos de un caballo, iba por los montes salvando a los que iban a morir. Y recordaba que en una guerra de hacía cientos de años, cuando ese guerrero había huido de su casa porque habían matado a su familia, en vez de sembrar venganza por doquier, se dedicó a salvar al mundo con su escopeta. Oyó la voz del abuelo Melquíades.

–He venido a salvaros –dijo el guerrero mientras los otros le miraban extrañados.

–¿A salvarnos de qué?

–De vosotros mismos. Del odio y de la venganza. Es una larga historia. Pero no tengáis miedo. Nada malo va a pasar. Ahora me tenéis a mí.

–¿A ti? –dijeron los otros guerreros.

El jinete se lo tomó con calma, cogió su escopeta y dijo:

–Vosotros y vuestros pensamientos. Veréis. Hace mucho tiempo que empezó esta guerra a la que hay que ponerle fin ya. Mirad esa niña que está entre vosotros, asustada, sola, sin ira, tratando de escapar para poder vivir. Y esa niña cree que le haremos daño. Y lo cree porque ha visto en nuestras caras el reflejo del miedo de unos muñecos articulados por el diablo. Y esa niña nos está hablando.

–¿Qué dice esa niña, qué dice? –preguntaba incrédulo uno de los guerreros.

–Dice que no quiere huir de su tierra, que no quiere abandonar a sus muertos, que no quiere oír ruidos extraños ni sentir odio hacia nadie. Que la gente de su pueblo ha tenido una visita desagradable y que sólo quieren vivir en paz. Y dice que si muere, sólo será una niña más que ha muerto. Pero vendrán muchos muertos más. Tú, yo, todo el ejército acabaremos muertos. Y tus hijos y los míos. Y los hijos de ella. Y todos los hijos morirán.

–Esa niña no dice nada. Te lo estás inventando –afirmó un guerrero que se giró para mirarlo.

En ese momento el jinete sacó su escopeta, derribó las espadas de los otros soldados y como si de un mago se tratase, agarró a la niña por la cintura y la subió a su caballo con la velocidad de un rayo, huyendo del lugar en dirección a una nube. Los soldados despavoridos no pudieron reaccionar y uno de ellos dijo:

–¡Se han ido! ¡Se han ido!

Y en el lugar que había ocupado la niña había, ahora, una serpiente de un color rojo gastado.

14. Todo empezó a cambiar

A medida que el invierno iba alejándose y dejaba paso a la melodía de la primavera, Eloy y yo comenzamos a quedar casi todas las tardes en la esquina del cuartel para dar un paseo por el barrio.

A principios de abril estuve quince días sin verlo porque él, su hermano Sergio y su madre se fueron a Atarfe. Aquella primavera me aburrí como una ostra. Qué pesado es tirarse un día entero sin salir. Me pasaba la tarde delante de la televisión y las mañanas ayudando a mi *ama* en la tienda mientras mi *aita* se pasaba el día de un lado para otro sin saber muy bien qué hacía. Durante aquella semana santa que estuve sin ver a Eloy y a los demás, pensaba que todo había vuelto a ser como antes. Miraba cómo avanzaban las agujas del reloj hasta que mi *aita* llegaba y conseguía distraerme, viéndolo subir y bajar del piso a la tienda. Durante esos días, mi *aita* comenzaba a actuar de una manera algo enigmática que solía coincidir con el insoportable ruido de las sirenas de los coches de la Guardia Civil que salían en tropel del cuartel en dirección a cualquier calle de Donosti, después de haber oído los extraños ruidos, algo lejanos, de disparos, bombas y granadas.

He llegado a alcanzar cierto grado de experiencia para distinguir unos de otros. Los disparos suelen ser lo más parecido que hay a un petardo y los ametrallamientos son iguales que las ristras de petardos que se lanzan en las fiestas de la Tamborrada de Donosti. Las bombas sí que eran tremendas, su ruido es seco, profundo y a veces, si no había sido muy lejos, retumbaban las paredes de mi cuarto y se llegaba a ir la señal de la televisión. Una vez, en pleno partido de la Real, se fue la imagen de la tele por culpa de una bomba que estalló cerca del parque de Elorrieta y de la consulta del Doctor Elósegui. Me cabreé muy seriamente. No tenían ningún miramiento.

Me decía con cierto orgullo Arkaitz Goicoetxea que, cuando había bombas, su hermano mayor desaparecía durante algún tiempo y no sabían nada de él hasta que un día, de pronto, volvía a aparecer y se quedaba en casa varios días más sin salir.

Cuando Eloy volvió, sentí unos deseos irrefrenables de abrazarlo. Pero me pregunté si dos hombres se abrazan tras una separación de apenas quince días. Es curioso, pero esas dos semanas se me hicieron eternas. No miraba el reloj de la estación más a menudo que en otras ocasiones, pero sin embargo me quedaba embobado frente al calendario varias veces al día, como si de ese modo las horas fuesen a pasar más rápido. El reloj siempre me ha dado la grata sensación de paso del tiempo; es como si el día se partiera en pedacitos inapreciables pero constantes. El calendario no. Es mezuquina. No se mueve. Pero está ahí, ingrato, como si fuera un recordatorio de que la vida se va acortando.

Cuando nos reencontramos hice el ademán de atizarle un golpe en el hígado y él simuló un par de ganchos con la derecha dando saltitos a mi alrededor como si fuera Mohamed Ali, para terminar diciéndome:

—¡ *Egunon*, Ander!

Fue la primera vez que en su afán por aprender, quiso regalarme unas palabras en euskera.

El parque de Andonegui ya no existía. Había quedado pulverizado después de que un coche bomba estallase al lado y destrozase todos los columpios y hasta las porterías que habíamos hecho con unos palos. Sólo quedaba un gran agujero en la calzada, como si hubiera aterrizado un ovni. Quién sabe lo que es la suerte. Quién sabe cuántas veces hemos estado a punto de morir y no nos hemos dado ni cuenta. El coche que estalló era el mismo al que Arkaitz alcanzó con su pelota de goma, el mismo que tuvimos al lado durante tanto tiempo. Y ahora ya no está. Sólo queda un inmenso agujero. Los que tampoco están son Tadeo y *Kantauri*. Volaron junto al coche. Es lo que tiene la mala suerte de pasar al lado del vehículo en el momento que explota.

Hasta Arkaitz se puso muy triste y le pidió explicaciones a su hermano por hacer lo mismo que hacía cuando mataban a un guardia civil. Es decir, celebrarlo. Para Arkaitz, como para tantos otros, había muertos y muertos. Y no todos eran iguales por muy muertos que estuvieran. Porque a ver, razonaba Arkaitz:

—¿Qué han hecho Tadeo y *Kantauri* para que los maten? Si Tadeo es vasco de los buenos, aunque sea un payaso jubilado. ¿Y *Kantauri*? Pero si hasta su nombre era vasco. Esto me lo va a tener que explicar mi hermano.

Aquel día, los cristales de nuestras ventanas también se rompieron y tuvimos que poner unos cartones para que no pasara el aire. Y se fue la luz durante varias horas. A los Goicoechea también se les rompieron las ventanas. Eso tampoco lo entendía Arkaitz y mucho menos las explicaciones de su hermano sobre que Tadeo y *Kantauri* eran unos narcotraficantes y que por eso estaba muy bien que estuvieran muertos. Arkaitz comenzó a dudar seriamente sobre las explicaciones de su hermano y al cabo de poco tiempo abandonó el profundo sueño en el que había vivido. Se despertaba cada día para aprovechar la luz del sol y cada vez que nos veíamos los de la cuadrilla, nos dábamos un fuerte abrazo. Y desde entonces, todos nos abrazábamos con fuerza porque habíamos comprendido que ese gesto podría ser una despedida, como si no fuéramos a vernos nunca más. Como Tadeo y *Kantauri*.

15. Veo el cielo

Las tropas del colectivo de familiares de presos se pusieron en marcha en las proximidades del Boulevard. Algunas madres o abuelas se vanagloriaban de que su hijo o nieto fuera, ahora, un nuevo miembro del colectivo de presos y de que pudieran, así, lucir su rostro en una bandera que reclamaba su libertad. Mientras, Eloy, Buba, Arkaitz, Egoitz, Zigor, Antón, Paco, Fede, Pepe Luis, Rafa, Mariano y yo nos despertamos ese sábado como si nuestro entrenamiento a las órdenes de Canicas fuera el acontecimiento más extraordinario de nuestras vidas. Cuando Eloy abrió los ojos, el cabo Canicas ya llevaba una hora dando vueltas al patio del cuartel manejando el balón como si fuera aquel niño de la postguerra que se despertaba a las faldas del santuario de Gaztelugatxe y comenzaba a subir sus interminables escaleras hasta llegar a la cúspide desde la que veía el paisaje más maravilloso de todo Euskadi, mientras se decía que tanto sudor y esfuerzo sólo podían hacer funcionar mejor su cabeza. Esfuerzo, lucha y cierta resignación ante la derrota. Esa era la frase preferida del cabo Canicas.

—¡Eloy, venga, despierta ya! —repetía Canicas a todos los integrantes del equipo.

—¿Qué queréis, que esos señoritingos del Herrico Club os den un repaso, o qué? Vaya espíritu tenéis —decía mientras sacaban la cabeza por la ventana en un ademán de responderle «que ya bajamos, hombre, si hay tiempo, tranquilo Canicas. Que son pan comido»—. Por cierto, habrá que ponerle un nombre al equipo, ¿no?

—¡Vale! ¡El Athletic Inchaurreondo! —dijo Buba, entusiasmado.

—¡Te quieres callar! —dijo Ander—. ¿Cómo se va a llamar un equipo de Inchaurreondo como el Athletic de Bilbao? ¡Estás tonto, Buba!

De pronto, haciendo gala de su sentido común, Eloy sugirió:

—¿Por qué no le llamamos Racing de Inchaurreondo?

—Pero Racing no es una palabra vasca... —protestó Arkaitz.

—Ni Athletic tampoco. Ni Real, vamos —replicó Ander.

Y así, sin proponérselo, Eloy bautizó nuestro equipo como Racing Inchaurreondo.

Mientras las tropas de madres y abuelas proseguían su camino matutino como todos los sábados, las SS, como en todos los pequeños pueblos de Euskadi, observaban los pequeños cuarteles con un solo guardia en la puerta del miedo. El agente esperaba que cuando estallara una granada o una ráfaga tuviera tiempo al menos de avisar a los niños y a las mujeres que aún dormían en su interior, mientras él repelía el ataque. O bien las pintadas en las cercanías del cuartel o de la casa de algún concejal o periodista del pueblo al que el miedo todavía no le había hecho abandonar o callar, que aún es peor. Es cierto que haciendo un paralelismo probablemente equivocado con el exterminio del pueblo judío en la Alemania nazi, no se lanzaban los muebles de los guardias, concejales o periodistas por las ventanas, ni se les marcaba una estrella de David en el brazo, ni tan siquiera se expoliaban sus bienes. ¿Qué bienes? No, nada de eso ocurrió. Sólo conseguían que estuvieran encerrados en casa mientras las tropas de Reinhard Heydrich curioseaban el espectáculo, la expropiación de sus vidas, que no de sus relojes de oro ni sus pinturas de Rembrandt o Van Gogh. En todo caso, esperaban a ver volar la máquina de coser de la madre o mujer de algún guardia cuya ropa era entregada a escondidas por algunas mujeres del pueblo, no fuera que se enteraran de que Doña Gertrudis Otegui daba trabajo a mujeres de guardias civiles.

Claro que había gente honrada. Existían Gertrudis Otegui en cualquier pueblo, gente dispuesta a caminar aunque fuera como fantasmas, pero caminar al fin y al cabo y desaprobar, incrédulas, cómo la mayoría de las tropas de Reinhard Heydrich

golpeaban a la puerta del cuartel para reír sarcásticamente ante las mujeres y los niños de los policías. Pero a los guardias no. No, porque un hombre herido en su orgullo de padre o de hijo o de marido o de hermano o de amigo es capaz de, como un psicópata silencioso, ajustar las cuentas a las tropas de las SS y eso ha ocurrido también. Y no se debe disculpar.

Era maravilloso comprobar cómo cada martes Doña Gertrudis Otegui se colocaba a primera hora de la mañana en un bar cercano al cuartel. Desde allí, esperaba a que fueran saliendo las mujeres de los guardias para entregarles madejas de lana, botones y cremalleras sin que nadie las molestara, intercambiándose los colores de la lana y los botones y pagándoles lo que ya habían terminado. Todo resultaba tremendamente sencillo y las mujeres parecían divertirse al salir del cuartel, como si la semioscuridad en la que vivían fuera un pasadizo interior del que se podía salir, aunque sólo fuera un día a la semana.

—El martes que viene vuelvo a por el trabajo, chicas —decía Doña Gertrudis Otegui, que observaba a esas mujeres alejarse entre risas comedidas, pieles blancas y ropa deshilachada.

Mientras eso ocurría sin que apenas nadie lo supiera, los niños nos evadíamos de algunas realidades como las que se vivieron en aquellos años. Aun sabiendo que algo extraño ocurría, llegábamos a considerarlo incluso gracioso, un auténtico motor de la diversión infantil en contraposición a los argumentos llenos de palabrería barata que empleaban nuestros padres, unos y otros. Todos. Allí, en Euskadi, todos utilizaban el mapa, el dichoso mapa con el que separaban los bandos, con el que iban marcando con una tenue línea las fronteras, no sólo del territorio, sino de la propia vida. Éste merece vivir. Éste no. Éste es un puto vasco, éste es de los nuestros.

Yo pensaba que ese sábado de Inchaurreondo estaba rodeado de un aura que incluso hoy me produce sosiego, obcecado como estoy en continuos debates internos acerca de mi niñez. Miraba el cielo y no era cielo lo que veía, era el universo. No llovía, ni tan siquiera se veía el humo de las fábricas de Pasajes o Rentería. Parecía un escenario irreal, bucólico, como si hubiera habido un pacto entre los dos bandos para sacar la bandera blanca y anunciar una tregua más, proclamada unilateralmente por catorce niños y el cabo Canicas, que habían optado por la vida, el juego y por cumplir su pequeño secreto: contarle a todo el mundo que catorce niños ajenos a los bombardeos habían decidido jugar el gran partido del siglo en el parque de Andonegui. Y lo que era más importante: jugaríamos como un solo equipo. Logramos entrenar durante más de un mes sin que nadie se enterara de la preparación del partido más importante de la historia de Euskadi. Guardias, asesinos, los que miraban para otro lado o las bellísimas personas que aceptaban que el escenario de guerra se mantuviera, pero sin grandes masacres porque luego no se podían justificar; nadie se enteró. Y ése era el gran partido, no los de la Real o el Athletic Club.

Ahora, tantos años después, todavía me pregunto qué habría sido de nuestras vidas, de esos catorce niños de catorce familias diferentes, si no nos hubiera tocado sufrir el drama de una guerra. Me pregunto muy a menudo qué habríamos hecho si no hubiéramos conocido el gran silencio que imperaba en Inchaurreondo, si no hubiéramos tenido palabras ni oídos para alimentar la dura voluntad de sobrevivir en un escenario de odio. Quizá esté personalizando en exceso esta historia en mis vivencias, aunque conozco muchas más. De Eloy, de mi amigo, sé poca cosa. Lo recuerdo, pero vagamente, como un niño universal que podría extraer su historia de algún barrio judío de Berlín, o de los niños de Sarajevo o de los niños afganos ante la masacre talibán o rusa o americana. Un niño más, al fin y al cabo.

Lo recuerdo como una vieja postal cuyo escenario ha ido cambiando muy poco a poco, donde la figura de Eloy aparece como las fotos de la abuela Mari Lamiak, en un tono sepia y muy solemne, con algo que no acaba de encajar, con sólidas percepciones

negacionistas ante lo que estábamos viviendo. Recordarlo es como ver una foto del día antes del bombardeo de Guernica. Aparente paz, alguna sonrisa, el prelude de la muerte.

Por eso, precisamente por eso, quiero seguir vomitando esta historia, para que mis ojos se encuentren a salvo de una vez y desaparezcan imágenes dignamente retenidas en mi memoria. No quiero perder mi punto de vista hacia la muerte, hacia lo finito, hacia lo que tienen asumido todos los humanos que encaja en el desarrollo de una vida. Sólo quiero que mis ojos se encuentren a salvo de los recuerdos, porque ellos, mis ojos, son los que me dan la vida y me obligan, aun sin querer, a recordar.

A no olvidar ni un solo detalle como las manos rugosas del cabo Canicas, la luminosidad evanescente de sus ojos repentinamente rejuvenecidos, los pelos de su nariz que mil veces le habría dicho que se los cortara o mil veces le habría preguntado por qué no se casó y tuvo niños como nosotros. A Asier pegando portazos en la puerta de la escalera de su casa que hacían que temblara el edificio, a su madre diciéndole por el balcón que a dónde iba a esas horas con las botas de fútbol y si se había lavado los dientes, mientras su padre, también desde el balcón, miraba a uno y otro lado como sorprendiéndose ante lo extraño de no oír ningún bombazo o sirenas que dejaran algún corazón sin sangre. A mi *aita* Aker, cambiando una bombilla fundida en la cada vez más decadente tienda, mientras me miraba con mis pantalones de la Real, los calcetines blancos y los guantes de portero que me dio Canicas (me dijo que Arconada se los había regalado para mí, pero Canicas todavía no se había dado cuenta que lo vi comprándolos en la tienda de deportes donde trabajaba el padre de Buba). A él, a Buba, con su pelo inmensamente rizado y su acento de cualquier lugar del mundo menos de Euskadi, creyéndose la misma recreación del inmortal delantero de la Real, Satrústegui.

No, no quiero, me niego a olvidar aquel sábado de paz en Inchaurreondo, sigo deleitándome en imágenes como los pantalones cortos, cortísimos, que llevaba Eloy cuando lo vi aparecer en la esquina del cuartel con la camiseta amarilla del Real Atarfe y el balón oficial del gran partido de nuestras vidas, reluciente, imaculado, sin que todavía ningún pie lo hubiera golpeado con toda la rabia con que se golpea un balón, cuando apenas tienes fuerza para lograr que avance, entre sus manos. Eloy era el capitán del equipo que lograría cambiar la historia de Euskadi durante una hora y media en la que los niños fueron los gobernantes no sólo de sus vidas, sino de las de todo Inchaurreondo. Sus piernas, incluida la mía, y mis manos, iban a cambiar la rutina de muerte y silencio que las balas, un día, y en nombre de todos los vascos, unos pocos decidieron que serían el motor cotidiano de nuestras vidas. Inconscientemente, los catorce niños no nos resignamos y ese día quisimos subir las escaleras tan pronunciadas que nos habían impuesto unos y otros, pulsar los botones de los interfonos y salir corriendo, entrar sin pagar en el tren, atascar los váteres del colegio a la misma hora para conseguir que tuvieran que venir los bomberos a achicar el agua, poner chicles en todas las cerraduras de Inchaurreondo Alto, tirarnos pedos en el topo, ir con la cremallera bajada o ponernos una corbata ante la mirada desnuda de los vecinos que veían, en nosotros, no un soplo de aire, sino enanos de un mundo irreal. «Ya se enterarán, ya», decían. Antes o después, pensaban los vecinos, acabarán en la marcha de las SS o vendiendo una u otra cosa a los hijos de perra del cuartel o quizá, incluso, alguno dé el paso y se convierta en un héroe más del barrio del que penderá su foto en la *Herriko* donde se deciden las vidas. Lo que viene a ser la Wilhelmstrasse de Berlín en 1940.

A los doce años vas llegando poco a poco al umbral que separa la infancia de la adolescencia y en ese momento de la vida me encontraba cuando apareció Eloy. Él y el resto de niños empezamos a descubrir el amanecer de las erecciones, los granos en la cara y un ligero y poco atrevido vello en las piernas, convirtiéndose el mundo en un

universo cada día un poco diferente, proporcionándonos motivos para una divina felicidad a la espera de que ese vello fuera aumentando y las erecciones se convirtieran en eyaculaciones. Estábamos en ello y esa era una de nuestras conversaciones más habituales. Al fin y al cabo los niños vascos y los de Granada tenían las mismas esperanzas fálicas. Como cualquier otro niño, nos íbamos convirtiendo en esclavos de un cambio gradual y casi milagroso.

Yo era más ardoroso que Eloy. Más rústico, como buen vasco. Pero él, en su aspecto y en su delicadeza, se asemejaba a lo que era un pequeño Federico García Lorca de la vida. Tímido, romántico a la vez que atrevido y sobre todo, valiente ante la incomprensión. Todavía no nos había llegado el momento en que las chicas nos perseguían, aún andábamos cambiando cromos y soñando con jugar en la Real, pero los pequeños romances comenzaban a aparecer entre las anónimas e insípidas clases de la ikastola en las que se combinaba el adoctrinamiento del buen vasco con el más decrepito y absurdo aburrimiento. Es de suponer que en el cuartel pasaría algo parecido.

Todos sabíamos, eso es universal, que las chicas no se entregan fácilmente, que una chica como Dios manda debía mantener su reputación a buen recaudo y que lo máximo que se permitía era un ligero toqueteo y como mucho un roce de labios. Pero nos encontrábamos en Inchaurreondo y en ese momento, era de esos dos o tres sitios en el mundo donde está prohibido crecer, sentir, soñar, meter la mano debajo de la blusa a una chica, mezclarse, reír y en definitiva, lo que hace cualquier niño de cualquier otro lugar del planeta. Estábamos atrapados no sólo en nuestro cuerpo que iba creciendo, sino en nuestro incierto futuro.

16. Calle Baratzategui 23

En el edificio donde vivíamos mi *ama*, mi *aita* Aker, yo y hasta poco antes de volver a las aguas de la playa del Gros, la abuela Mari Lamiak, había un piso por rellano y cinco de altura. Era uno más de los viejos bloques sin alma, sin apenas ventanas por las que mirar el vientre del mundo, sin grandes emociones, un edificio débil, como si fuera de cristal sin serlo, como un feto enfermo de una mujer que se creía estéril, en la que las cinco familias que allí respirábamos eran un claro ejemplo de lo que se sentía en Inchaurreondo. La única nota de algarabía era que al menos había bastantes niños en la escalera y todos, meses arriba, meses abajo, nacimos en los mismos años polvorientos.

Yo vivía en el primero, justo encima de la tienda de ultramarinos, y en el piso de arriba vivían los Goicoechea, padres, hijos y amigos de Reinhard Heydrich. Todos menos Arkaitz, el hijo pequeño, que tenía once años y todavía no se había enterado de qué iba la película de nuestras vidas. En el tercero convivían, es un decir, los Andrade, que habían llegado a Inchaurreondo hacía unos diez años y eran toda la familia de un pequeño pueblo de Palencia. El padre, José María Andrade, se pasaba el día gritando con cualquier argumento; que si llovía, porque llovía, que si hacía sol, porque hacía sol, que si no había sitio para aparcar su furgoneta, la culpa era de los putos guardias civiles, porque mira que había sitio frente al cuartel, pero nada, los hijos de perra no dejaban aparcar; la fortuna es que a pesar de que se oían numerosos golpes en su casa, parece ser que no pegaba a su mujer, o al menos eso nos decía Buba, su hijo de mi misma edad, que era un prodigio de la técnica futbolística y también de lanzar con un tirachinas piedras en dirección al cuartel, hasta que un día le dio al perro del comandante y los guardias liaron una de la hostia creyendo que había sido un comando terrorista antianimales de la Guardia Civil. El Buba era muy cabrón para ser tan pequeño.

Voy subiendo. En el cuarto no había niños. Vivían los señores Arana y digo lo de señores porque ya estaban jubilados y se pasaban el día con el traje de los domingos paseando por el barrio de Amara, que era el más rico de Donosti. Todos pensábamos que eran reminiscencias de una nobleza venida a menos, pues se comentaba en el barrio que el señor Arana era familia lejana del gran Sabino Arana. Que es lo que viene a ser una especie de comandante del cuartel de Inchaurreondo. O sea Dios, que diría Eloy. Yo creo que nada de eso es cierto. Sí, se llamaban Arana como algunos otros y ellos no contribuyeron tampoco a erradicar ese rumor que tan bien les venía a su porte civilizado y de refugio de sus ya agotadas vidas. En Inchaurreondo, conocer a alguien del partido al que votaban todos los que miraban para otro lado era garantía de que sabías interpretar muy bien la música de sonaba en Euskadi. Así eran los Arana. Apariencia encantadora, palabras musicales, rezos y cantos cristianos, pero cuando ocurría lo inevitable, «eran los designios del señor, y sí, mejor que lo entierren en su tierra». Bellísimas personas.

En el último piso vivía sola la señora Ibarra, que tenía unos ochenta años y en realidad la llamábamos señora Polillas porque su casa olía fuertemente a naftalina. Detrás de la enorme puerta de su casa estaba el comedor. En el comedor, las sillas y la mesa estaban cubiertas por una funda como si nunca hubieran sido utilizadas y esperaran un día para hacer un gran banquete y desempolvar todos los recuerdos de su vida. Sobre la vitrina, repleta de fotografías de sus hijos que no iban nunca a verla, había un vaso con unas rosas de papel y una vieja radio.

Cuando murió la abuela Mari Lamiak, una vez entré en su casa y por eso recuerdo el olor a viejo, a naftalina, y también la recuerdo a ella con su bata de lana negra y el cordón anudado en su vientre. Cuando la señora Ibarra caminaba, el cordón la seguía como si fuera un yo-yo o el segundero de un reloj. También la casa olía a orines

aunque creo que la señora Ibarra hacía un gran esfuerzo por disimularlo inundándolo todo con una colonia de botella de litro que compraba en nuestra tienda. Pero creo que eso era todavía peor.

A veces la encontraba por la escalera y me sonreía y se le estiraban las arrugas hacia las orejas y dentro de su boca se veían los huecos de varios dientes que faltaban. Me llegó a obsesionar la imagen de su boca cuando hablaba y procuraba no mirarla fijamente.

Un día nos vimos obligados a cerrar la tienda, aunque mi *aita* lo hizo encantado, porque había huelga general. Fue la primera vez que oí esa palabra. *Huelga*. No se por qué se hizo. Sólo recuerdo que duró todo el día y tampoco fui a la ikastola porque aquel día hubo huelga en todo Inchaurren. Bueno, en el cuartel no, porque Eloy y los otros sí que tuvieron colegio. Aunque claro, una ikastola y un colegio no eran lo mismo. Al menos eso decía Arkaitz. Y digo decía porque desde la muerte de Tadeo y *Kantauri*, el pequeño de los Goicoetxea había cambiado mucho.

La cuestión es que la huelga nos hizo perder dinero en la tienda porque no vendimos nada, y mi *ama* se enfadó mucho porque decía que hacer huelga era una inutilidad. Que al final, nuestros mejores clientes, que eran la gente del cuartel, se cansarían de tanta huelga y no comprarían más. La verdad es que el negocio no iba bien. Las reiteradas ausencias de mi *aita* provocaban que mi *ama* no pudiera con todo y se le olvidara pedir productos que se iban acabando, o cuando se acordaba le dijeran de fábrica que no se los podían servir por un motivo u otro. Todo era bastante caótico.

Entre nosotros, ese fue un día extraño. Parecía un domingo pero sin serlo, porque en el cuartel no era fiesta y ni podíamos entrar a jugar a fútbol, ni ellos podían salir a jugar fuera, por lo que Asier, Arkaitz y yo nos fuimos a casa de Buba. En el inmenso cuarto que compartía con sus hermanas poco nos importaba a nosotros los motivos de la huelga y el porqué de tantas pancartas y banderas en los balcones, aunque sin duda sabíamos que tendría que ver con el tiroteo de la semana anterior al lado de la estación, donde murió un chico muy amigo del hermano de Arkaitz. Y por eso habían pegado en todas las paredes de Inchaurren unos panfletos con la imagen de un guardia civil con el sombrero ese tan raro, en el que ponía: «ASESINOS». Porque no creíamos que fuera por el árbitro que pitó el último partido de la Real y que se inventó un penalti inexistente, según decían en la radio. Acordamos que sin duda sería por el tiroteo, aunque también nos preguntamos que si era por eso, no acabábamos de entender por qué no hubo otra huelga el día que mataron a Tadeo y a *Kantauri*.

¿Será que no todos los muertos son iguales? Pues yo creo que Tadeo y *Kantauri* se merecían, como mínimo, una huelga de dos días, una por cada uno, aunque a mi *ama* no le gustasen las huelgas.

17. El balón rasga el silencio

Aquellos catorce niños que sembramos la efímera paz de Inchaurreondo en aquel sábado glorioso realmente luchábamos por nuestro pequeño sueño, por lo que nos ilusionaba y a la vez nos producía rabia ante tanta incompreensión. Necesitábamos alcanzar el sueño de correr detrás de una pelota creyéndonos que sería como la inolvidable Real Sociedad de aquellos años que, por un momento, centraríamos la atención de los padres, tan ocupados en la seguridad relativa que te ofrece ser un buen vasco o en la inseguridad absoluta de mirar debajo del coche.

Aquel sábado de gloria vino precedido de muchos entrenamientos a las órdenes de Canicas que, callado, soportando la espantosa humedad de Inchaurreondo y con su inseparable camisa de pana negra abotonada hasta el cuello, rejuveneció como un tímido murmullo de un niño que empieza a descubrir el mundo. Durante los entrenos en el descampado de Atxiri, la gente nos observaba al pasar y se quedaban de pie mirando, sin ni siquiera apoyarse en la vieja tapia del descampado. Canicas, con sus revolucionarios métodos de entrenamiento, nos ponía la canción de Rocky haciéndonos subir a toda velocidad a los catorce de Inchaurreondo por las escaleras que conducen al topo, como si estuviéramos en Filadelfia preparando el gran combate de nuestras vidas.

—¡Esto funciona! —decía Canicas—. Poco a poco, pero funciona —añadía, ajeno a las miradas de la gente y al cielo habitualmente encapotado y a punto de estallar en el diluvio universal.

Cuando empezábamos el entrenamiento nos hacía correr a lo largo del campo hasta que el sudor asomaba por la piel mientras decía:

—¡Seguid, venga, da igual que llueva, que el barro se apodere de las botas, hay que sudar más!

Mientras tanto y ante mi imposibilidad para correr, me dedicaba a la ingrata y poco reconocida tarea de entrenarme como portero. Los porteros no corren mucho. Incluso, pensaba, «hasta si un día me quitan las anginas como a Eloy, podré jugar de portero». De todas maneras y a pesar de que Canicas me decía que tenía unas cualidades innatas para ser portero, mis inicios en la portería fueron desalentadores. Siempre quise ser delantero centro y creo que si permití que me miraran cientos de médicos y me llevaran de un hospital a otro para ver si tenía arreglo, fue sólo por ser el delantero centro de mi equipo. Del equipo que siempre había soñado, y que era éste.

A veces me quedaba cabizbajo entre las sombras de los árboles que hacían de portería cuando veía a Eloy o Asier o a Buba, correr y correr por el campo y gritar ¡GOOOOOL!, mientras lo miraba todo con cierta lejanía y dando leves saltitos. Pero ahí estaba siempre Eloy, que con esa visión casi voraz en un niño, venía siempre a celebrar sus goles conmigo y me decía:

—Este gol ha sido gracias a que tú la has parado antes y se la has pasado a Rafa y él a mí. Tenemos un gran portero, Ander. Ni Arconada. Sigue parando.

Luego, en la penumbra de la portería, cuando caía la tarde y ya había acabado el partido de entrenamiento, escuchaba cómo Eloy me decía que había nacido para ser portero de fútbol, que dentro de mí había alguien con deseos de atajar todo lo que le lanzaran, que mis manos eran grandes y ágiles y que mis reflejos eran como la memoria, que no olvida los espacios entre mi cuerpo y la portería y de una manera casi automática, reaccionaban ante su propia sorpresa, de una manera disciplinada, como si tuviera un espejo que me dejara ver la dirección de la pelota un segundo antes de que se dirigiera hacia mí.

Cuando entrenábamos los sábados por la tarde, a última hora, una vez los demás ya

se habían ido, Canicas, Eloy y yo nos sentábamos en el borde del descampado mirando hacia las montañas, con los pies habitualmente mojados, mientras Canicas sacaba de su bolsa su pócima mágica. Nos decía que era zumo de naranja, un poco de limón, azúcar y algo más que nunca nos quiso revelar, porque para eso era su pócima secreta, aunque nosotros creíamos que eran unas gotas de vino, muy poco, sólo lo justo para levantarnos el ánimo y el cansancio.

No olvido ver a Eloy ponerse en pie, coger el balón y empezar a dar toques sin que la pelota cayera al suelo, mientras Canicas y Buba se quedaban embobados viendo tanta habilidad, ese suave roce de la pelota en su pie derecho, luego en el izquierdo y finalmente en su cabeza, para volver a empezar sin que el balón cediera de su dominio. Tenía un don que consiguió moldear a su gusto, olvidándose del mundo triste que le rodeaba en Inchaurrondo, del que Canicas y los otros niños del equipo eran la sonora excepción. Eloy sólo veía el mundo de su interior, sabía que algo no funcionaba, en realidad lo sabíamos todos, pero sólo él era capaz de aparentar felicidad ante tanta tristeza de sus entrañas, ante tanta soledad y nostalgia. Poco a poco, sin ruido, se fue convirtiendo en el líder de catorce niños que carecían de maldad. Podía observarlo buscando, eligiendo el gesto o la palabra precisa para saber que era el príncipe de la cuadrilla.

–Venga, Eloy, que llegamos tarde al entrenamiento –dijo Canicas con su adusta voz. Eloy se estaba acostumbrando a irse a dormir pensando que era un gran jugador de fútbol, aunque esa mañana se levantó con un nudo en la garganta que apenas le dejaba respirar. Miedo. El miedo le hacía perder su estima, levantándose intranquilo porque no estaba nada seguro de estar a la altura de lo que todos esperaban de él.

–Pero, ¿qué diablos te pasa, Eloy? Andas un poco vago últimamente, se te nota cansado como si no te apeteciera jugar en el equipo –insistía Canicas.

–Nada, nada, es sólo... no lo sé, Canicas, pero es que no quiero fallarles a los del equipo y a veces tengo miedo.

–¿Miedo? ¿A qué tienes miedo, Eloy?

–Seguramente a no poder ganar el partido contra el Herrico. A veces pienso que quisiera que me operaran de las anginas otra vez y así no tendría... no sé cómo se dice, Canicas.

–Responsabilidad –terció el entrenador.

–Pues eso. En el pueblo, en Atarfe, nunca había sentido eso que dices, pero aquí siento que tengo que hacerlo mejor que nadie para seguir saliendo del cuartel y jugar al fútbol. Es como si pensara que si no lo hago bien acabarán por no dejarme jugar con el equipo y entonces volveré a estar aquí todo el día encerrado.

Canicas se agachó, lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

–Claro que puedes jugar, Eloy. Hemos tenido muchísima suerte de conocer a los del equipo y ellos te adoran, te necesitan, pero no porque marques más goles que nadie, sino porque valoran tu amistad. ¿Sabes lo que es eso? Es lo más grande a lo que puede aspirar un hombre, es como una melodía que nos emborracha a todos. Lo demás no importa, Eloy. Venga, déjate de tonterías, sube y dale un beso a tu madre y vámonos que llegaremos tarde.

Eloy no lo decía. Pero él no era feliz en Inchaurrondo. Nunca hasta entonces habíamos hablado de lo que ocurría a nuestro alrededor, pero aunque fuéramos sólo unos niños de apenas doce años, no nos era extraño el silencio que se rasgaba de pronto en forma de bomba o de griterío ensordecedor. No nos resultaba ajeno el odio de las miradas ni las pintadas de las paredes. Nada de todo eso pasaba desapercibido ni siquiera para unos niños. Al fin y al cabo yo ya había nacido en un lugar de silencios

rotos por disparos y con esas pintadas que tanto nos costaron entender. Pero él no. Ni él ni ningún otro niño del cuartel de Inchaurreondo.

Sin embargo, su tristeza se le olvidaba con el balón en los pies. Era insaciable con la pelota. Y era el salvador del equipo. Todos sabíamos que dependíamos de él para ganar el partido más importante de nuestras vidas y a todos nos preocupaba su aparente crisis personal que en las últimas semanas se había acrecentado. No dudábamos que necesitábamos al mejor Eloy para ganarles el partido a los del Herrico Club. Pero en los entrenamientos, su tristeza se transformaba en goles. Él decía que la vida de los goleadores no es lo que parece, que necesitaban sentirse solos en el área para rescatar con un zarpazo al equipo. Por eso les mimaban tanto. Arkaitz, el hijo de los Goicoetxea, le traía un trozo de membrillo envuelto en un periódico. Muchas veces me pregunté qué dirían los Goicoetxea si se enteraran de que el membrillo acababa comiéndoselo Eloy, un pequeño hijo de perra de la Guardia Civil. Pero a Arkaitz no le importaba. Eloy miraba a su alrededor, observaba las caras de todos y se abrazaba con Arkaitz. Ese día le había traído un batido de chocolate y un cruasán. No le dejaba en paz, se apoyaba en Eloy, se ponían a hablar y no paraban. Yo, a cierta distancia, me pregunté qué habría sido de nosotros si no hubiéramos vivido en Inchaurreondo, en este escenario de guerra; quizá seríamos como auténticos hermanos. Pero la vida es muy torpe y no tuvo consideración ni de los niños como nosotros. La bondad y la inocencia de Arkaitz le habrían permitido ser el niño más feliz del mundo a pesar de ser hijo y hermano de un Reinhard Heydrich. Los rifles apuntando estaban en todas partes, quizá hasta seguían sus pasos para desbaratar tanta confraternización entre niños de uno y otro lado. Fuimos las típicas presas del mundo en el que a nuestra edad ya comienza el leve, tenue, pero constante bombardeo del adoctrinamiento de las víctimas y los verdugos.

Canicas observaba a todo el grupo vivir en aparente paz. Aún no se había estropeado lo mejor de nuestras vidas y parecíamos pequeños peces viviendo en una diminuta burbuja de agua, a la que los viejos tiburones no dejaban de observar por si era necesario dividir a los peces y situarlos a cada uno en su pecera.

Estábamos en la esquina del campo con las manos de cada uno sobre el hombro del otro, con las miradas cansadas por el duro entrenamiento de Canicas. Era el prelude de una pequeña fiesta, de la copa divina que queríamos levantar cuando acabara el partido.

—¿Beberemos champán, verdad Canicas? —decía Buba—. Los jugadores de fútbol cuando ganan un torneo se tiran el champán por encima —insistía.

—Que no Buba, eso son los tenistas —terció Eloy.

—Y los futbolistas también. Que yo he visto por la tele cómo bebían champán en una botella enorme —reiteraba Buba.

—Bueno, bueno —terció Canicas—. Lo que hay que hacer es ganar. Ese día seremos como los actores de Hollywood en la entrega de los Oscar, será nuestro gran día. Y sí, qué cojones, cuando acabemos beberemos champán, una copa y otra.

En las laderas de la pequeña montaña que rodeaba el parque de Andonegui ya se comenzaba a ver el público que poco a poco iba llegando y sustituyendo con sus susurros el canto de algunos pájaros que hasta ese momento habían sido nuestros únicos hinchas. En el lugar donde terminaban los árboles, detrás de los columpios, frente al agujero que había dejado la bomba que se llevó a Tadeo y a *Kantauri*, había grupos de personas que iban buscando un buen sitio para sentarse; vi hasta algún vendedor de bocadillos y refrescos como en las inmediaciones de Atocha. Pero, por el momento, no se veían a muchos espectadores y sólo la curiosidad de los componentes

de una furgoneta de la Guardia Civil que se detuvo a observar lo que ocurría en el parque contribuyó a crear un tímido ambiente de partido de máxima rivalidad.

La hora del partido se acercaba y ya se veía la ladera prácticamente abarrotada de hombres y alguna mujer, pero sobre todo de curiosos que veían sin entender nada, como si de pronto las gotas de sudor que nos caían se convirtieran en reclamos de una inundación de goles que nadie estaba dispuesto a perderse. Ahora, ya, la multitud que nos rodeaba no parecía sentir las incomodidades de ver un partido de niños en un descampado de barrio. La gente de Inchaurreondo estaba habituada al frío y al viento, a las bajas temperaturas y a las posturas incómodas, y no se ofrecía, a menudo, la posibilidad de presenciar ningún espectáculo gratuito en que no prevaleciera la violencia o las miradas de odio. La furgoneta de la Guardia Civil permaneció en el lugar y nadie se percató de ello. Incluso hubo quien comentaba incidencias del partido con los guardias, como si una voz profunda y ensordecedora los hiciera hincharse del mismo equipo.

En el campo expresaba su insatisfacción en plan estelar; él sabía que su sola presencia nos tranquilizaba a todos y como si fuera el mismísimo Maradona, se deleitaba quitándole importancia a sus goles con gestos de jugador cotizadísimo. Los goles le producían una fiebre contagiosa. Incluso cuando estaba más triste que de costumbre no lograba apagar su voraz apetito goleador. Hoy había empezado con un par de buenos remates de larga distancia que habían puesto el miedo en el cuerpo al portero del Herrico. Luego se sacó una bolea de la chistera que si la hubiera hecho cualquiera del equipo habría ido la pelota a la carretera y, sin embargo, la coló por la mismísima escuadra. Yo estaba convencido de que ese balón no lo paraba ni el mismísimo Arconada.

Antes de ese increíble gol el partido discurría con un perezoso punto de apatía en el que nadie se atrevía a arriesgar por temor a fallar. Los alrededores del campo estaban abarrotados y eso era la gran noticia del año en Inchaurreondo. Y no era una manifestación. Yo, desde la portería, me entretenía viendo a los Goicoetxea, al padre de Buba y hasta a los señores Arana, que para no perder la costumbre iban vestidos como si fueran a tomar el té en la terraza del Hotel María Cristina. Incluso la señora Ibarra estaba allí. Cerca, no muy lejos de ellos, estaba Doña Soledad, pero al teniente Navarro no se le veía por ningún lado. Y también vi a los padres de Pepe Luis y Rafa. También me pareció ver al Doctor Elósegui. Era la poesía de la muerte y del odio. No sabían realmente quiénes eran esos niños, pero los animaban como si la vida de todos dependiera de ellos, como si por un momento lo más importante fuera la victoria del Racing de Inchaurreondo.

Mi *aita* no estaba. Por más que lo busqué no vi a *aita* por ninguna parte. «Alguna cosa importante habrá tenido que hacer», pensé. Aunque no se me ocurría ninguna más importante que ver a su hijo cojo con los guantes de Arconada. Mi *ama* estaba radiante, incluso no le importó cerrar la tienda para verme ovacionado por el entendido público de Inchaurreondo.

Los del Herrico estaban como asustados. Su fama de equipo compenetrado y aguerrido estaba en entredicho. El ambiente y la afición del Racing les hacían flaquear, pasando de puntillas por el partido, sin hacer mucho ruido, como si no quisieran despertar a la bestia. Y sobre todo a Eloy, que estaba dispuesto a salir a hombros por todo Inchaurreondo.

Buba y Eloy se entendían a la perfección. Cuando Buba tenía la pelota en los pies,

buscaba a Eloy y con unos pases milimétricos, a veces sin ni siquiera mirarse, conseguía que el balón le llegara suavemente entre la marabunta de jugadores del Herrico que se empeñaban en no dejar solo a Eloy. Canicas nos había insistido en que utilizáramos el 4-4-2 con Buba de pasador y Eloy en punta acompañado de Pepe Luis. Del Herrico sólo se salvaba Xabi Gorriz, que parecía atento a todos los peligros jugando con una intensidad propia de los partidos de barrio en campo contrario. Subía y bajaba como si sus pulmones fueran de acero, barría todas las pelotas sueltas y lo mismo salvaba un gol en la misma línea, que provocaba una falta peligrosísima al borde del área del Racing. En realidad el Herrico se aprovechaba de la eficacia de Xabi para mantenerse aún con vida en el partido y poco a poco se fueron sacudiendo del dominio del equipo y olvidando del griterío del público.

El primer susto nos lo llevamos después de un córner favorable al Herrico. El Herrico es letal en los córners y la altura de Xabi y de Koldo hacía estragos en la diminuta defensa del equipo de Inchaurrena en el que el más alto era yo. El partido estaba pasando por un periodo de luchas soterradas por cada balón y la preparación física del Herrico Club se imponía poco a poco, provocando desconfianza en la hinchada del Racing, que veía cómo Xabi Gorriz marcaba el gol del empate en un penalti que supuso la expulsión de Pepe Luis al tocar el balón con la mano unos minutos antes de acabar la primera parte.

Ahí empezó la épica de este equipo y fue como si, de pronto, los cuentos de Canicas sobre Gaztelugazte se hicieran realidad o el abuelo Melquíades o Mari Lamiak hubieran resucitado o incluso Tadeo y *Kantauri* hubieran conectado unos cables mágicos para que todo Euskadi estuviera pegada a la radio y comenzara a retransmitirse el partido en directo para todos aquellos que aún conservaban la esperanza.

Xabi Gorriz ha contestado puntualmente el gol de Eloy Navarro, pero en este momento no hay noticias del pequeño jugador granadino, y su equipo, con uno menos, va a sufrir mucho si es que quiere llevarse el partido. Parece que comienzan a caer gotas sobre el impresionante estadio de Andonegui y el público empieza a desplegar los paraguas ante el aguacero que se acerca. Ha sido un auténtico misil el de Xabi Gorriz.

El vértigo del partido terminará por llevar a un lugar imprevisto su desenlace, mientras parece que el público del Racing vuelve a la carga con cánticos y vítores a sus jugadores. La afición se vuelca con Eloy Navarro y celebra el coraje del equipo que vuelve a tomar las riendas del partido. ¡Atención que hay peligro! Coge el esférico Buba que hace un quiebro en la medular para pasar el balón a Arkaitz, que a punto está de perder la pelota, pero de manera casi milagrosa y lanzándose al suelo como un guerrero, la recupera. Le sale al paso Koldo que ¡cuidado! lo derriba al borde del área pequeña. Tarjeta amarilla para Koldo a pesar de que el público pedía la roja como hace unos instantes a Pepe Luis. Cuidado que Eloy se prepara para el lanzamiento. Toma carrerilla y lanza un derechazo que pasa por encima del portero, pega en el larguero y se aloja en la red. Impresionante gol de Eloy Navarro. ¡GOOOOOOOOL del Racing de Inchaurrena! 2 a 1 en el marcador cuando faltan cinco minutos para la finalización del encuentro...

Saca de centro el Herrico Club que ve cómo el reloj se va acercando a la finalización del match. En este encuentro, señoras y señores, no parece que haga falta la presencia de un guionista de Hollywood para vislumbrar cómo acabará el partido, ya que la emoción es extraordinaria. No baja los brazos el equipo visitante que intenta colgar balones en el área aprovechándose de la baja estatura de los de Inchaurrena y... ¡peligro! Cuelga un balón Josetxu Hidalgo, despeja sin miramientos Rafa, pero el balón rebota en la espalda de Koldo y queda muerto a los pies de Xabi Gorriz que

lanza un disparo ajustado a la base del poste y... de una manera absolutamente increíble, con una mano milagrosa, como empujada por los astros balompédicos, Ander Beguiristain hace la parada del siglo, cuando en estos precisos instantes, el colegiado señala la finalización del encuentro.

Ya no hubo debate en Inchaurreondo. No se hablaba de otra cosa. Canicas, en el corro de sus jugadores comenzó a felicitarnos, porque como decía el viejo guardia civil:

–Al final, chicos, todo queda en pompas de jabón en cuanto la pelota comienza su baile por la hierba. Y lo que vence es siempre lo mismo. La vida. La historia de este partido, como la de vuestra vida, la habéis escrito y la escribiréis vosotros y el maravilloso público que nos ha arropado. Ha sido un momento inolvidable, con músculo, inteligencia, técnica y tesón, pero lo más importante ha sido que jamás bajasteis los brazos mientras el reloj parpadeaba, que os habéis resistido a la derrota y que siempre hubo esperanza. De ahí vuestro hambre con el balón y vuestro gran corazón, vuestro incansable corazón.

18. Dejad paso a la muerte

El día que *aita*, incómodo y con deseos de hacer algo más por la patria vasca, pasó de la venta de comida para los perros guardias civiles a ser un miembro más de la organización terrorista era un día normal, como tantos otros, con la quietud del aire de la mañana de finales del verano del 83 y con las garras invisibles del odio que se mezclaban como una tormenta profunda e impredecible en el océano de su cerebro.

Había pasado el cálido verano y con él se habían acabado los paseos en la furgoneta blanca al monte Igueldo y a los acantilados que lo rodean. Los árboles comenzaban levemente a cambiar el color de sus hojas predominando ya el marrón, y prediciendo que el silencio otoñal iba a ser el inicio de unas nuevas reglas del juego que se vivía en Inchaurren. Día tras día, durante los meses ya pasados del verano, Eloy y yo habíamos compartido centenares de paseos, partidos de fútbol, conversaciones de niños, habíamos conseguido que el resto del equipo, niños del cuartel y niños vascos, formáramos un estimulante descubrimiento de que todo aquello que nos habían inculcado, dentro y fuera del cuartel, era mentira. Las aventuras que vivimos antes del otoño que marcaría nuestras vidas nos sirvieron de mucho.

El viento y la lluvia de Inchaurren ya no nos azotarían, pensábamos, el odio y los autores de la extraordinaria falacia ya no podrían convencernos de nada. Nosotros íbamos a arreglar el futuro. Nunca hablamos de ello, nunca nos detuvimos a pensar que las cosas no eran como decían en casa o en el cuartel. Trabajamos juntos en construir nuestra infancia detrás de una pelota o haciendo que los meses que iban pasando nos unieran más. Nos limpiábamos el barro de las zapatillas, nos dejábamos la botella de agua y el bocadillo y sobre todo, nos abrazábamos cada vez que la ventana de la vida nos daba el más leve motivo para sonreír.

Por la noche, siempre que asomaba la cabeza por la ventana, veía a Asier o a Arkaitz o a Buba y juntos dirigíamos nuestras miradas hacia el cuartel, deseosos de ver la figura de Eloy o de Rafa o de Pepe Luis, pero el muro, el gran muro del cuartel, no nos dejaba ver más que amasijos de piedra y hierro, vida subterránea entre la tierra removida, soledades de niños en su cuarto.

Cuando ahora pienso en el tiempo que pasé con Eloy en aquel pequeño barrio de aquella pequeña ciudad, de aquel pequeño país y de la aún más pequeña patria, lo primero que me viene a la memoria es el universo de los niños, la fragancia del aire, los jabalíes por la montaña, los lagartos y las salamandras, Buba con su tirachinas, Eloy haciendo malabarismos con la pelota, Rafa con su melena rubia que era la envidia de todos nosotros porque se parecía a Idígoras, el jugador de la Real del que mi *ama* decía que era guapísimo, las canicas rodando por el suelo lleno de grietas, Buba riendo, enseñándonos inconscientemente que todo en la vida pasa por algo, que nada es casual. Sobre todo llegamos a esta conclusión cada vez que Buba fallaba lamentablemente un gol a puerta vacía y se reía de sí mismo con una maestría que nos contagiaba a todos. Buba era un psicólogo de once años.

Hacia el mediodía, cuando Aker iba a cerrar la tienda, se le acercó Iñaki Boluda que vivía a dos manzanas de casa y le entregó un papel.

—Ahí está todo —le dijo con cierto disimulo—. Cuando lo hayas leído, destrúyelo.

—¿Perdón? —dijo Aker como si no entendiera nada.

—¡La hostia, Aker! ¡Has entendido lo que te he dicho perfectamente!

—Joder, perdona Iñaki, es que de pronto, no se, me ha entrado... como hay tanto

guardia civil por aquí...

–Lo dicho, cuando lo hayas leído, lo quemas. *Agur*.

– *Agur* –dijo Aker con una sonrisa a modo de disculpa.

«A las doce del mediodía en la entrada de la iglesia de Bidart. Lleva una naranja en la mano y espera. Alguien te dirá “¿De qué color tienes la cara?” y tú has de contestar “Blanca”. Si ocurre algo, a la misma hora la semana siguiente».

Eso decía la nota. La leyó varias veces antes de destruirla. El sábado a las 12.

Creo que mi *aita* deseaba fervientemente que llegara ese día. Las continuas desavenencias con Mari Lamiak, la certeza de que ella lo sabía todo, pues para eso era un hada, los silencios que había en casa, donde mi *ama* se había ido convirtiendo de manera paulatina en un objeto más de su vida o mis continuas ausencias desde que conocí a Eloy, habían empujado a Aker al hielo. Nuestra casa era puro hielo. Todo estaba frío, el suelo, las paredes, las habitaciones y hasta la escalera me hacían temblar. Creo que no he podido olvidar ese frío que me acompaña desde entonces.

Ese día, el sábado, Aker se levantó muy temprano, se colocó su chaqueta encima del chándal como si fuera una segunda piel que le iba a proteger del miedo que produce decidir convertirse en un depredador, en una fiera y después de dejarnos una nota a mi *ama* y a mí para que abriéramos la tienda, que él iba a estar fuera todo el día, bajó las heladas escaleras con la tonalidad de la violencia en su rostro.

El mundo comenzaba a romperse sin que ni siquiera lo intuyéramos, a resquebrajarse las risas y los goles y la manta opaca que nos tapaba los ojos de la incredulidad de todo lo que nos rodeaba. Ese día empezó a romperse el mundo. Yo creía que haber nacido cojo era suficiente desgracia y que Dios no me iba a castigar con una nueva venganza. Al menos eso decía Don Enrique, el párroco de la Iglesia de Santa María.

–Tú ya has sufrido bastante, Ander –me decía.

Cuando puso la furgoneta blanca en marcha, parecía que se resistía, que su viejo motor rugía como un duende que se negaba a acompañarle al viaje de la muerte, pero al final, ante tanta insistencia y en un suspiro metálico y de humo, comenzó a calentarse como el viejo futbolista a punto de la retirada, como la vieja compañera de nuestros paseos por el monte Igueldo, girando y girando su raído volante enfilando hacia la carretera de Irún. Semáforo en rojo. Se abre la verja del viejo cuartel. Sale un furgón repleto de guardias civiles. Aker observa. Apenas puede ver entre la niebla matinal las caras del miedo reflejarse en los cristales del furgón. Escopetas apuntando a todo lo que se mueve. La elegía, las lápidas de mármol esperando y una fina lluvia que acude a recoger los nombres de los olvidados. Semáforo verde. Aker continúa su marcha mientras el furgón se dirige, como él, hacia la frontera.

El tintineo de las llaves de la furgoneta resonando ante los baches de la carretera de Irún empezaba a ponerle nervioso, ese repiqueteo metálico y la constante presencia del furgón de la Guardia Civil delante suyo a un ritmo lento le hacían presagiar que algo no andaba bien. ¿Por qué cojones tienen que estar estos hijos de perra ahí delante? ¿Es que me están controlando, es que esperan a que los adelante para pararme por cualquier anomalía y denotar en mi la cara del miedo? Decidió detenerse en el arcén para tranquilizarse y dejar que los hijos de perra siguieran su camino.

Comenzaba a salir el sol. Aker lo adoraba. Lo consideraba como una figura paternal, como si fuera el ojo de Dios o del padre que nunca conoció. De pequeño, cuando le preguntaba a Mari Lamiak dónde estaba su *aita*, ella le decía que él era hijo de Eguzki, el sol de los vascos y que de él dependía la vida y la muerte. Aker, en su soledad de niño, en los días de sol, se refugiaba a menudo bajo los milenarios dólmenes del monte Anboto esperando encontrar a su *aita*. Estuvo cientos de veces en el monte, perdido, desolado, deseando encontrar a alguien que le dijera que era su *aita*, que disculpara la ausencia pero que lo había estado vigilando todo ese tiempo, mientras crecía, mientras desmontaba los juguetes, mientras soñaba, mientras se asomaba al espejo y

comenzaba el ritual del afeitado de un adolescente. Aker le habría entregado a las hadas con mucho gusto a Mari Lamiak a cambio de su *aita*. No soportaba los comentarios que lo atormentaron toda la infancia de que era el hijo de la loca, que cuando regresó Mari Lamiak por la cuesta de Inchaurreondo ya lo llevaba dentro. Creo que es peor no saber quién es tu padre a que te haya abandonado, eso es lo que debía pensar Aker. ¡Cuántas veces le puso un nombre, e incluso una cara, en sus sueños infantiles! De niño se lo imaginaba como un gran descubridor, como un Marco Polo que surcaba los mares y se enfrentaba con piratas, turcos, chinos y toda clase de indígenas de tierras lejanas. Luego vino la época en que lo retrataba siendo un pistolero del *far west*, una especie de la mejor versión del rudo John Wayne. Viejas mentiras. En cualquier caso, se repetía, «lo conozca o no, mi padre de alguna manera me abandonó. O no sabe que yo existo, lo cual aún es peor».

Cualquier sábado por la tarde, mientras Mari Lamiak miraba por la ventana en el más absoluto silencio, Aker veía en la televisión un personaje tras otro. Se imaginaba que su padre era el adonis de Tony Curtis en *Espartaco* o el forzado Burt Lancaster en *El hombre de Alcatraz*.

Aker pensaba que su *ama*, que Mari Lamiak, tenía el carácter trastornado. Bueno, lo creía él y todo el barrio. Creo que yo era el único que se relacionaba con ella, el único ser de Inchaurreondo Alto al que Mari Lamiak prestaba atención. Pasaba de la euforia al silencio absoluto en cuestión de segundos. Dentro de ella algo no funcionaba. Algún recuerdo de aquellos días de la Guerra Civil, cuando apenas era una niña, había encontrado acomodo en su ya frágil memoria.

Por fin se decidió Aker a continuar su viaje, volviendo a la carretera, permaneciendo bajo el brillo del primer sol del día que conseguía deslumbrarle y levantando la vista hacia el cielo como buscando la anuencia, la aprobación de su padre ausente. Notaba los pies fríos y un cierto tembleque de las piernas que aumentó cuando se acercaba a la frontera de Irún, cuando la carretera se convierte en una recta casi infinita hasta la barrera de la Guardia Civil. Después de todo, se decía, no tengo por qué estar invadido por el miedo. Soy un ciudadano cualquiera que con su furgoneta blanca se dirige a Hendaya a recoger unos paquetes. ¿Qué paquetes? Se había hecho esa y otras preguntas cientos de veces ante la posibilidad de que los hijos de perra insistieran a dónde se dirigía. Paquetes de *foie* francés para mi tienda. «¿*Foie* francés?» le diría el hijo de perra, «¿dónde tiene la tienda?» insistiría. «En Inchaurreondo Alto». «Sí, sí, ya se que pensará usted que en ese barrio nadie come *foie* francés, pero no lo vendo allí, es para restaurantes». Lo tenía todo preparado.

La última vez que había cruzado la frontera fue conmigo unos meses antes de la llegada de Eloy. Fuimos a ver la playa de Hendaya, la inmensa playa en la que algunos jóvenes comenzaban a practicar un extraño modo de navegar encima de una tabla y que años después se convertiría en un lugar mítico para los surfistas, con su enorme arenal, su rareza inexplicable que lo hacía parecer una fiesta de espuma y piedras, asombrosamente fácil de zambullirte en sus reiteradas olas. A veces mi *aita* y yo nos inclinábamos sobre la barandilla del paseo marítimo y disimulábamos mirando hacia el infinito, observando cómo algunos seres solitarios paseaban o cómo, de manera inexplicable, algunos jóvenes parecían flotar en sus tablas de surf. A los cuatro o cinco minutos se encontraban nuestras miradas y emitiendo una leve sonrisa bajábamos corriendo a la arena para escribir en letras enormes nuestros nombres usando los pies. Yo siempre acababa escribiendo el nombre de Arconada.

Pero eso pasó cuando Aker era mi *aita*. Esta vez Aker comenzó a desaparecer definitivamente de mi vida y el aire de confianza de los dos se iba derritiendo en diferido, lenta pero inexorablemente. Nunca fue un hombre muy dado a los afectos y durante los años que precedieron su decisión había que arrancarle los besos, casi robárselos. Si el amor no se ve a sí mismo, acaba muriendo por asfixia. Y mi *aita*, que

había sido educado con cierta carencia de afecto, lo transmitía poco a poco hacia mí de manera huidiza, casi como si se avergonzara de sí mismo. A estas alturas se había convertido en una figura a la que tenía un turbio respeto que se iba desdibujando con el paso de los días, para transformarse en una especie de hábito, una costumbre por repetición que generan desapego y falta de complicidad entre padre e hijo.

Pasó la frontera sin que le miraran. No hubo preguntas, ni tan siquiera observaron cómo el sudor le caía por la frente ni la inseguridad de su mirada. Todo fue muy fácil. Pasó por el pueblo de Sokoa y ya en Francia, se detuvo en Hendaya a fumarse un cigarro mientras repetía la escena de unos meses atrás conmigo a su lado. Esta vez no bajó a la arena a escribir su nombre. Miró su reloj: las 10.30 horas. Tiempo suficiente. Pasó por Ascain, San Juan de Luz, Ciboure, Anglet y finalmente, sobre las 11.15, llegó a Bidart. Durante el trayecto observaba constantemente por el retrovisor, dio dos vueltas a San Juan de Luz de manera absurda. Se paró y caminó. «Nadie. No me sigue nadie», pensó. Se sentó de nuevo en la furgoneta para no estar mucho tiempo esperando en la iglesia de Bidart. Bajó las ventanillas y observó un pequeño parque lleno de sombras que olían a árboles en contraste con el hermético olor de la furgoneta. El olor del miedo, se dijo.

Eran las 11.45. Cogió la naranja, el paquete de tabaco y una vieja revista que llevaba meses en la furgoneta y bajó del coche. Se deslizó por una colina que tenía a sus lados grandes casas con ventanales y vallas de hierro fundido, casas con jardín y ningún coche aparcado. Parecía no haber vida en el pueblo. La colina desembocaba en una plaza donde, al fondo, se veía la iglesia.

De alguna manera, fue una decisión sólo suya. Pero es innegable que el padrino Asier y su mejor amigo Iñaki Boluda fueron determinantes en esa decisión. Eso sin contar la influencia de Mari Lamiak en él. La consideraba una traidora al pueblo vasco. Era como si la repudiara, como si Aker fuera su primer detractor por no haberle dado un padre al que idolatrar, al que imitar. Claro que mi *ama* tampoco lo ayudó. Y no lo ayudó porque no se dejaba, porque mi *ama* dejó de amarlo cuando le dijo que se casaba con ella porque se había quedado embarazada de un niño cojo y no quería que ese niño creciera sin un padre como él. Mi *ama* lo amó hasta ese día. El cóctel entre la frustración personal y un gran rencor y odio con el entorno le llevó a las puertas de la iglesia de Bidart.

Las 12. Le habría gustado que todo ocurriese rápido, se acercara quien fuera y le diera las instrucciones y de inmediato volver a Inchaurren. En realidad, así fue.

—¿De qué color tienes la cara ?

Sorprendido porque no había visto llegar a nadie, contestó:

—Blanca.

—Esconde ya la naranja, que pareces... no sé qué pareces. La tenías que llevar de manera disimulada, no es necesario que se la enseñes a todo el que pasa —dijo un individuo de pelo canoso, aunque joven, que no había visto en su vida. O eso creía.

—Vamos dentro, a la iglesia.

Entraron en la parroquia, que a esa hora se encontraba repleta de gente mayor que asistía a misa de doce, y se sentaron en un banco perdido en una esquina.

—¿Estás seguro del paso que vas a dar? —dijo el joven de pelo canoso.

—Sí, sí, claro —reiteró Aker moviendo la cabeza.

—Vas a salvar a tu pueblo. Vamos a conseguir ser una nación, sin tener que rendir cuentas a España ni a Francia. Hemos de conseguir que la policía y el ejército abandonen Euskal Herria. Mientras tengan ellos el poder, continuaremos bajo su yugo. Hemos de darles fuerte a los *txacurras*, que tengan miedo, que escondan a su familia, que vivan un infierno en nuestras calles. Y para eso hace falta gente comprometida como nosotros, auténticos patriotas dispuestos a dar la vida por nuestro pueblo. ¿Lo entiendes?

–Joder, pues claro. Vivimos en un auténtico fascismo. No podemos sentirnos vascos, el euskera lo quieren aniquilar, las calles están llenas de pikoletos y estoy hasta los mismísimos cojones de la represión y de las torturas a nuestros *gudaris*.

–Bien. Ya me dijo Iñaki que tú eras de fiar. Tú tienes una tienda frente al cuartel de Inchaurrena, ¿verdad?

–Justo enfrente. Cada día los veo salir y entrar, cada día viene alguna perra pikoleta a comprar algo a la tienda. Les daría veneno...

–Calma. Ya recibirás instrucciones. Pero nos vendrá muy bien la situación de la tienda. Ahora debes ponerte en contacto con Iñaki y él, a su vez, te dará las señas de dos *gudaris* que te van a necesitar. Ahora te vas de vuelta y le das esta carta a Iñaki. Son las instrucciones para que empecéis pronto a pegar duro a los *txacurras*. Guárdala bien. ¿Entendido?

–Claro.

– *Agur y jo ta ke.*

– *Agur*, dijo Aker.

Pasados unos días, fue de nuevo Iñaki Boluda quien se puso en contacto con Aker.

–¿Puedes venir esta tarde a la Herrico del Boulevard a eso de las siete? –preguntó Iñaki.

–¿A las siete? Sí... sí –dijo Aker entre dubitativo y nervioso.

–Sí, a las siete. Supongo que te dieron algo para mí, ¿no?

–Sí, sí. Te la llevo esta tarde. A las siete. *Agur.*

– *Agur.*

«Ya está, ya empieza todo. Ya soy uno más de ellos. Por fin formaré parte del Movimiento Nacional de Liberación Vasco», se dijo, como si todo el mundo perteneciera a la organización. Aker consideraba que era tan evidente que había que luchar contra el invasor que cualquier otra actividad, hasta el ser padre o marido, era algo secundario. Como si hubiera ingresado en una secta.

Cerca del Boulevard de San Sebastián, frente al ayuntamiento y a las espaldas de la iglesia de Santa María, se encontró con Iñaki y juntos entraron en un mugriento bar del que pendían innumerables fotos de *gudaris* vascos presos, o diversos recipientes para dejar una aportación para que la lucha continuara. Iñaki saludó al camarero y pasaron al interior, en una mesa alejada de la entrada.

–Aker –dijo Iñaki–, tú eres uno de los nuestros y hace tiempo que tenías que haber dado el paso. Pero no te preocupes porque no es tarde, la lucha acaba de empezar y vamos a necesitar muchos *gudaris* para pegar fuerte y obligar a negociar al gobierno. Iñaki comenzó a explicarle la rutina de la organización, cómo establecer los contactos, la discreción, mínimas normas de seguridad. Aker estaba absorto, abducido, como si por fin le hubiera encontrado el sentido a la vida, contestando con la firmeza de quien está dispuesto a todo por la causa, como si su médico de cabecera le hubiera recetado unas pastillas que, de pronto, le hubieran cambiado el cerebro mientras dormía y se hubiera despertado como un guerrero, como una máquina letal desprovista de cualquier atisbo de racionalidad.

–A ver, Aker, hay dos amigos que están escondidos en una bajera en Rentaría esperando órdenes para empezar a actuar, pero, y esa va a ser tu primera misión, tienen que cambiar la bajera para dejar los coches y ellos tienen que irse a un piso. ¿Tú en tu casa los tendrías?

–¿En mi casa? Hostias, Iñaki, pídemelo que tú quieras, pero en casa no. Es muy pequeña, sólo tiene la habitación de mi hijo Ander y la mía y...

–¿Y la habitación de la... de tu *ama* Mari Lamiak? ¿Ya murió, no? –interrumpió

Iñaki.

–Esa es la habitación de Ander. Antes dormía en otra cama al lado de mi... De Mari Lamiak. Además, Iñaki, el niño sólo tiene trece años y Leire ya sabes cómo es ella, que no quiere saber nada de la organización ni de nuestra lucha. No saldría bien. Yo hago lo que sea. Pero en casa no.

–Dame una semana y hablaré con los de Iparralde. Les voy a proponer que tú alquiles un piso. Se te pagará hasta la última peseta, por eso no te preocupes. Pero ha de ser un piso en Inchaurren. Quieren pegar fuerte a los pikoletos.

–Perfecto, perfecto –dijo radiante Aker ante los temblores que le habían entrado con tan sólo imaginárselos en casa–. Yo alquilo lo que sea, pero joder, díles que lo que quiero es participar en *ekintzas*, joder.

–Todo a su debido tiempo, Aker. ¿Acaso crees que es tan fácil? Para eso hay que aprender cómo utilizar un arma, preparar granadas y sobre todo, tener buena información. No se empieza nunca por arriba. ¿Comprendes?

–Sí, de acuerdo. Pero yo quiero ser uno más y estoy dispuesto a todo, no lo olvides. No lo olvidaría Iñaki, el responsable del comando que llevaba varios meses sembrando el terror en San Sebastián. De hecho quería proponer a la organización un golpe bien duro, en las mismas narices de la Guardia Civil, pegar fuerte en el mayor emblema de los perros guardias civiles de toda Euskal Herria: Inchaurren. Sí, el mítico cuartel de donde salían los perros para sembrar el miedo en San Sebastián, allí donde el feroz comandante se vanagloriaba de desarticular comando tras comando.

–Con nosotros no podrá. Sé que nos anda buscando desesperadamente con sus mejores hombres. Él sabe que vamos a seguir golpeando duro. Es todo un reto atacar al cuartel de Inchaurren, probablemente el edificio mejor custodiado de todo Euskadi. Es un desafío inigualable y con suerte, de un plumazo nos quitaríamos de en medio a un montón de perros guardias civiles y sus mujeres y a sus hijos. Todos fuera. Deberá ser con granadas antitanque tipo roquetas. Sí. Colocaremos una plataforma en lo alto de un coche de manera disimulada y venga... –sonreía Iñaki ante la excitación que le producía sólo el pensarlo.

19. El primer gran sobresalto

Todos los periódicos hablaban del frente frío que se acercaba por la cornisa cantábrica y que barrería todo el litoral de Vizcaya y Guipúzcoa, vaticinándose temperaturas por debajo de los cero grados.

En las cercanías del cuartel de Inchaurreondo se intuía no sólo el frío, sino una vigilancia redoblada. El comando que llevaba tiempo actuando en la zona norte de San Sebastián estaba consiguiendo hacer doblar las piernas a los grupos de información de la Guardia Civil, y lo que era peor, a las autoridades, que ya se estaban empezando a cansar de asistir a tantos funerales en los que, cada vez más, eran increpados por los familiares, no sólo del difunto, sino del resto, que veía acercarse la muerte como una espada de Damocles.

No se equivocaban los meteorólogos y un viento gélido había empezado a soplar con fuerza a primeras horas de la mañana. Era evidente que las predicciones se iban a cumplir.

Ese día, tres miembros de la organización habían conseguido situar el coche que previamente habían sustraído en las inmediaciones de la colina, que distaba aproximadamente un par de kilómetros del cuartel. Querían no sólo pegar fuerte, sino quedarse en las cercanías para observar la masacre.

Estaban jugando en medio del patio del cuartel. Ander bajo la portería y Pepe Luis y Eloy bombardeándolo a pelotazos que, con brusquedad, como enfadado, rechazaba sin rechistar, como si fuera el portero de un equipo de regional que se defiende como puede de los jugadores de la Real. Valiente, incólume con su cojera, se desplazaba de un lado a otro de la vieja portería con una rapidez que incluso a él le sorprendía.

Arkaitz estaba en la entrada principal del cuartel intentando convencer a los guardias civiles, armados hasta los dientes, para que le dejaran entrar. Eloy fue en su busca. Si no, no entraba. Ese día estaba de guardia el sargento Losada y tenía menos sensibilidad que un tractor.

—Mi sargento —le dijo Eloy a Don Pablo Losada, que estaba averiguando qué narices quería Arkaitz con su profundísimo acento vasco pretendiendo entrar en el bunker de Inchaurreondo—, que es mi amigo. Como Ander. Sólo vamos a jugar a fútbol. Sí, allí, en el patio —continuó mientras el sargento le observaba mordiéndose los labios y mascullando algo que no se atrevió a decir porque Eloy era el hijo del teniente Navarro.

—Venga, pasa —le dijo a Arkaitz —abriendo la inmensa puerta metálica que les separaba del mundo.

Al profundo malestar del sargento Losada también contribuyó la poca delicadeza de Arkaitz de llevar una sudadera en la que en la parte de atrás se leía: «IKURRINA BAI, ESPAINOLA EZ», que quiere decir «IKURRIÑA SÍ, ESPAÑOLA, NO». Todos los guardias que le veían pensaban que sus ojos mentían y que no podía ser que un niño se paseara por el cuartel con semejante camiseta. Pero nadie le dijo nada. Sólo era un niño. Y, como todos los mayores, creían que los niños no se enteraban de nada. Grave error, aunque hay de decir en honor de Arkaitz que la sudadera era de su hermano mayor que seguía siendo uno de los jefes de las cuadrillas que sembraban el caos en las noches de Donosti, y Arkaitz se la ponía sobre todo para chulear. Él, como el resto, no entendía el interés que había despertado su sudadera en el cuartel.

Arkaitz Goicoetxea era como Pepe Luis. Bien es cierto que uno había nacido en Inchaurreondo Alto y el otro en Cáceres, y eso es una sutil diferencia. Pero se entendían a la perfección porque a ninguno de los dos, a diferencia de lo que ocurría entre Eloy y yo, les gustaba mucho el fútbol. Lo suyo era ver quién era más fuerte levantando piedras o pegando patadas. Es decir, comprobar quién era el más animal. No había

manera de que entendieran que ganar jugando a fútbol se consigue metiendo goles y no a base de quién hace más zancadillas. Yo creo que no era su deporte. Se excusaban diciendo que no tenían botas de fútbol y que era más divertido tirar piedras cuanto más lejos mejor o practicar con el tirachinas, como Buba, con los pájaros que descansan en alguna rama. Pero en el equipo también nos venían bien para plantar cara a algún defensa que nos pasaba un palmo. A ellos les encantaba hacer de escuderos nuestros, de férreos defensas impenetrables en los que la obsesión no era darle a la pelota, sino conseguir que el delantero no pasara.

A cierta distancia nos observaba el cabo Canicas. Disputamos el balón salvando las entradas de Arkaitz o Pepe Luis mientras Canicas esbozaba una sonrisa y se acercaba a nosotros con afán de unirse al partido, y como maestro de la vieja escuela que era, intentaba no parecer un viejo penoso que intentaba competir con unos niños. Arkaitz le robó el balón y lo derribó, mientras Canicas se incorporaba y se sacudía los pantalones a la vez que se quejaba de sus doloridas rodillas. Arkaitz se puso la capucha y parecía un guerrero huyendo de Canicas que iba tras él en un intento por demostrar que no había sido nada. Canicas consiguió quitarle la pelota con maestría y en una vaselina prodigiosa, lanzó un suave balón que poco a poco se dirigió hacia mi portería. Conseguí recular con mi maltrecha pierna y con la punta de los dedos desvié la pelota. Se quedaron impresionados hasta los guardias que miraban atentamente por si el de la sudadera sacaba un arma o algo por el estilo. Se oyó algún aplauso lejano. Era el comandante que, desde el gran ventanal de su despacho, nos estaba observando desde hacía un buen rato. Tenía una figura poco esbelta aunque impresionaban su mirada, sus gestos elegantes y el brillo de sus ojos. Quería evadirse de su cárcel y por eso nos miraba y quizá recordaba su infancia en algún pueblo andaluz. Decía Eloy que el comandante era muy amable y a pesar de que muchos habitantes del cuartel le rendían la misma devoción que a un semidiós, era bastante menos arisco de lo que parecía. Arkaitz lo miraba como si fuera la primera vez que lo veía y en el fondo, no le disgustaba haberlo hecho feliz. Por un momento llegó a pensar que bajaría de su despacho y lo cogería por la capucha de la sudadera y lo pondría de patitas en la calle. Y no sólo por la frasecita de la sudadera, sino por haber tirado al suelo al viejo cabo Canicas. Nada de eso. Creo que él sabía mejor que nadie que todos éramos hijos de esta guerra.

De pronto todos nos sobresaltamos. Quizá ya habíamos oído un ruido similar otras veces, pero en esta ocasión sonó muy cerca. Una mujer con sangre en la frente nos sonrió y nos hizo un ademán con la mano para que nos escondiéramos en algún sitio mientras comenzaban a caer cascotes, trozos de ladrillos y todo se llenaba de humo.

—¿Qué pasa? —le dije a Eloy. Me costaba hablar y lo hacía con una voz temblorosa, aflautada y casi melódica.

Eloy tenía los ojos más afilados que de costumbre y parecía que estaba llorando.

—Ha sido una bomba —susurró Eloy—. Han tirado una bomba dentro del cuartel.

—Pero, ¿por qué?

—No lo sé, no lo entiendo —mascullaba Eloy entre dientes.

De pronto a Eloy le dio una especie de ataque de locura.

—¡Ha sido culpa mía! ¿Por qué hemos tenido que venir aquí? No teníamos ninguna necesidad de dejar mi pueblo. ¡A ver, el teniente Navarro, que venga ahora mismo!

—decía Eloy mientras seguían sobrevolando objetos de todo tipo.

Esperé, no quería moverme, esperé a que acabaran de caer cascotes y metralla. Pero los minutos pasaban deslizándose de manera interminable. «¿Y si me moría? ¿Y si de pronto me caía un trozo de balcón en la cabeza o un trozo de metralla me perforaba el corazón o peor aún, se me caía encima la portería y nunca más podía jugar a fútbol?», me decía en una secuencia continuada de catástrofes. Eloy pensaba en escaparse del cuartel y no volver nunca jamás. Sin embargo, comprendía que si huía, aquella ya no

habría sido su vida. Ser feliz solo y vivir sin su madre era una quimera. No hubiera podido vivir. Su pensamiento no podía separarse de su madre aunque la viera arrastrándose de la cama hasta la cocina, intentando inútilmente cuidar de él y de Sergio.

Las granadas debían de haber caído muy cerca, todo temblaba y se podía ver cómo el pálido humo lo contaminaba todo. Unos instantes antes, donde habían caído las granadas, unos niños estábamos jugando a fútbol y sólo un milagro había hecho que nos salváramos. El destino, en Inchaurreondo, se llamaba milagro. Se veían algunos cristales rotos y cómo un pedazo de metralla se había alojado en la fachada del colegio dejando la estructura muy afectada. El crucifijo que se encontraba a la entrada de la escuela no se había caído, sólo estaba ladeado, mirando de reojo a los niños que seguíamos cuerpo a tierra como si fuéramos unos soldados atrincherados. Eloy pensaba en su madre y se dirigió a gatas hacia el bloque de casados a pesar de que yo y Arkaitz le dijimos que no se moviera.

Aquella mañana la gente caminaba tranquila por el cuartel, las mujeres con sus trajes negros y los hombres con su traje verde. Ahora, los habitantes del cuartel hacían recuento de los daños, buscaban entre los edificios que se habían derribado, entre los cristales rotos, entre los temblores ocultos de sus dientes y el silbido de sus oídos. Algunos se secaban la sangre de las heridas. Soledad finalmente apareció sentada frente al muro del supermercado, abrazada a Sergio y buscando a Eloy con un desespero inquietante. Otra mujer intentaba recuperar sus gafas arrastrándose con los codos para alcanzarlas. Había un guardia que tenía un aspecto delirante, tirado boca arriba y llorando como si fuera un recién nacido. Ese guardia se tocaba, se palpaba, buscándose sin encontrarse, como si quisiera tener claro que aún conservaba piernas y brazos. Delante de él se veía a la gente huir de la intemperie, mientras el guardia continuaba en el centro del patio como si fuera una estatua absurda.

Arkaitz estaba sentado de culo como un bebé y parecía no saber dónde se encontraba. Hubo unos minutos, unos largos minutos como el infinito, en que la gravedad desapareció del cuartel. En medio de un silencio avaro se veían manchas borrosas de sangre y humo, y del edificio de los solteros, el aire arremolinado arrojaba su fuerza en forma de objetos voladores. La ropa desgarrada y hecha jirones de algún guardia con sus brazos desollados bullía entre las vigas indemnes, hundiéndose en un abismo mortífero.

Arkaitz no veía ni escuchaba nada. Su corazón latía desbocadamente al ritmo del atronador eco de la explosión, y sus ojos estaban cegados por el resplandor blanco del polvo. Los cerraba y los volvía a abrir como queriendo expulsar el destello de su mirada.

Permanecemos inmóviles durante mucho tiempo, no sé cuánto. El pitido, que más que un pitido era un rugido en nuestros oídos, iba desapareciendo, perdiendo fuerza. El resplandor tomaba un color amarillento y se nos impregnaba la garganta de partículas minúsculas. Volvía la calma y lentamente, como un pequeño pájaro, nuestros ojos comenzaban a mirar alrededor.

Eloy no se acostumbraría jamás a los silbidos de las granadas por mucho que Sergio le insistiera en la heroicidad de los que resistían. Creía, después de ese bombardeo, que no podría dormir tranquilo nunca más, que estaría permanentemente despierto, preparado por si había que salir corriendo y proteger a su madre. Porque su padre no estaba. Ya nunca estaba. En esos momentos pensaba en su casa de Atarfe, en su calle, en su cuarto que daba al patio coronado por un gran olivo y en las fotografías de Maradona colgadas en sus paredes. Pensaba en el silencio que imperaba en su calle del pueblo y en la imagen de su madre regando los jazmines tarareando alguna canción como un susurro.

Al cabo de unos días, la tranquilidad parecía haber vuelto al cuartel. Sin embargo, el miedo ya había penetrado definitivamente en el cuerpo de Eloy. Una noche se despertó desorientado, confundiendo los sonidos que le sacaron de un sueño superficial y poco plácido, haciendo que se sentara en la cama durante unos minutos. Creía estar en otro sitio y la realidad lo devolvió al cuartel. Sergio dormía sin moverse. Volvió a tumbarse en la cama, pero en cuanto puso su cabeza sobre la almohada, oyó el ruido del grifo del lavabo que parecía acercarse cada vez más, como si el agua se estuviera filtrando por las paredes. Se levantó y se acercó al baño.

De pie, en el estrecho lavabo, vio la figura de su padre lavándose la cara y unos ojos irritados y apenados le miraron fijamente.

–Hola, hijo. ¿Ya te has despertado?

–Es que no podía dormir más –dijo Eloy.

–Pero si aún son las cinco de la mañana.

–Ya, pero es que no puedo dormir.

–¿Te pasa algo, Eloy?

–No, nada. Bueno... ya sabes que no consigo acostumbrarme a estar tan lejos de casa. Sólo eso.

–Sí, ya lo sé, hijo, lo sé. ¿Sabes? He pensado mucho sobre este asunto y ayer mismo estuve hablando con el comandante. Le dije que nuestro lugar ya no está aquí, que el precio que estamos pagando es muy elevado. Que tu madre está completamente desquiciada y tú eres demasiado pequeño para sufrir de esta manera.

–¿Y qué te dijo el comandante?

–Pues que lo comprendía, pero que en el cuartel hay muchas familias en nuestra misma situación. Que él mismo ha pensado en abandonar muchas veces, que jamás se acostumbrará a enterrar a tantos guardias y que le produce mucha pena veros a vosotros, a los niños, vivir en este infierno.

–Entonces, ¿te ha dicho que no podemos irnos?

–No exactamente. Digamos que hemos llegado a un acuerdo. Tú sabes, porque el otro día lo viste, que últimamente nos están haciendo mucho daño. Que constantemente están atentando contra nosotros. ¿Verdad?

–Sí, claro.

–Pues tenemos el convencimiento de que todos estos atentados los están llevando a cabo un grupo de terroristas concretos. Sólo nos falta identificar a uno de ellos. Los otros, con un poco de suerte...

–¿Un poco de suerte? –dijo Eloy, perplejo porque la buena o la mala suerte contribuyera a coger a los asesinos.

–Bueno, no exactamente suerte. Llevamos varios meses acercándonos cada vez más a ellos y estamos convencidos de que en unas pocas semanas podremos localizarlos. Sabemos sus nombres, estamos vigilando a sus familias por si se ponen en contacto con ellos, sabemos la zona por la que roban los coches. Sólo nos falta saber el piso donde se alojan y la persona que les pasa la información. Y eso puede ser cuestión de días o semanas.

–Y entonces, ¿a qué acuerdo has llegado con el comandante?

–Pues que en cuanto les cojamos, nos podremos ir. No sé si al pueblo, pero seguro que fuera de este infierno.

–¿Sí? Pero, ¿cómo de cerca estáis de cogerlos?

–Bastante. Hace unas semanas, en un bar de esos que frecuentan, detuvimos a un terrorista que hacía mucho tiempo que andábamos buscando. Intentó escaparse por la puerta de atrás, pero no pudo. Y en los interrogatorios nos dijo todo lo que necesitábamos saber. Sólo nos falta un poco.

–O sea que tú crees que antes de Navidad nos iremos.

–Antes de Navidad no estoy seguro. Pero quién sabe. A veces se necesita suerte. ¿No me explicaste tú que en ese partido que hicisteis el otro día, el segundo gol que marcaste dio en el larguero, luego botó en la línea y después entró?

–Sí, pero yo disparé muy, muy fuerte.

–Vale, pero la suerte hizo que la pelota finalmente entrara. La mala suerte habría hecho que saliera. Y nosotros vamos a trabajar muy, muy fuerte. Y así, seguro que la suerte nos sonreirá.

Eloy estaba convencido de que las cosas no ocurrían por casualidad ni por suerte, por mucho que dijera su padre que su segundo gol había sido producto de la fortuna. Todos fabricamos nuestro propio destino. A pesar de todo, le dolió más que dijera que su gol había sido de suerte que cuando dijo que quizá pronto se marcharían. Y si fue así, lo fue porque de pronto le invadió el remordimiento de que por su insistencia muy pronto dejaría de ver a Ander.

El teniente Navarro quería escoger el momento oportuno para darle una alegría a Eloy. Canicas le había insistido reiteradamente que el día del decimotercer cumpleaños de Eloy, el 21 de diciembre, estaba seguro que le encantaría cumplir el sueño de ver un partido de primera división. Un partido de la Real Sociedad. En Atocha. En el mítico Atocha. También le dijo al teniente Navarro que si podía ser, invitara a su amigo Ander. Y por supuesto, que buscara unas horas para estar con Eloy. Que lo necesitaba.

–Llévelo a ver la Real, mi teniente, llévelo –le dijo Canicas.

Cuando caía la tarde, las bombillas de las farolas iban encendiéndose en las calles semivacías. Parecían túneles de trenes que no pasaban nunca, donde el cielo te absorbía con sus nubes de torbellino y un cierto color rojizo presagiaba frío y lluvia. Y no es que Inchaurreondo fuera un barrio mal iluminado; estaba la luz del cuartel que, como si fuera un gran campo de exterminio, emitía sus luces bajo la niebla de la tarde, y alguna tienda como la nuestra que, con su escasa iluminación, contribuían a sembrar un paisaje de soledad en estas calles mojadas por la humedad que los vascos llevamos dentro. Era la misma humedad que nos hacía permanecer inmóviles mientras el mundo, rápido, con prisas, voraz, seguía su ritmo vertiginoso hacia el futuro, y mientras nosotros, los vascos, lo observábamos en una estación perdida del viejo oeste donde los vaqueros y los *sheriff* continuaban enfrentándose con los sioux como si el tiempo, en una imagen pétrea, se hubiera detenido y nosotros, los vascos, siguiéramos observando las luces altas y lejanas de la civilización.

20. Todo se acerca

Antonio Navarro se hundió en la almohada nada más acostarse y un aroma infantil le golpeó en sus sienes; el olor a la colonia de violetas de Eloy, que había estado jugando en la cama momentos antes, aún perduraba entre las sábanas. Hacía días que le costaba dormir, sentía como un abrumador desasosiego que le oprimía el estómago y un nudo en la garganta que ya se le había cronificado. Todo en su casa era silencio, sólo un leve rumor del calentador de algún vecino del bloque de casados vencía la ausencia de sonido imperante.

La vida de un guardia civil no es fácil. Y en Inchaurreondo, menos. Ha cambiado mucho, pero no es fácil. Lo cierto es que la vida de nadie es fácil, especialmente cuando tu trabajo lo es todo para ti. Mala cosa esa. Algo falla cuando ves a tus hijos que ya no son unos bebés llorones y casi no te ha dado tiempo de vivirlo, cuando te has perdido algunos despertares con los Reyes Magos, o cuando ves que tu mujer, después de llevar junto algunos años, se empieza a acostumar a estar sin ti. Mala cosa esa. O cuando recuerdas la muerte de tu padre y llegas a la conclusión de que cuando entró en el declive de su vida, no te despediste suavemente de él, que es como menos duele.

Antonio se levantó para no molestar, para intentar dejar de dar vueltas y más vueltas en la cama. Fue al baño, tiró de la cadena y temblando de frío, se refugió en sus pensamientos. En la orilla del océano de escombros en que se estaba convirtiendo su vida, a menudo aparecían marejadillas, marejadas, temporales y también momentos de cierta paz. Ahora era un momento de marejada, de insomnio.

Todos estaban igual en el grupo. Los meses iban pasando y no acababan de encontrar la pista definitiva, algo que les hiciera, al menos, sentir la esperanza de que conseguirán dar con ellos. El comandante, su Dios, trataba de evitar transmitirles su inquietud, incluso les soltaba siempre que podía alguna de sus célebres frases para hacerles reír, pero últimamente ni lo intentaba. Todos se habían instalado en la sorprendente digitación de intentar convivir con la momentánea frustración de no dar con aquellos innombrables. En el grupo eran seis o siete, aunque en aquellas semanas se había visto incrementado con la presencia de más guardias que habían venido de Madrid, lo que en un principio hizo que en un espacio bastante reducido cohabitaran demasiadas personas. El alférez Marcelo acostumbraba a ser el más optimista y decía: —¿Por qué os mortificáis? Estamos haciendo las cosas bien, ¡más que bien! Sólo un necio puede hacerse algún ridículo reproche.

Saúl, Héctor, Marcos, Alfonso y el teniente Navarro le miraban, luego se observaban a sí mismos y al final decidían que Marcelo tenía razón.

Hacía frío en Inchaurreondo y eran las tres de la madrugada. Antes de irse, le dijo suavemente al oído que tenía que marcharse y Soledad pensó en lo de siempre.

—¡Otra vez! ¡Dios mío!

Ella ya se estaba acomodando a esa soledad tan común en las mujeres de los guardias. Esa era la realidad. En ocasiones pensaba que algún día no lo volvería a ver y que lo único que le quedaría sería una triste paga, un puñado de recuerdos y una imagen de Antonio que cada día se iba haciendo más confusa.

21. Ocho balas

Era el día. Pronto sería la hora.

Aker se sentía con fuerzas renovadas aquella tarde. Habían aparcado el coche en la Avenida Ategorrieta frente al Restaurante Arzak, justo por donde pasan todos los coches que necesariamente bajan de Inchaurreondo. El aire de aquella tarde le ayudaba a espantar los pocos fantasmas que aún paseaban por su mente. Sabía que era un día importante. El día que pasaría a la acción dejando atrás años de dudas. Se sentía como nunca se había sentido un hombre. Limpio. Incólume, desprovisto de los hábitos con los que se había tapado durante años. La pistola en su cintura sintiendo el frío que produce el hierro cuando te toca la piel. Ocho balas aguardando sembrar justicia. Ocho balas de plomo. La sentencia de muerte había sido comunicada, como se hacía habitualmente en la organización, con una nota en un zulo en el monte Jaitzkibel, junto a las armas y palabras de ánimo para los gloriosos *gudaris*. La sentencia de vida era para los habitantes de Inchaurreondo que milagrosamente habían escapado del lanzamiento de granadas de unas semanas antes. El riesgo asumido había sido grande y a la bestia verde le salía espuma por la boca deseando venganza. No lo volverían a intentar.

—Será más fácil ir a por ellos individualmente. No pueden estar permanentemente encerrados en la fortaleza. Por aquí pasará algún Land Rover de la Guardia Civil. Sólo hay que esperar —se decía Iñaki Boluda.

A Aker le pareció haberse reconciliado con la muerte, restarle importancia a quitar de en medio a un enemigo. Lo que tenía que hacer ahora era reconciliarse con su vida y dejar atrás remordimientos y debilidades y creer que había tenido suerte de encontrarle un sentido a su existencia. Los *gudaris*, liberados de turbación, le felicitarían. Ahora que la muerte había sustituido a la vida, ésta había originado sus propios miramientos: morir cuando yo lo decida. Y matar a quien yo decida. Soy el amo de la vida, de mi vida, y hoy ha llegado el momento de cambiar la orientación, el rumbo de otras vidas.

Ander cerró suavemente la puerta de casa deslizando el pestillo de la cerradura con inhabitual silencio, como si no quisiera que ningún ruido le molestara en su apariencia de felicidad. Como si temiera que algún sobresalto inesperado produjera un cambio de planes impredecible. Tantos años escuchando a la Real por la radio, acercándose con *aita* a las inmediaciones de Atocha, viendo a los jugadores de la Real entrar en el Hotel Londres y hoy por fin, a sus trece años, casi catorce, se haría realidad el sueño de ver a Arconada.

Tal vez por haberlo deseado tanto, Ander amaba el ambiente que se vivía en Donosti antes de los partidos de la Real. Por un momento todos los problemas de los habitantes de la ciudad pasaban a segundo plano, y el partido adquiría niveles de satisfacción generalizada que parecían un interludio romántico ante tanta violencia. Era como si el mundo se detuviese durante noventa minutos, como si una bandera blanca ondeara en los balcones y las calles aparecieran completamente desiertas, como si de pronto el espíritu de la Navidad se hubiese convertido en un ángel cada domingo que había partido. En un ángel de la muerte que hiciese un paréntesis entre la desolación y los gritos de ¡Real, Real!

El póster de la Real Sociedad ocupaba toda la pared de la habitación que Ander había heredado tras la muerte de la abuela Mari Lamiak. Allí estaban Arconada, Celayeta, Gorritz, Kortabarría, Zamora, Idígoras, Satrústegui, Gajate, López Ufarte, Larrañaga,

Zubillaga y los jovencísimos Bakero y Aitor Beguiristain con el entrenador Ormaetxea al mando. El póster se veía nada más entrar en el pequeño universo de Ander.

Se puso la cazadora gris y sus pantalones azules como si el día de hoy fuera la confirmación de que por fin iba a cumplir uno de sus dos sueños. El otro era que Ane le besara, pero ése, pensaba, iba a ser más difícil. Sobre todo porque no se podían comprar entradas para que te besara una niña. Ni que nadie te invitara a besarla.

Cayó en la cuenta de que aunque había ido cientos de veces a las inmediaciones de Atocha con el padrino Asier, o incluso con su *aita* en la furgoneta blanca, jamás había visto el estadio por dentro. En ese momento pensó en Buba y en su deseo de ser un pájaro para instalarse en la tribuna de Atocha y poder ver todos los partidos como si fuera el presidente de la Real.

Se mantenía erguido mirándose en el espejo del recibidor y se preguntaba si no habría sido más acertado ponerse la equipación de la Real. Llegó a la conclusión de que no. Sólo los niños muy pequeños iban así.

Salió de casa justo cuando empezaba a atardecer y vio cómo poco a poco el sol se iba alejando y dejaba paso de nuevo al preludio de la noche. Al llegar a la calle deseaba fervorosamente encontrarse con Arkaitz o Buba o Asier o Pepe Luis o Rafa y decirles que se iba a ver a la Real. Pero como le dijo Eloy, mejor que no, porque no quería que pensaran que sólo invitaba a Ander por su cumpleaños. Todos se lo merecían. Es decir, mejor que no se encontrara con ninguno y si así era, ponerles la excusa que ya habían ensayado previamente. Iba con su *ama* a la misa de las seis. Aunque no sabía si lo creerían, porque Ander creía que no había vuelto a pisar una iglesia desde la muerte de la abuela.

Eloy estaba tumbado en su cama y su horizonte era el techo del que pendía una lámpara con una luz mortecina. Por un momento, mientras miraba hacia arriba, le pareció ver el cielo inundado por estrellas. Desde esa posición las personas eran gigantescas y llegaban hasta el infinito. Sus piernas eran como interminables columnas. No decía nada. Sólo pensaba. Miraba lentamente, de manera severa, y poco a poco sus pupilas iban adquiriendo movimiento. Allí, tumbado, fue viendo cómo el espacio en torno suyo se iba vaciando, y cómo le aparecían por sus ojos las imágenes retenidas desde que llegó a Inchaurrena. Su viaje en el tren, la lluvia y el viento de San Sebastián, el día que conoció a Ander en la consulta del doctor Elósegui. Pensó en Buba y en Arkaitz y le entraron remordimientos por no haber ido con ellos también a ver a la Real. También le pasó como un rayo la imagen de *Dogo* corriendo hacia la carretera. Y creyó ver el castillo de Gaztelugatze y a Canicas en lo alto de su cima luchando contra el corsario Drake.

«Mierda. Son las cuatro y media».

Se levantó.

«Rápido».

—Eloy, venga. ¿Estás preparado? —gritaba su padre.

—Sí, padre, ya voy. Me pongo la cazadora. ¿Cojo el paraguas por si llueve?

—No. Ya tengo uno en el coche por si acaso. Venga, date prisa que aunque el campo está cerca, tenemos que recoger a ese chico. Por cierto, ¿cómo has dicho que se llama?

—Ander, padre, se llama Ander Beguiristain —dijo Eloy mientras se acababa de poner la cazadora.

—¿Beguiristain has dicho?

—Sí, eso creo. Bueno, eso me dijo.

—Pues es vasco, vasco, ¡eh! —Pasó por su cabeza que era el apellido de uno de los

miembros liberados del comando, pero consideró que debía haber muchos Beguiristain en Euskadi—. Ese apellido es de la zona del Goierri, de Ataun, Villafranca de Ordicia, Beasain, Olabarrieta. En fin, unos pueblos complicados...

—¿Complicados? ¿Por qué un pueblo es complicado? ¿Atarfe es complicado?

—¿Eh? Por nada Eloy, por nada. Cosas mías.

Eloy había resuelto la duda que lo había martirizado durante toda la noche y finalmente optó por ponerse sus botas de fútbol con tacos incluidos en lugar de los zapatos. Como si pensara que, quién sabe, igual se lesionaba algún jugador de la Real y el entrenador tenía que echar mano de él. Al fin y al cabo era el líder del Racing de Inchaurren.

Bajó las escaleras del bloque junto a su padre y una vez en la calle se percató de dos cosas importantes. La primera era que, de nuevo, su padre le había cogido de la mano como cuando era más pequeño. Y la segunda, que veía a su padre con ropa de calle por primera vez desde que habían llegado a Inchaurren. Eso le provocó una imperceptible sonrisa. Como si las cosas empezaran a cambiar. «Ahora mi padre y los del grupo cogerán a estos asesinos y antes de Navidad volveré a ver a Blas y a Belén», reflexionaba.

En ocasiones se sentaba al volante del coche de su padre, bajaba las ventanillas y ponía el radiocasete, mientras pensaba que conducía por una inmensa autopista donde la gente iba de la mano, donde todo el mundo se saludaba, donde el sol era como los árboles o la tierra, siempre presentes, donde se olía el perfume de los campos, olivos y más olivos, matorrales de deseo, ríos colgando de las montañas, nubes aisladas empujadas por un gigante que las sopla. Y pájaros, mirlos, gaviotas, tulipanes y el mar hundido que va girando lentamente. Eloy no pronunciaba palabras, tan sólo soñaba porque ignoraba que el deseo es una pregunta cuya respuesta no existe. Un mundo cuyo cielo no existe. Ni el sol ni los árboles. Ni las miradas fugaces entre las sombras. Porque soñar es una pregunta hecha a la esperanza, una pregunta que nadie sabe responder.

Hacia las cuatro de la tarde, una ligera neblina permanecía sobre Donosti convirtiéndolo todo en blanco y negro, como si fuera el escenario de una novela de intriga en el Londres del siglo pasado. La gente iba por la calle abrigada y con ropa oscura, mientras que apenas se veían mujeres. Un coche de la Policía Municipal pasó muy cerca de Aker. Los policías miraron de soslayo el coche aparcado encima de la acera, pero siguieron su camino para regular el tráfico en las cercanías de Atocha. Pasó algún autobús repleto de gente que iba a ver el partido. Algunas banderas blanquiazules los delataban. Aquel autobús parecía un viejo tranvía, también en blanco y negro, que descendía por la Avenida de Ategorrieta y hacía sonar su claxon. Los edificios cercanos no tenían más luz que alguna bombilla encendida de manera aislada y del Restaurante Arzak salían los últimos comensales tripudos y con felicidad efímera. En realidad, Donosti parecía cubrirse de un manto de ciudad común, como cualquier otra tranquila y bella ciudad. En una pared desnuda y frente a donde se encontraban Aker y los demás, había una pintada en color rojo en la que se leía «JO TA KE MÁTALOS», hecha probablemente por algún joven aspirante a asesino, y ahí estaba. No importaba. Nadie la borraba. Y menos el ayuntamiento. Y no importaba porque esa pintada se había convertido en un elemento más del escenario.

En Donosti, el silencio se había convertido en un ser ignorante, en una estafalaria película en la que los actores secundarios habían arrebatado el papel a los protagonistas. Una ciudad donde la muerte y el odio, como si fueran los mandamientos de la extraña religión que practicaban, convivían entre la gente con aparente naturalidad, sin sobresaltos, con cínica resignación, mientras las terrazas de la Concha

estaban abarrotadas de público ante un imprevisto día soleado en pleno invierno. Y mientras eso sucedía, mientras las terrazas, los bares y el paseo se inundaban de cuerpos inertes, la vida, aquí, en Donosti, continuaba avanzando hacia la tolerancia equilibrada de convivir entre los escombros de tantas almas abandonadas sin ni siquiera hacer el menor intento de mirar hacia atrás.

A lo lejos se veía algún corro de gentes con una mano blanca, gentes de aquí que no se resignaban a pasar más tiempo rodeados de cadáveres delante de sus casas. Querrían haberlo hecho mucho antes pero se alegraban de haberse reencontrado con la dignidad desde el día en que uno de los suyos fue abatido en el casco viejo mientras se comía unos pinchos con su mujer y su hija. Los asesinos entraron en el bar, le dispararon y salieron con toda tranquilidad, caminando como si hubieran cumplido con su deber, con el deber de matar a un hombre con orgullo. Mientras huían, saludaban a los conocidos en un episodio de esquizofrenia colectiva que conseguía, a base de vítores y jaleos, convertirlos en héroes bajo una bandera negra, negrísima, que enarbolaban en nombre de la libertad de los hombres. Lo dijo Edmund Burke, quizá no pensando en este pueblo, pero lo dejó escrito: «Lo único necesario para el triunfo del mal es que los buenos no hagan nada».

Aker había estado observando durante un tiempo el lugar por donde cada día, a la misma hora, pasaba una furgoneta de guardias civiles que se dirigían a la frontera de Irún. Observó a su alrededor y vio que en la Avenida Ategorrieta los coches no iban a mucha velocidad porque había varios colegios y estaba llena de semáforos. Sería un buen sitio para dejar el coche bomba. Ahora habría que buscar otro vehículo para huir y una buena esquina desde la que apretar el botón del mando a distancia. No se veía a nadie vigilando, apenas pasaban coches y el riesgo era mínimo. Por supuesto Aker y los suyos no pensaban atacarles de frente. No estaban locos. Siempre era mejor por la espalda. O escondidos. No era cuestión de dejarse la vida en ello porque tenían proyectos para cuando acabara todo aquello, pero debido al fracaso en su intento de causar una masacre con el lanzamiento de granadas al cuartel y a la cercanía de la Navidad y de las próximas elecciones, la organización había decretado que era imprescindible atentar en breve.

La esquina de la calle Olavide fue la elegida. Desde allí verían con total nitidez la llegada del furgón y cuando pasara justo a la altura del coche que allí tenían aparcado, apretaría el botón. Luego saldría corriendo hacia la calle paralela, donde estaría Iñaki esperándole con otro coche. Hasta ese momento, Aker jamás había matado a nadie, pero suponía que había un momento en la vida de un hombre en el que tenías que decidirte. Y el momento había llegado. En la esquina de la calle Olavide.

Ander y Eloy habían quedado un poco antes de la cinco junto a la parada del autobús. Ander lo prefería así, a que vinieran a buscarle a casa y todo el vecindario viera que un coche que había salido del cuartel lo recogía a él. Igual le harían lo mismo que a Tadeo y *Kantauri*. Era mejor para todos continuar con las mentiras.

–Venga, Eloy, sube al coche, que llegamos tarde –le dijo su padre.

–Vale, venga, vamos. Acuérdate que tenemos que recogerlo al lado de la parada del autobús.

–Sí, sí. Ya lo sé. Ponte en el asiento de atrás, mejor –dijo el teniente Navarro, que se sentía más seguro si Eloy estaba detrás.

Emprendieron la marcha hacia la salida del cuartel. En ese momento, Eloy pensó en cómo sería el día que abandonara definitivamente Inchaurreondo. A buen seguro no

sería como el lastimoso viaje de hace un año cuando llegaron hasta allí.

Mientras tanto, Ander ya había enfilado el final de su calle y, sabiendo que iba justo de tiempo, trataba de imponerle rapidez a su maltrecha zancada, aunque sin olvidar, como le había dicho su *ama*, que tranquilo, que más vale tarde que nunca. Por lo que, mirando a su pierna corta, le suplicó que no le hiciese llegar tarde.

Aker estaba intranquilo y algo desesperado. Ya había pasado casi media hora del horario en el que el furgón pasaba todos los días. Era algo inaudito, pensaba.

—¡He estado cinco días seguidos observándolos y son muy puntuales! ¡La hostia, joder! —mascullaba entre dientes.

Por momentos volvió la cordura a la mente de Aker y pensó que tal vez se tratara sólo de un retraso.

—Dentro de poco aparecerá y yo estaré aquí, preparado, junto a la parada del autobús. Y sólo tendré que apretar este maldito botón. No he de olvidar hacerlo en el momento justo, ni un momento antes ni uno después. Ha de ser cuando el furgón llegue a la altura de la calle Olavide.

Apareció, a lo lejos, una furgoneta de color oscuro. Ya eran casi las cinco y la luz comenzaba a escasear, pero rápidamente vio que era una camioneta verde del servicio de parques y jardines. Por un momento pensó que si se hubiera equivocado y con los nervios hubiera apretado el maldito botón, habrían volado por los aires unos inocentes, cuando de pronto...

—¡La hostia! ¡Hoy es DOMINGO! ¡Y les he controlado cinco días, PERO LABORABLES! ¡Por eso hoy no pasan! ¿Cómo no he caído antes?

Algo inquieto y convencido de que su estreno había sido un fracaso y que, quizá, la organización dejara de confiar en él, comenzó a entrarle un sudor frío y unos temblores que no hacían presagiar que fuera a actuar con sensatez. Pensó: «Bueno, nos retiramos y mañana volvemos a intentarlo. No pasa nada», aunque la impaciencia le podía. Rápidamente le pidió a Iñaki que retirara el coche de allí y le explicó el porqué. La mirada de Iñaki le delató. Era una mirada de «ya me lo esperaba, no se puede confiar en ti, la hostia», pero no le dijo nada. Se subió al coche y se dirigió a la bajera que tenían alquilada.

—Sólo una cosa, Aker —dijo Iñaki—. Tenías que haberte dado cuenta de eso antes. Este coche ha estado innecesariamente casi una hora en medio de la calle y la *txacurrada* puede haber visto algo extraño. Mañana, último intento. *Agur*.

Eloy iba en el asiento trasero observándose las botas de fútbol y recordando lo que le había dicho Sergio acerca de su indumentaria.

—Pero, enano, ¿qué crees, que vas a jugar tú con la Real? ¡Ja, ja! ¡Serás iluso! ¿Es que no sabes que en ese equipo no quieren a nadie que no sea vasco? Nunca podrás jugar en la Real. Nunca. Bueno a no ser que hagas como ese jugador... ¿Cómo se llama? Ah, sí, López Ufarte. Ese nació en Marruecos y sus padres son andaluces o de Cataluña, ni me acuerdo. Pero míralo, ahí lo tienes jugando en la Real. Ja, ja, pobre hermanito.

La crueldad de Sergio, pensaba Eloy, no tenía límites.

El coche ya estaba en camino. Llegaron a la parada del autobús.

—¿Será esta parada, no? —preguntó el teniente Navarro.

–Sí, sí, aquí –respondió Eloy–. Estará a punto de llegar. Lo que pasa es que es cojo y camina un poco más lento que un niño normal. Bueno, que un niño que no es cojo, quiero decir.

–¿Es cojo? ¿Qué le ha pasado?

–No lo sé. Nunca se lo he preguntado. Pero me dijo Arkaitz que era de nacimiento. Que algo salió mal.

–¿Arkaitz? ¿Y quién es Arkaitz? –preguntó su padre como si no se hubiera enterado de nada de lo que había envuelto a la vida de su hijo en el último año.

–¿Arkaitz? Bueno, pues es un muy buen amigo mío. Fíjate si es mi amigo que a veces me trae la merienda cuando vamos a entrenar con Canicas.

El teniente Navarro pensó que se había perdido algo últimamente y que tendría que hablar con el viejo cabo Canicas para que le explicara qué tipo de relaciones tenía su hijo Eloy. Ander Beguiristain, Arkaitz, Racing de Inchaurrena... «Desde luego, Eloy no es como Sergio. No me acaba de gustar esto», se decía.

Ander vio, a lo lejos, cómo el coche negro del padre de Eloy acababa de aparcar en el lugar acordado. Le quedaban unos cien metros para llegar.

–Bueno, entonces ya hemos llegado –comentó el teniente Navarro.

–Sí, sí, aquí es –confirmó Eloy, a la vez que miraba por el retrovisor. A lo lejos vio la figura inequívoca de Ander, mientras pensaba que nunca antes se había fijado en la indisimulable cojera de su amigo, lo que, en ese momento, le produjo cierta pena, por lo que decidió abrir la puerta trasera y, sin salir del coche, le hizo un gesto con la mano abierta a Ander para que no corriera.

El teniente Navarro se había quedado un tanto preocupado por las amistades de Eloy y su mente había permanecido durante unos instantes sumida en una banal preocupación de la que aún no había despertado. Y por eso no se había fijado en el hombre que tenía delante del coche apuntándole con una pistola.

Aker, antes de volver hacia casa y después de considerar que lo de hoy había sido auténtica mala suerte y que mañana no se escaparían, observó el vehículo negro del teniente Navarro y lo reconoció rápidamente.

–¡Coño, es él! ¡Es el puto Navarro! Sí, sí, seguro. Coche negro, la matrícula coincide y ¡está solo! ¡No puede ser! ¡Dioses! ¡Gracias por ponérmelo ahí!

Antonio Navarro se dijo: «¿Cómo no he visto a ése antes? ¿Qué hace ahí apuntándome? ¿Es que no ha visto a Eloy?». Hizo un leve giro para desenfundar su pistola, justo cuando Eloy cerró la puerta después de haberle indicado a Ander que no corriese... pero ya era tarde.

Los disparos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho. Ocho balas impactaron. El teniente Navarro tenía la cabeza ladeada en un gesto imposible y la sangre bajaba por su cara como si fuera un río interminable. Una de las balas le dio a Eloy en la frente justo cuando acababa de cerrar la puerta. No le dio tiempo a ver la muerte, era su final, un final de aquellos en los que te vas sin decir adiós y te dejan una muerte plácida.

Segunda parte

1. El gran viaje

Me llevó casi un día aquel viaje de hace treinta años. Mientras lo estaba viviendo me parecía una odisea como el mal trago de ser cojo. Y ahora esto, pensé. Sí, con la ausencia de mi padre tras su detención casi inmediata, mi *ama* me llevó con ella a Nueva York, me sacó de las garras del odio, quería que compartiera el mundo con otros seres, que emprendiera la misma fuga que ella. Huir de Euskadi.

En los meses siguientes estuve sumido en la más absoluta tristeza, era como una bruma, una neblina que emborronaba cualquier atisbo de esperanza. Porque para mí no había esperanza. Dejé de hablar, de comer, las noches eran un acoso constante de mis fantasmas, veía a Eloy y a mi padre como dos seres inanimados que se acercaban a mí para salir corriendo de inmediato, no era más que un niño de trece años profundamente herido. «¿De verdad el mundo es así?», me preguntaba mientras creía ser el centro de todos los males del universo.

Mi *ama* estaba inquieta ante mi aparente letargo que no cedía con el paso del tiempo. Ella era quien trataba de animarme, hacía ruido a todas horas, intentaba provocar mi interés, sonreía constantemente y me hacía muchas preguntas mientras John, nuestro amigo americano, insistía en mi pronunciación yanqui con gestos algo grotescos que me producían algo parecido a una sonrisa. Recuerdo el ruido de fondo de la televisión y cómo me quedaba embelesado escuchando sin entender absolutamente nada.

Mi única distracción en aquellos años era cuando mi *ama* me llevaba a pasear por Brooklyn, atravesando las concurridas calles llenas de marquesinas, que se agitaban en imágenes de tiendas en las que discurrían los letreros con mucha iluminación y donde se vendían enormes televisores, radiocasetes japoneses, rótulos de obras de teatro, cines con enormes salas donde se podía ver un año antes –o más– las películas que luego daban en el cine de Inchaurredo, cajas de cartón donde se amparaban del viento o la lluvia los vagabundos, mientras bebían su enorme botella de cerveza o de whisky camuflada en unas hojas del *New York Times* del día anterior. Los enormes coches americanos pasaban tan rápido ante mí que parecía que huyeran de la policía en una frenética carrera que sólo existe en mi mente de niño hollywoodiense. En Nueva York la vida es permanente, no se detiene nunca. No se ven horarios de apertura y siempre puedes comprar lo que quieras a cualquiera hora del día. Es una ciudad que no duerme, si acaso dormita con un ojo siempre abierto.

Había tumultos de seres inanimados, anónimos, que se cruzaban entre mi mirada y mis pensamientos. Apenas se podía pasear tranquilamente por las enormes aceras, el gentío arremolinado frente a un cine o un *music-hall* hacía que rozara abrigos y cazadoras de otra gente y mi *ama* me llevaba casi en volandas como deseando que mi ensimismamiento no hiciera que me perdiera por aquellas calles llenas de turistas, de chicos negros o de coches de bomberos a toda velocidad.

Las pequeñas tragedias existen en cualquier lugar del mundo y quién sabe cuál habría sido la niñez de aquel negro de barba blanca que, sentado en el suelo, dejaba que su mirada me recordara que el destino nos tiene atenazados y nos puede llevar al lugar de nunca jamás, como si fuéramos pequeños Peter Pan que acabamos de despertar de un sueño.

Me gustaba jugar con los semáforos. *DON'T WALK. WALK.* Creo que fueron las primeras palabras que aprendí. Me detenía con una disciplina casi militar ante esa orden acompañada de un hombrecillo con sombrero que indistintamente se cambiaba

del rojo al verde, mientras cruzaba la quinta o la sexta avenida, enormes, rodeadas de rascacielos que producían una hambrienta geometría hasta que el mareo se apoderaba de mí y mi *ama* tiraba de mi mano dando zarpazos apocalípticos en su afán porque no me quedara atrás. Mi cojera tampoco ayudaba a seguir el ritmo vertiginoso de todo lo que hacía mi *ama*.

Me parece que nunca había visto a una chica negra hasta que llegué a Nueva York. En Inchaurreondo, posiblemente en alguna película, vi alguna, pero de lo que estoy seguro es de que por la calle jamás había visto ninguna. La primera que vi fue en el aeropuerto de Nueva York el día que un avión me trajo hasta aquí. Estaba en una pequeña glorieta al salir de la terminal, con una especie de uniforme entre enfermera y policía, y ayudaba a una mujer mayor que iba en una silla de ruedas, sonriendo a la anciana sin que ésta lo percibiera, ni tan siquiera la escuchara, pero a la chica negra le daba lo mismo, continuaba explicándole algo graciosísimo a tenor de sus carcajadas. Era corpulenta, alta, con el pelo artificiosamente alisado creando una electricidad estática en sus cabellos negros, negrísimo pero translúcidos como una luna en una noche nublada. Observó mi atónita mirada de inmigrante y señalándose con su dedo índice me dijo: «*Albany, my name is Albany*». Me puse de todos los colores ante mi falta de disimulo y sólo fui capaz de levantar levemente mi mano a modo de saludo/disculpa y decir para mis adentros «Ander, me llamo Ander y soy vasco».

A medida que pasaban los días me daba cuenta de que iba aprendiendo mucho pero, sin embargo, no conseguía olvidar mi barrio de Inchaurreondo Alto con todas sus miserias anodinas y a la vez tormentosas, que curioseaban periódicamente por mi cabeza. Aparecía y desaparecía la niebla de Donosti envuelta en un aura étnica de seres únicos y altivos, de tropas vestidas de calle pero con el brazalete de las SS en el brazo, el uniforme verde y el extraño sombrero en la cabeza, mientras los niños correteábamos por sus calles como huyendo de un campo de exterminio. Esas mismas tropas que se llevaron a mi desesperado *aita* asegurándole gloria y recompensa inmortal y que ahora, según leo en internet, han emprendido un proceso de brazos cruzados, ante la, por fin, repulsa de un pueblo cansado y yo diría que avergonzado de sí mismo. Yo al menos me siento avergonzado de que una lacónica luz convirtiera a mi *aita* en un guerrero que no mataba gigantes, sino niños, bajo un inmisericorde cielo gris y ante el silencio indiferente, desamparado, solitario y enfermo de mis vecinos.

En Brooklyn todo va raudo, la gente camina poseída por la prisa de llegar a algún sitio, con la angustia en sus caras y con el triste negocio de hacer más dinero para morir rico, avanzando en un atasco de cabezas que veo desde mi balcón. No es el mismo balcón de Inchaurreondo donde me detenía a mirar en dirección al sorprendente cuartel, donde todo se producía despacio, sin grandes aspavientos, donde jamás vi a nadie pedir limosna en alguna esquina. Hasta para eso son libres los neoyorquinos. Aquí he visto indios arapahoes y sioux, judíos con sus enormes barbas y sus trajes negros, negros como Mohamed Ali o Michael Jordan, hombres de piel cetrina y turbantes, chinos como si fueran producto de una repentina invasión de gente de piel amarilla. Los indios se mantienen inmóviles como si fueran figurantes de una película del oeste a la vez que los judíos van leyendo, embelesados, un pequeño libro, sorteando los obstáculos de la calle 34 con una pasmosa elegancia.

Vi cómo la penuria también existía en Nueva York. Un hombre andrajoso le llenaba los bolsillos de trozos de pan duro a un niño hispano y le decía que no los mordiera, que los guardara como si fuera una pequeña despensa mejicana. Pero a la que se distraía, a aquel pequeño niño de facciones indígenas se le iba la mano y mordía algún mendrugo. Hombres con el cuello de la camisa de almidón pasaban cerca del niño

hambriento con un café en vaso de papel entre las manos, y algún hombre con barba de talibán observaba desconfiado todo cuanto le rodeaba.

Las colas son habituales en esta ciudad vertiginosa, se ven corros de gentes escuchando a algún profeta, también un grupo en silencio cuyos miembros destacan con sus trajes oscuros entre la nieve sucia de Brooklyn. A veces veía a señoritas con trajes atrevidos y cómo algún hombre iba detrás de ellas con cierto disimulo y entraban en algún motel de la parte baja de Brooklyn, para más tarde salir con cara de satisfacción y como si quisiera hacerse perdonar entre los habitantes del barrio, repartía golosinas entre los niños que estaban en la puerta del motel. Aquí he visto el hambre que rodea a unos cuantos y la ausencia de cosas que agradece el olfato, como la purrusalda que hacía *ama* en Inchaurrondo. La gente de este barrio neoyorquino va olisqueando siempre, en el autobús, en los ascensores, en las tiendas y en los cafés. Aquí no hay olor a café torrefacto que hierve en la cafetera y a chocolates a la piedra.

En mi ventana de Inchaurrondo sólo veía a guardias civiles. Y en mi escalera escuchaba brindis cuando se oía alguna explosión. Menos de mi *ama*. Siempre he pensado que aunque no hubiera ocurrido lo que ya sabéis, mi *ama* un día me habría cogido y traído hasta aquí. Mi *ama* era de las que no miraban para otro lado. Cuando se oían ambulancias, manifestaciones o veíamos salir decenas de furgonetas de la Guardia Civil con sus ocupantes con cara de venganza, mi *ama* no me dejaba salir de casa y como si fuera un búnker subterráneo, nos escondíamos en el cuarto más recóndito de casa a esperar que acabara el bombardeo. Como si fuera una catacumba. Aunque yo nunca tuve la sensación de miedo porque para algo pertenecía al mundo de los buenos. Porque si algo teníamos claro los catorce niños de Inchaurrondo era que nuestro bando era el de los buenos, al más simple y puro concepto de las películas de indios y vaqueros. Y como creíamos que nosotros podíamos cambiar el mundo, aunque fuera sólo durante el tiempo que dura un partido de fútbol, el miedo se paseaba ante nosotros pero no llegaba a afectarnos. Porque los niños no temen a las ideas.

Sin embargo, lo mejor de aquellos momentos de bombardeos y de sirenas y de ruidos de escopetas escupiendo pelotas de goma era que no tenía que estudiar y que los tan reiterados accidentes geográficos vascos quedaban en segundo plano, con las prioridades de un niño saltando por los aires. Creo que llegué, incluso, a desdeñar el abecedario y si eso fue posible, fue gracias a los insoportables ruidos que había en la calle.

Lo que no conseguía la señorita Arteché, lo lograban unos y otros con su guerra y mientras jugaban con nuestro aprendizaje, el de los niños, nos dimos cuenta de que la única manera para dejar de lado a la sumas y las restas y las divisiones y las multiplicaciones eran los días de bombas, como banalmente aprendimos a recordar aquellos días en que no podíamos salir a la calle. Se convirtió, todo, en una especie de juego macabro en el que inocentemente esperábamos que un estruendo en forma de sirena lograra que dejáramos de lado el aprendizaje de la civilización y fuéramos a nuestro búnker a sentirnos niños en un mundo de mayores que nos escondían la verdad.

Los bosques de Nueva York que habitan en medio de la ciudad no son parques como el de Andonegui, son bosques que te llenan los pulmones y te purifican. Me encanta perderme en esas inmensas selvas donde los ladrillos y los árboles se confunden en un mundo en que la rutina es una fórmula quimérica.

Nunca volví a Inchaurrondo.

2. Laia

Os preguntaréis quién es Laia, este nuevo personaje que va a ir apareciendo en estas últimas hojas. De momento sólo os diré que es mi amor. Por Laia quisiera emprender mi último viaje, ese en el que te llevan en una caja de madera, espero que a los ciento cincuenta años o más. Sólo por ella. Sobre todo para poder recuperar los cuarenta y dos años que acabo de cumplir, y en los que me he perdido en la nada. Eso sí, quisiera hacerlo con una bandera americana, o no, mejor con una bandera de Brooklyn encima del ataúd y que ella esparza mis restos en las violetas aguas del río Hudson. Y a ser posible, por la tarde.

Nunca me atreví, ni tan siquiera tuve la oportunidad, de preguntarle a mi padre por qué. ¿Por qué? ¿Por qué he vivido con tu ausencia, por qué a pesar de todo no te odiaré, por qué te he añorado tanto? No consigo olvidar el parque de Elorrieta, ni la calle Baratzategui, ni el estadio de Andonegui, ni el lugar donde conocí a Eloy, ni el viejo Atocha, donde mis sueños de niño roto emulaban a Arconada en una palomita eterna, volando por el cielo cual ángel dispuesto a detener el concierto de violines tristes que se dirigían sin remedio hacia la portería de mi vida. Me quedé sin ver el viejo Atocha. Además, como tantas otras cosas, ya no existe. De todo esto hace ya muchos años pero mi memoria sigue sin poder desterrarlos, el pasado se cuele una y otra vez entre las rendijas de mi deambular por la vida, como un perenne e ingrato suspiro que me arrebató y que se abre paso como un animal herido de muerte y que quiere morir matando. Sus ojos verdes, los de mi amigo Eloy, se cuele entre los míos, consiguiendo que a veces vea la vida con un color muy intenso, con un sol que lo ilumina todo, y en otras ocasiones sólo vea negro, gris, lluvia, cemento, ausencia de vida.

Ciertamente la comodidad se apoderó de mí en cuanto conseguí mi actual trabajo en la Universidad de Nueva York; fueron años duros, de una niñez solitaria, con el anhelo frustrado de vivir con mi *aita* y pertenecer a una familia que me ayudara a cruzar los ríos, que me secara después de la lluvia o que me acompañara a disfrutar de los atardeceres violetas del puente de Brooklyn. Nada de eso sucedió. Después del día en que pasó todo, llegó mi actual decadencia y mi desespero ante la vida que he vivido. Desespero porque me siento culpable por todo lo que hizo mi padre, por la tremenda decepción de saber quién era él, olvidar de súbito su idealización para comprender de repente que era un terrorista. No es fácil para un niño cojo de trece años aceptar que tu héroe, no sólo no lo es, sino que te ha robado tu vida. Sí, ya sé que pensaréis que siempre estoy diciendo que soy cojo. Pero es que sigo siendo cojo.

Al principio, cuando ocurrió todo, dudé. Pero sólo un momento, sólo el minúsculo espacio de tiempo necesario para darme cuenta de que lo que acababa de ocurrir era tan real como el ruido del tráfico en el cruce de la quinta avenida con la cincuenta y seis. Aquel día me llegué a sentir arrastrado hacia mi *aita*, incluso quise llevármelo conmigo, arrancarlo de ese escenario en el que él y Eloy se habían convertido en los ojos de mi rostro. Sólo un segundo dudé.

Ésta es la segunda y última vez que os hablo de ella. Cuando llegó a mi vida yo apenas había cumplido los veinte años y luchaba por acabar la carrera de Historia Contemporánea en la Universidad de Nueva York; no es que me costara estudiar, al contrario. Era lo que las mentes eruditas denominan un estudiante brillante, pero me había americanizado lo suficiente para desear fervorosamente convertirme en un

yanqui más. Tener mi pequeña casa adosada, mi trocito de césped, mi coche exagerada e innecesariamente grande, leer a Stephen King, ver la final de la Super Bowl y olvidarme de un trozo de mundo que se llama Euskadi.

La sala de la biblioteca de la facultad de Historia olía a un perfume indescriptible ese día; quizá jazmín o azahar, no lo sé. O sí lo se, quizá era ella que se sentó a mi lado. Normalmente la biblioteca olía a fluidos corporales, goma sintética de las zapatillas deportivas o a carne joven recalentada. Ese día yo estaba agitado, alborotado, deseando acabar mi último examen del curso. Me esperaban unas vacaciones en Buffalo con mi *ama* Leire y su gordo y simpático novio John-Winston Henry. Ella, mi amor, hacía atletismo en el equipo de la Universidad y además era una de las *cheerleaders* del equipo de baloncesto. A veces yo iba a ver los partidos de sólo para ver su cuerpo contorneándose, procurando abandonar mis palabras de profeta en las que me decía:

«¡Ander, nunca será tuya ! Como Ane, ¡nunca será tuya!».

Pero sí lo fue. Ella es mi amor. No acierto a explicar ni a distinguir el valor que ella tiene para mí, es como un afilado cuchillo que entró en mis entrañas para cortar uno de los numerosos parches de mi vida, introduciendo su mano con larguísimos dedos en el bolsillo de mi represión para, poco a poco, pausa a pausa, conseguir llegar hasta aquí y poder contaros el valor de una vida. A partir de ese momento mi vida se convirtió en corriente, me encanta el béisbol y las hamburguesas, jugar con mis sobrinos Katty y Jordi y sobre todo, perderme en Brooklyn, mi barrio.

Ella se llama Laia Tarrés Stillman y no intentéis buscar su nombre en la guía telefónica de Nueva York porque yo ya me he encargado de que no aparezca. Nació en Nueva York cuatro años después de que lo hiciera yo en Inchaurreondo; su padre es un empresario de Barcelona que emigró en los años setenta y se instaló en esta bendita ciudad; se casó con Betty Stillman, una bonita judía de Brooklyn.

Disculpad, pero antes os dije que no pensaba hablaros más de ella, de mi amor, de Laia, pero me acabo de acordar que anoche, cuando estaba pensando en darle forma a estos recuerdos, Laia se me acercó, estiró su mano y me acarició mi patacoja, suavemente pero con la mano tensa, recreándose por mi cadera aprovechando que yo estaba distraído, bajando hasta mi rodilla como si su mano estuviera envuelta en un guante de seda, y bajando llegó a mi tobillo y la planta del pie donde anduvo con sus dedos larguísimos y me marcó el camino a seguir. Yo, mientras duró, sólo oí el silencio, parecía irreal sino fuera porque lo hace cada vez que me ve tenso. Nunca sabré por qué me ama precisamente a mí, un tipo de lo más vulgar y ciertamente atormentado, como ya habréis comprobado. Pero me ama. Y esa palabra está grabada en mi interior. La amo. Me lo he repetido muchas veces en los últimos años. Allí, en nuestro puente, en Brooklyn, dejé de sentirme un niño roto, un hombre roto como un muñeco inerte. Anoche Laia me arropó como tantas veces y escuchó una vez más la historia de mi vida, ésta que os estoy contando. Sigo.

Os he mentado y no es la primera vez; sí que he vuelto a Inchaurreondo. A decir verdad, nunca he dejado de irme, he hecho cientos, miles de viajes a mi barrio de niño, por enésima vez he vuelto para recrearme en mis heridas, para situar espacios que los niños, casi treinta años después, ya han olvidado. Yo no. Han pasado los meses, los años y esta historia no deja de crecer en mí, como empujándome, en un acto de suprema cobardía, a vomitarla por la boca, esparcirla por el Cantábrico, manchar a cuantos más mejor llegando a producir maldad incluso en mí. Es cierto que mi padre ha sido maléfico y degeneradamente atroz con mi concepto de vida, el que he aprendido en Brooklyn, el que me han inculcado sus anónimos habitantes procedentes, como yo,

de mil países diferentes, de cientos de razas insospechadas, de cruces imposibles entre sí, donde el idioma para comunicarse es pura anécdota ante el alud de miradas que hablan.

Laia toca torpemente el piano mientras escribo. Cuando la escucho, desde mi habitación veo Prospect Park y anhelo ver a Paul Auster sentado en un banco, ofuscado, como siempre, buscando un trozo de papel en el suelo que el viento empuje a iniciar un viaje por las esquinas y él, Auster, siguiéndole con sus largas piernas por Brooklyn para, a la vez que corre, ir anotando cientos, miles de vidas de neoyorquinos desarraigados como yo. Brooklyn es mi vida. Pero todos los días viajo a Inchaurreondo. Ahora es mucho más fácil que hace unos años. Google Maps es extraordinario. Puedo ver mi casa, mi barrio de Donosti, a veces creo que formo parte del paisaje, que todavía estoy allí situado en la esquina del ya viejo cuartel, apostado en la pared esperando a Eloy. De hecho, estoy viendo cómo lleva la pelota y su mochila que pesa mucho, pero que en realidad está vacía, veo cómo arrastra levemente el pie (lo hace para parecer cojo también). Es primavera, ya no lleva el viejo y recosido abrigo (que no le abriga nada y por eso siempre estaba constipado). También lo veo agachado al lado de otro niño que soy yo jugando con las canicas que le daba el cabo Canicas. Ahora recuerdo cómo nos quedábamos los dos absortos buscando el secreto de las canicas para conseguir esa mezcla de colores turbados. Azul. Azul y verde y amarillo. Rojo y negro. Cristal. El ruido escurridizo de las canicas cuando caían al suelo y se buscaban unas a otras para chocar y proyectar el triunfo de la partida en un juego en el que el vencedor no era el que desplazaba más canicas sino el que conseguía lastimarlas, fracturando, dejando coja alguna. Creo que a aquellos niños, yo, Eloy y casi todos los que vivíamos en Guipúzcoa, en Donosti, en Inchaurreondo, en el Antiguo, en Egia, en Amara, en Ondarreta, o en el Gros, a todos nos invadía cierto grado de violencia y miedo. El miedo a las calles semivacías, la semicerteza de que estaba a punto de oírse un ruido brutal, acompañado de sirenas, alarmas rotas, funerales itinerantes, haciendo gala de ceremonias necrófilas en las que el matar era ensalzado a la categoría de heroísmo, donde los mártires eran los asesinos y los muertos, los culpables. No puedo describir detenidamente lo que veo en internet, se mezclan imágenes en mi cerebro. Hoy lo dejo, no sigo.

3. Tesis del horror

En la Alemania nazi hubo auténticos campos del horror, uno de ellos construido muy cerca de Cracovia y que si puedo, evitaré pronunciar porque todos lo conocéis y tampoco pretendo hacer comparaciones absolutamente ridículas. Lo que ocurrió cerca de Cracovia no tiene paralelismos con la historia de mi pueblo. Ese enclave polaco ocupado por las tropas de Hitler se convirtió con el paso de los años en un lugar cargado de significado; es como un gran agujero negro de la reciente historia de Europa, como la gran capital del universo de la muerte organizada.

Inchaurrondo no era ningún campo de concentración, como tampoco lo eran Hernani, Lasarte, Ataun, Villafranca de Ordizia u Oyarzun. No, no lo eran. Eran campos de entrenamiento de cómo eliminar al enemigo (cuando digo eliminar, no sólo es en el sentido literal de la palabra, sino también en minar, hacerte sentir solo, que logres capitular, que pierdas tu niñez o tu madurez, es decir, brindar y sonreír ante el desespero y el abandono de alguien exactamente igual que yo pero que ha nacido en otro lugar). Y si además lleva un uniforme verde... es como si llevara la estrella de David en el pijama de rayas paseando por la Wilhemstrasse. La diferencia es que estos que llevaban el uniforme de color verde se defendían. Y se organizaban. Y también producían miedo en Hernani, Lasarte, Ataun, Villafranca de Ordizia u Oyarzun. Y un día entraron en la consulta del doctor Elósegui, cuyo único delito era tener un apellido vasco y atender a todo aquel que se acercaba a su consulta, y le descerrajaron dos tiros en la cabeza. Una billetera llena de dinero de un hombre con traje negro y la mano asesina de un don nadie acabaron con la vida del doctor Santiago Elósegui.

Desde la biblioteca de Harrisson Boulevard, muy cerca de Times Square donde me he pasado cientos, miles de horas estudiando y tratando de darle forma a mi tesis sobre el origen de la xenofobia desde la Edad Media hasta hoy mismo, he hallado documentos extraordinariamente esclarecedores acerca de la tendencia del ser humano a excluir a otros seres humanos en función de su raza, religión, sexo o ideario político. Hubo uno que me llamó poderosamente la atención. Es el rechazo de determinados hijos de altos jerarcas nazis a las atrocidades cometidas por sus padres y en general al silencio del pueblo alemán ante el exterminio del pueblo judío. Sobre todo me llamó la atención la actitud decidida, valiente y casi diría que excesivamente atrevida de Hans Frank, el hijo del Gobernador de Polonia durante gran parte de la Segunda Guerra Mundial. Frank fue uno de los padres de la solución final o, como decían en Inchaurrondo, la «socialización del sufrimiento». Este hombre se ha pasado gran parte de su vida dando conferencias por Alemania a los jóvenes preuniversitarios, para que conozcan cómo se vive siendo el hijo de un asesino. No se vive. Se aprende a llevarlo de la mejor manera posible, pero hasta que no te atreves a pedir perdón en nombre de tu padre, no te sacas de encima la losa que no te deja avanzar en el aprendizaje de la vida. Eso es lo que promulga Hans Frank a los cuatro vientos.

Sin lugar a dudas, yo debería escribir pausadamente, como si fuera una tesis, y tal y como hacen mis idolatrados Paul Auster o Bernardo Atxaga, la descripción de un tranquilo barrio de una bella ciudad como es Donosti. Pero he desistido de lo superfluo, como dejar de hablar de la falta de infraestructuras, de no adentrarme demasiado en sus tendencias políticas, en sus habitantes, y sí, en cambio, en el color de las cortinas, en la falta de monumentos o de música que no sea de algún entierro, en la falta de indignación de la gente, en el convivir con las bombas y la muerte. No. No creo que sea ese el camino de un no tan joven escritor novel que aún pretende que un editor algo alocado le compre los derechos de estas hojas. No quiero que haya lecciones de nada. Sólo quiero llegar a casa y ver a Laia. Y seguir vomitando esta historia. Y sólo yo

decidir lo que es importante que sepáis. Al fin y al cabo, historias de la guerra de mi pueblo escritas por refutados sociólogos, historiadores o filósofos podéis encontrar cientos de ellas. Creo que no he leído ni una sola. Porque tan sólo necesito contaros lo que Eloy y yo vivimos. Ya me diréis.

Siempre he pensado que el diccionario miente. Al menos el de las lenguas occidentales. Hay palabras que no se pueden buscar en el diccionario para definir las correctamente. Cuando muere tu mujer o tu marido pasas a ser viudo o viuda, o la desagradable y poco poética palabra para definir al niño que se queda sin padre: huérfano. Me da arcadas esa palabra. Sin embargo, no he encontrado ninguna palabra que defina al padre o la madre que se queda sin su hijo. Supongo que es porque la situación no está contemplada en el ir y venir de una vida. Los hijos entierran a los padres y no al revés, por eso los ilustres académicos y la tradición popular en general no han definido ese contratiempo. En Euskadi, después de más de cuarenta años de guerra y odio, con oleadas de terror inasumibles para todos, pero aún menos para los niños, no se ha creado una palabra que defina las infancias robadas a los niños de ambos bandos. A los niños que se quedaron sin padres por llevar un uniforme o haber nacido en Albacete o trabajar en la autovía de Leizarán y también a los niños que se quedaron treinta años sin la compañía de su *aita*. Maldito asesino sí, pero su *aita*. Eso es lo que nos pasó a mí y a Eloy. Y a tantos otros.

Eloy vive en mi memoria con su inseparable abrigo desgastado, con su tos inquebrantable y su pañuelo anudado al cuello para cuidar sus desgastadas anginas. Corre por un camino al lado de niños de uno y otro bando, todos juntos porque entre ellos no hay odio, aún no les ha impregnado la estigmatización familiar, siguen siendo libres como las margaritas blancas de la colina de Inchaurreondo. Ese reducto de niños fue el último terreno conquistado por las tropas de Reinhard Heydrich. Eloy quiso transmitirnos su poesía que no entendía de bandos ni de patrias ni de idiomas ni de banderas ni de uniformes ni de pasamontañas. Sólo pedía que nos entendiéramos. Somos todos niños al fin y al cabo, y con ese discurso sin palabras, poco a poco, todos fuimos olvidando lo esencial de la ikastola, del vecindario y del cuartel y nos centramos en la vida que Eloy quiso transmitirnos.

Algún niño, al principio, es reacio a sus enseñanzas y simula una pistola mientras apunta en dirección a Inchaurreondo, repite el ruido de un disparo – *pum*– y luego se regodea como un vaquero del viejo oeste americano. Después, ese niño, el reacio, nos mira esperando que todos los niños vascos hagamos lo mismo y se encuentra que Eloy le pone la mano en la cabeza y hace el ademán de disculparlo.

–No has entendido nada –le decimos–. ¿Y ahora qué, pistolero?

–¿Es que no hay vascos aquí dispuestos a defender nuestra tierra? –preguntó el niño reacio mirándonos a Arkaitz, a Buba, a Asier y a mí–. ¿Es que soy el único? –insistió. Mientras Arkaitz, Buba, Asier y yo no sabíamos qué decirle, Eloy, con una sencillez y parsimonia inhabitual en un niño, le dijo:

–Claro que no estás solo. Todos somos vascos. ¿O no, chicos? Y aquellas vacas que se ven a lo lejos y los caballos y las gaviotas que surcan estos cielos. Todos son vascos. O sea que no estás solo. Yo nací en Atarfe y ahora estoy aquí y haré todo lo que pueda por ser un buen vasco, y cuidaré el parque de Elorrieta, y la playa de Ondarreta y la estación del topo, y el campo de Atocha. Y cuando vuelva a Atarfe les contaré que os conocí a todos vosotros y que fuimos hermanos. Pero podrías hacer un esfuerzo por no estar siempre con la misma historia. Allí, donde has apuntado con tu

mano, vive mi madre y mi padre y hasta mi hermano y el cabo Canicas y mucha más gente que sólo quiere ser feliz.

»Además –insistía Eloy–, piensa en por qué nunca sonríes, por qué siempre parece que estés buscando a alguien a quien estropearle el día.

El niño reacio insiste y comienza a cantar el *Eusko Gudariak* y luego el *Anai Xanti* y luego *Sarri Sarri* y vuelve a empezar una y otra vez, obstinado, mientras yo les traduzco una a una las palabras de esas canciones vascas con las que algunos niños fuimos acunados. Las traducimos al unísono Asier, Egoitz, Arkaitz y yo.

Mientras, Pepe Luis, Elcacho, Eloy y Rafa escuchan atentamente. Al cabo de un momento nos detenemos y nos piden que sigamos, que les gustan, parecen un himno, abren la palma de la mano y nos agarramos unos con otros. También el niño reacio. Se hacía llamar Apache. Ya no. Hoy volverá a ser Garikoitz.

4. El regreso

Doy algunos pasos por Times Square. Esta plaza es como un gran bosque de césped sin árboles. Bueno, sí que hay un árbol. Es una especie de abedul solitario junto a un Starbucks en el que se apoyan en toda su circunferencia algunos músicos que cantan canciones de Billy Joel, Joan Baez o del último éxito del reggaetón caribeño. El árbol ya está casi amarillo, aunque conserva todas sus hojas, hasta que los días en que sube la marea del Hudson invitan al viento a esparcir las por los suelos.

Unas horas después, ya en Brooklyn, me parece ver a Michael Jordan en una calle cercana y no me extrañaría, porque nació aquí, en Brooklyn. Va dando golpes en las manos de todo con el que se cruza. El ayuntamiento ha colocado señales identificativas de Brooklyn en todas las grandes avenidas cuando se acercan al barrio más habitado de Nueva York: «Forget about it», es decir «Olvidadlo», «How sweet it is», «Cuán dulce es esto», o la que a mí más gusta, «Home to Everyone From Everywhere», «Hogar para cualquiera procedente de cualquier lugar», y me digo qué oportunas habrían estado esas señales en Inchaurreondo en 1983.

Cerca de donde vivo con Laia está el «borough», que es el centro neurálgico de la comunidad afroamericana, concretamente en Bedford Stuyvesant, lugar en el que ella y yo nos detenemos a ver bailar a los mejores del hip-hop. Si queréis ver a Mike Tyson, digo si queréis, no que tengáis la obligación de hacerlo, está siempre por las tardes en un café del *borough* y hasta podéis visitar la casa donde nació Al Capone, que siempre está llena de ruidosos turistas italianos. Yo prefiero ver la librería favorita de Paul Auster y la casa desde la que escribió *Brooklyn Follies*, mi pequeña biblia, o los lugares por los que creció Woody Allen, aunque ya no se pierde por Brooklyn, o la academia de canto donde empezó Barbara Streisand muy cerca de Prospect Park.

Entre la brisa que tira las hojas del abedul al suelo, se ven luces inverosímiles del concurrido tráfico, en las que, si estás atento, siempre y digo siempre, se escucha cómo se acerca una sirena. Creo que después de Inchaurreondo, esta plaza es el lugar del mundo donde más coches de bomberos, policías y ambulancias pasan con ese ruido infernal que desprenden y del que nunca me recuperaré del todo. Me ponen ciertamente nervioso y siempre tengo la costumbre de ver a qué dirección se dirigen por si enfilan hacia mi calle o a la de *ama*. Siento pánico por que les ocurra algo a Laia o a ella, a mi salvadora. Supongo que esto se lo debo a mi *aita*.

Hoy he recibido un e-mail de Buba. Buba. ¿Os acordáis? Sí, el del tirachinas que quería ser un pájaro para ver gratis los partidos de la Real. Es el único con el que he mantenido cierta relación desde que llegué aquí. Ha cambiado mucho aunque creo que sigue siendo el niño algo alocado pero tremendamente bueno que conocí. Y digo que creo porque no he vuelto a verlo. Sólo nos mandamos algún e-mail un par de veces al año y sé que se casó y que tiene dos niños con el pelo rizado como él. Lo que más pensativo me dejó sobre su vida es lo que me dijo en un e-mail de hace algunos años. Lo imprimí y lo tengo entre las hojas de un libro de Paul...De Paul Auster, claro.

From: buba.racinginchaurreondo@hotmail.com

To: anderarconadaAtocha@gmail.com

12th September 2004. 12.09 AM

Hola Ander. Por fin he conseguido tu dirección gracias a la hermana de tu *ama*. Hacía

tiempo que no iba por el barrio y el otro día estuve y, me costó reconocerla, pero sí, era tu tía. Me explicó que estás bien, que estudiaste... ahora no recuerdo. ¿Historia? ¿Puede ser? Y que tu *ama* también anda bien y vive con un señor americano que se llama como el tabaco, Winston. De ti me dijo que acabas de empezar a trabajar como profesor y que vives con una chica de Barcelona. Y que todos estáis bien. Hace más de veinte años que no nos vemos y ni tan siquiera pude despedirme de ti. Todo fue tan rápido y tan desagradable. Sobre todo para ti. Bueno, prefiero no hablar de eso que ya casi lo he olvidado. ¿Sabes? Soy ertzaintza. Sí. Supongo que te habrás sorprendido y lo último que pensabas es que me haría policía. Pero hace unos diez años ingresé en la policía vasca y después de estar en Bilbo unos años en asuntos de tráfico, he vuelto a Donosti y estoy en la Comisaría de Ondarreta llevando los asuntos de mujeres maltratadas. Me gusta ser policía de este país. Supongo que estarás pensando en por qué me decidí a ser policía, cuando yo apuntaba más bien a delincuente juvenil con mi tirachinas siempre en el bolsillo y apuntando a todo lo que se movía. Es muy sencillo. Supongo que tú, que tienes tanta memoria, no habrás olvidado el día que Canicas nos explicó cómo se disparan las pelotas de goma. Te parecerá una tontería pero si soy policía, se lo debo a Canicas. Aquel día me di cuenta de que yo quería disparar pelotas de goma y dejar el tirachinas guardado en un cajón. Aunque la verdad es que nunca he usado las escopetas esas que lanzan pelotas de goma. Más bien las he evitado. Pero nunca olvidé una de las tantas lecciones sobre la vida que nos dio el pobre Canicas.

Mi padre ya murió. Un día se lo encontró una de mis hermanas en el sofá de casa, como si estuviera dormido, y con una botella de vino al lado. La verdad es que ése fue uno de los grandes secretos de mi vida, el tratar de ocultaros que mi padre era un borracho y lo que es peor, que pegaba a mi *ama*. Creo que con sus gritos que se oían por la escalera ya sospechabais algo, pero no sé si lo sabíais. Por eso, ahora, me dedico a atender a las mujeres maltratadas.

Con Arkaitz me veo a veces. Él sigue viviendo en el barrio y cada jueves organiza un partido de fútbol sala de solteros contra casados y he jugado un par de veces. Trabaja en una empresa de ascensores y sigue soltero. Su hermano está en el ayuntamiento de Concejal de un partido nuevo que han creado ahora los de siempre y si lo vieras, parece el hombre más demócrata del mundo. ¡Qué cosas tiene la vida! Eso sí, continúa con sus enormes patillas y su coleta a pesar de que está casi calvo. Me parece que Arkaitz y él no se llevan muy bien.

De Asier sé poca cosa. Mi hermana me dijo que se fue a vivir a Madrid y creo que le van bien las cosas.

De los chicos de cuartel no se prácticamente nada. Sólo de Rafa. No sé si te acordarás de él. Era el que tenía aquel tic nervioso en el ojo y que tartamudeaba un poco y tenía los ojos muy verdes. Pues es guardia civil y hace un tiempo nos encontramos los dos de uniforme en una etapa de la Vuelta Ciclista que pasaba por Logroño y al vernos, nos reconocimos en seguida y nos dimos un abrazo. Luego el Diario de Logroño publicó la foto de los dos abrazándonos en portada y titulaba así: «Algo está cambiando». Como ves, la gente sigue sin enterarse de nada. Nosotros nunca participamos en esa guerra y siempre seremos hermanos.

¡Ah!, del que sí sé, más que nada porque salió en televisión, es del hermano de Eloy, de Sergio. Supongo que no habrás olvidado con qué desprecio nos miraba siempre aquel grandullón. Se hizo guardia civil y hace unos años estuvo implicado en el asesinato de un parlamentario vasco en un hotel de Madrid. Se veía venir, ¿no crees? Bueno, Ander, me gustaría que me contestaras y saber de ti. A veces pienso que fuimos un poco injustos contigo y como me decía Arkaitz el otro día, a pesar de tu pierna, eras el que pensaba más rápido de todos nosotros y te hemos echado siempre de menos. Te mando una foto de mis dos hijos y de mi mujer.

Oye, del fútbol ahí nada de nada, ¿no? Siempre me he preguntado por qué a los yanquis no les gusta. A veces pienso que es por llevar la contraria a los europeos. Les encanta llevar la contraria, ¿verdad?

Egunon! Bueno, con la diferencia horaria en Nueva York a lo mejor será *gabon!*
Agur.

Sí, éste fue el e-mail de Buba y creo que tendré que guardarlo en otro sitio junto con el que acabo de recibir.

From: buba.racinginchaurrondo@hotmail.com

To: anderarconadaAtocha@gmail.com

18th November 2012. 13.10 AM.

Egunon Ander. He recibido tu último e-mail y ya veo que tu *ama* anda un poco fastidiada. Son muchos años ya, pero seguro que se recuperará. La mía también estuvo este verano bastante mal, pero parece que va mejorando. Ya verás que todo sale bien. Si te tengo que ser sincero, me ha costado un poco decidirme a explicarte lo que te voy a decir, pero después de pensarlo mucho y hablarlo con Arkaitz, he llegado a la conclusión de que deberías saberlo. Bueno, ahí va.

Tu *aita* ya ha salido de la cárcel. Sí, el mes pasado lo pusieron en libertad un año antes de cumplir los treinta a los que fue condenado. Parece que no está muy bien de la cabeza, como se suele decir. Me han comentado que tiene Alzheimer y hay momentos que no recuerda absolutamente nada y ni tan siquiera sabe cómo se llama. Pero también tiene momentos de lucidez y algo debe recordar de su vida, porque el hermano de Arkaitz dice que han tenido que ingresarlo en una residencia para enfermos de Alzheimer, y de vez en cuando se escapa y lo han encontrado en la puerta de vuestra casa sentado como si esperara a alguien. El otro día recibimos una denuncia de la residencia porque había desaparecido y lo encontró una patrulla cerca de la playa de Ondarreta, que creo que es donde iba contigo. O sea que yo creo que aún se acuerda de cosas. Se ve que la residencia la paga la asociación de ex presos. Bueno, creo que debías saberlo y aunque te traiga muy malos recuerdos, saber que tu *aita* ya ha salido de la cárcel.

¡Un abrazo, xaico! Por cierto, si algún día vuelves por aquí, no se te ocurra llamarme Buba. Ahora soy Andoni, bueno siempre lo he sido, aunque... si no te oye nadie me encantaría que me llamaras Buba. *Agur.*

Lo he decidido. He de volver a Inchaurreondo.

Esta mañana, de camino al aeropuerto, la gente caminaba pausadamente, con gorros de lana y pesados abrigos. Laia me ha hecho prometerle que regreso con el único deseo de cerrar la última página de este libro que parece que nunca va a terminar. El avión se va alejando de Brooklyn y miro a través del cristal por el que veo enormes rascacielos y diminutos seres alejándose. Noto que un nudo en la garganta empieza a apoderarse de mí. Un sabor agrídulce me sube por el estómago, como si mis entrañas quisieran detener el regreso, como si el miedo hubiera aparecido de nuevo. Y el miedo consigue, como cuando era niño, que empiece a ver alucinaciones. Los dedos de las manos y de los pies se me agarrotan como si fuera una fiera y se aferran al asiento con fuerza mientras las turbulencias hacen vibrar el cristal de la ventana. El ruido de los motores es sobrio y penetrante como las sirenas. El sudor frío comienza a aparecer y pienso que todos podemos ser los objetivos de un ataque terrorista. El hombre que anda dos filas por delante de mí tiene aspecto inquieto y ha ido dos veces al lavabo.

Me vienen a la cabeza las escenas que he vivido en Inchaurreondo y en Nueva York, los fragmentos de las torres derrumbándose y la cara de Eloy ensangrentada y mirándome. Mi boca se ha secado casi por completo y, exhausto, apoyo la cabeza en el respaldo, mientras el avión continúa atravesando el cielo.

Regreso a mi casa casi treinta años después. Me pregunto si será una ciudad tranquila, si todavía se respirará la pólvora, si los pequeños dramas de una guerra seguirán viviendo entre sus paredes, o si acaso será una ciudad neutra, blanca, transparente como una urna. Con este viaje es como si saliera al mundo, como una aventura en una autopista que una vez conocí y que me llevará a Inchaurreondo a través de espacios desérticos como los de un tren sin pasajeros que un día estuvo lleno de vida. Observo los caminos que me llevan a casa bajo negras nubes que ensombrecen mi mirada y allá, a lo lejos, veo el mar, un mar frío como cuando me fui, con feroces olas que lo devoran todo y que se esparcen por la abrupta costa vasca. De pronto aparece el silencio en este mar embravecido que parece cansado de tanto rugir, y como si fuera una orquesta de espuma que marca el ritmo de mi vida, se asoma una luna perfecta que me ilumina por completo y me muestra, cuando baja la marea, la orilla del mundo.

5. *Aita*

Aún falta una hora hasta que puedan recibir visitas. Trato de mantener la calma. Lo veo a lo lejos, lo reconozco a pesar de los años. Es mi *aita*. Una de las cuidadoras trata de mantener una conversación con él. A su lado hay una mujer en una silla de ruedas con aspecto dormido. Un hombre sale con su familia de la residencia para pasar el fin de semana y su cara denota la catástrofe de la memoria y las pérdidas acumuladas sobre los muros de la nada. Trato de recordar aquel último día. Los últimos momentos que estuve con él.

Pero parece que mi mente haya instalado en mi memoria un muro como el de los enfermos de esta residencia, ya que no consigue ver nada más que su cara despavorida mirándome con la pistola en la mano. Recuerdo haberle querido preguntar algo así como: «*Aita*, ¿qué has hecho? ¡Eloy, Eloy, despierta, Eloy!». Y Eloy me miraba, incluso creo que llegó a decirme algo. Luego volví la mirada hacia *aita* y ya no estaba. Ni siquiera lo vi escapar corriendo. Creo que esa fue la última vez que lo vi. Hasta hoy.

Allá voy.

—¿Estás bien? —le pregunto sin más solemnidad, contemplando su envejecido rostro. Empiezo a observar cómo ataca esta enfermedad a los seres humanos. Me mira con toda tranquilidad, con la misma falta de entusiasmo que yo.

—Sí, Ander, estoy bien.

El sonido de su voz me inquieta, pero aún más que me hable como si acabáramos de vernos hace un par de días. Me intenta coger el brazo y me frota la mejilla como si no observara ningún cambio en mí, exactamente igual que cuando tenía doce años y me cogía en volandas para celebrar un gol de la Real. Estoy absolutamente colapsado. No sé cómo actuar. Insiste en hablarme.

—Qué suerte que estés mejor —murmura—. La Navidad y la Tamborrada ya se acercan, eh, Ander. Mira allí, están poniendo un belén y me han dicho estas señoritas que el Olentzero nos traerá un regalo. La última Navidad no fue muy divertida, ¿verdad?

—Lo sé —respondo—. Este año será mejor.

—Sí, sí, hay muchas Navidades por delante —susurra.

—Acércate, ven —me dice.

Me siento a su lado suavemente y me invade un inconfesable deseo de cogerle la mano, quiero estrecharlo entre mis brazos y luego tocarle el rostro y surcar entre sus arrugas y su barba rala y blanca. Pero trato de controlar la intensidad de mis emociones para no asustarme.

—Siento mucho que no hayas podido venir a verme en la habitación en la que estuve. Los de la prisión eran muy estrictos. Aquí se está mucho mejor y puedes venir todas las veces que quieras.

Se echa a reír de manera absurda y se retuerce en la silla tocándose las marcas de su cara.

—¿Te duele mucho? —me pregunta.

—¿El qué? —contesto.

—¿Pues qué va a ser? Tu pierna.

Me doy cuenta de que la memoria de mi *aita* va y viene como si fuera un péndulo, de pronto se acuerda de mi pierna, me saluda como si tal cosa o recuerda que había estado en una prisión, para luego volver a la más absoluta decrepitud.

—¿La pierna? No, está bien. Tú tienes buen aspecto, ¿eh?

No me contesta. Se toca los brazos como si tuviera frío y le entra una repentina

inquietud como si estuviera en un barco a la deriva y buscara un ancla. Lo veo y pienso que quizá haya recordado algo y de ahí su inquietud, quizá trate de recordar qué sucedió treinta años atrás. Se está escuchando a sí mismo y la sensación de estar a la deriva se intensifica. Creo que los dos estamos flotando a bastantes metros del mar. De pronto, dice:

–Yo elegí un camino sencillo. –Y vuelve a repetirlo ante mi silencio—. Yo elegí un camino sencillo –reitera.

–¿Y qué camino es ese? –le pregunto.

Sus palabras se vuelven cálidas como cuando me explicaba historias de nuestros antepasados en una ruta del monte Gorbea.

–Elegí lo sencillo, lo natural para mí. Lo que me resultara... –Se echa a reír de nuevo mientras sus recuerdos parecen imágenes vivas entrecortadas por el paso del tiempo.

Los minutos pasan y sus palabras se han ido a otra parte, a esa otra parte de la memoria donde no hay nada, sólo el vacío, como la mente de un recién nacido que no sabe qué hace en este mundo sino vivir una doble vida. Una mitad era la del ahora y la otra, agitadamente irreal.

Está cansado y las enfermeras se lo llevan al interior de la residencia. Trato de decirle que mañana vendré a verlo porque creo que ahora no sabe quién soy. De todas maneras se lo digo.

– *Aita*, mañana vendré a verte y si te apetece, daremos un paseo.

Acaba de desayunar y su aspecto es irritado e inquieto. Lo observo sentado en tensión en una mecedora y de pronto ponerse de pie impaciente y mirar por la cristalera que da a la calle. Quizá estaba buscándome y pensaba en la breve conversación de ayer.

Ese día y el siguiente me senté a su lado y pude comprobar que tal y como me dijo el médico, su enfermedad está muy avanzada. Creo que *aita* siempre supo dónde está el bien y el mal, confundiendo únicamente los sujetos y erigiéndose en un salvador más de su patria, con el convencimiento absoluto de hacer lo que debía hacer. Ahora en su vida ya no hay ideología ni teologías que lo compliquen todo como en el pasado. Ahora sólo existe la soledad de un hombre con la memoria perezosa y quizá podamos en algún momento enfrentarnos cara a cara con la verdad. El vaivén infantil de la mecedora lo traslada a su cuna de niño, envuelto en una manta mientras Mari Lamiak lo observa con viejas fotos entre sus dedos.

–¿Cuánto tiempo me falta? –me preguntó.

–¿Cuánto tiempo te falta para qué? –le dije.

–Lo sabes perfectamente. Para irme por completo, para desaparecer.

– *Aita*, eso no lo sabe nadie. Ni siquiera yo se cuánto voy a vivir. Ni siquiera los niños lo saben.

–Sí, pero te diré una cosa. No quiero que me entierren al lado de mi *ama*. Ya lo sabes. A mí me pones solo.

–*Aita*, no creo que la abuela tampoco desee que tú estés cerca de ella. Pero eso ahora no te debe preocupar.

Aita cerraba y abría los ojos. Se dormía o de súbito despertaba con cualquier cuestión que le pasaba por la cabeza. Pero la intención del primer día de explicarme el porqué de toda su vida no volvió a aparecer. No hizo el menor intento por darme una explicación, una excusa, algo a lo que aferrarme para pensar que este viaje había merecido la pena.

Tendré que hacer lo que tenía pensado como último recurso ante mi incapacidad por retomar las conversaciones. No puedo volver sin cerrar esta página de mi vida.

A las seis de la mañana salí del hotel y me puse a pasear. Habría deseado acercarme al puesto de churros del Boulevard, pero ya no existe. Ya no quedan muchos recuerdos en pie. Ni el viejo Atocha, ni el parque de Andonegui, que se ha convertido en un *parking*, ya ni siquiera existe el aura maléfica de esta ciudad que parece que se haya evaporado por arte de magia. No se observan pintadas en las paredes ni restos de contenedores quemados y los cristales de los bancos están incólumes como si hubiera pasado un vendaval que hubiera transportado los malos espíritus a otro planeta. Todavía no he pasado por el edificio donde viví, si es que aún existe, mientras que el cuartel continúa con su misma robustez, sin grandes cambios. Se respira cierta paz en Donosti bajo una capa artificial. Las tropas de Reinhard Heydrich no se ven por ninguna parte y sin embargo, en esta tierra no ha habido ningún proceso de Nuremberg en el que sentar las bases para que el mundo sepa lo que pasó aquí. Y que alguien pida perdón por haber alimentado a la serpiente, por darle de comer día tras día, incesantemente, engordándola opíparamente para que explotara y se llevara por delante todo cuanto encontrara. Y que me quitaran a mi *aita* y a Eloy. Deben explicar por qué lo hicieron. También deben disculparse los Sergios de la vida que como queriendo ser los salvadores de quienes no querían ser salvados por ellos, quisieron devolver sus ausencias y sus muertos con más ausencias y muertos.

Hay un silencio sepulcral y parece que duradero. Los que antes encabezaban las manifestaciones y justificaban los asesinatos ya no están. El tiempo también ha pasado para ellos. Y el que ordenó matar al teniente Navarro o lanzar granadas al cuartel, ahora se ha convertido en un acérrimo seguidor de Cristo. Iñaki Boluda estuvo en prisión y como un día se dio cuenta de que la única manera de ser libre de nuevo era repudiar a la organización, así lo hizo, en voz baja, y las autoridades de traje negro que iban a los entierros y luego huían de prisa le pusieron un jardín y un perrito además de un ordenador para que el tiempo le pasara más deprisa. Y el párroco de San Sebastián tampoco está. También él tiene que dar explicaciones. ¿Por qué te negaste a enterrar a Eloy? ¿Por qué le negaste tu casa a un niño que sólo quería ser feliz?

Aita está sentado con las rodillas algo recogidas y la barbilla hundida en su suéter, mirando fijamente los paisajes que devora el coche. Desprende un olor a colonia infantil que me recuerda los aromas del pasado. Es una colonia floral pero rancia. Mientras voy conduciendo hacia nuestro destino, me invade de nuevo el impulso de sentir pena por él; observarlo a través del retrovisor me produce un sentimiento nuevo de compadecerme de un viejo arrugado y desmemoriado. Me sorprende y hasta me desasosiega ver que los años diluyen lentamente determinadas señales. De vez en cuando emite algún sonido mientras el coche sigue avanzando y todavía no me ha preguntado hacia dónde vamos. Su silencio y el desconocimiento de esta enfermedad me hacen dudar sobre lo que estará pensando, qué existe en la mente de un hombre con su pasado que se encuentra enfermo. Qué recuerda y qué no. ¿El paso del tiempo hace que un asesino recapacite sobre sus actos? ¿Lo volvería a hacer? ¿Es ese el sentido que le querías dar a tu vida?

El hombre que no conoció a su padre y soportó los comentarios de toda una vida sobre la vieja y loca Mari Lamiak había convertido su existencia en un acto triste mezclado de sueño e impotencia. Se imaginó que llevaría a cabo acciones heroicas para darle un sentido a su vida y ahora se escondía entre las arrugas del fracaso, se veía empuñando una pistola y disparando sobre Eloy y su padre y luego huyendo para dejar su vida allí; ahora hunde sus dedos entre su poco pelo, se golpea con los nudillos en la frente, luego ve su boda y como casi le tuvieron que arrastrar para casarse, la inauguración de la tienda, su detención y la soledad durante treinta años. Cuanto más lejanos eran sus recuerdos, con más intensidad su mente los acariciaba, los retenía, los adornaba, en un banal intento por cambiar toda una vida.

Finalmente se durmió. Cuando despertó, tenía la impresión de haber dormido durante

muchas horas. Sin abrir los ojos, sumido en una amarga apatía, permaneció largo tiempo sin moverse.

Con la llegada del invierno, Atarfe dejaba, por unos meses, de ser el típico pueblo andaluz en el que reinaba el calor y el sofoco para estar invadido, como si le llegara el viento de los montes de Sierra Nevada, por un gélido ambiente que te penetraba en las heridas y en los huesos, dotándolo de un aspecto norteño y desapacible.

Veo sus enrevesadas calles que serpentean sobre un asfalto de piedras sin fisuras y sus casas uniformemente alineadas, todas de un color blanco absoluto que, con el frío y la fina lluvia, parecen reflejar los charcos entre sus paredes. Creo que el día de hoy, lluvioso y gris, no le gustaría nada a Eloy y si no fuera porque ya tengo una edad, le diría a mi amigo que me engañó. Sí, Eloy, un día me dijiste que en Atarfe nunca llovía y siempre hacía sol. Y sabes que yo me creía todo lo que me decías.

Es la única fórmula que he encontrado para que mi regreso tenga sentido, más allá de volver a ver a mi *aita*. Más allá de que *aita* no esté en disposición de tener conmigo esa conversación tan anhelada durante todos estos años. Siempre soñé con que él me pediría perdón a mí y a Eloy al menos, pero no es posible. Era lo único que necesitaba para olvidar, pero veo que va a ser muy difícil. He decidido traerlo hasta aquí para que me acompañe a pedir perdón y a despedirme definitivamente de Eloy, será la única manera de evitar que lo que pasó en mi tierra vuelva a ocurrir. El perdón de los hijos de los asesinos es el único perdón que puede servir para curar las heridas de una guerra. El de los que mataron está impregnado o bien de intereses o bien ha llegado demasiado tarde. Y yo quiero pedir perdón en nombre de mi padre y de mis vecinos que poco a poco también mataron a Eloy, así como también le quiero decir a este pueblo granadino que una vez, en un lugar llamado Inchaurreondo, catorce niños se unieron detrás de una pelota y formaron un solo equipo y pasearon, se enamoraron juntos, escucharon historias milenarias y vieron desaparecer a amigos humanos y perrunos y se levantaron de los escombros de una bomba que les abrió los ojos y que sirvió para que supieran que todas las vidas valen lo mismo. Y sobre todo para que todos los niños supiéramos que nuestros padres nos engañaban. Por eso, nosotros, los hijos de los que mataron y odiaron y vilipendiaron y se escondieron, nosotros, hemos de pedir perdón. Y entonces sí que reinará la paz.

Mi *aita* iba delante como si ya supiera el camino, apartando con una estaca las ramas de los hierbajos del campo que dificultaban nuestro avance hacia el cementerio. Lo miraba de reojo y deduzco que su cara adoptaba la expresión de sentirse ciertamente miserable, de darse asco a sí mismo, mientras sus repentinas risotadas ásperas denotaban el amargo sabor de una mente torturada.

El cementerio es exactamente como siempre lo imaginé. Pequeño, rodeado de naturaleza, como si fuera un bosque perdido entre la relajación y el sosiego del silencio, interrumpido tan sólo por el crepitar de las hojas de los árboles que contribuyen a darle un aspecto bucólico y ancestral. Supongo que aquí también estará enterrado su abuelo, del que tantas veces me habló, y su padre quizá esté junto a él, en la misma tumba compartiendo, ahora sí, su muerte, porque la muerte también se comparte, no sólo la vida. De hecho lo he pensado mejor y ya no quiero que el día que me muera lancen mis cenizas al río Hudson. No, esperaré a Laia y quiero compartir la muerte con ella, estar juntos en una caja de madera por si acaso es verdad lo que decía la abuela Mari Lamiak y un día volveremos a la vida. La abuela me dijo una vez que un duende le había asegurado que cuando llega la muerte, es preciso estar preparado porque Eguzki, el Dios de todos los Dioses, te da la oportunidad de volver a vivir siempre y cuando no vuelvas a cometer los mismos errores que cometiste durante

tu vida. Es la única condición que pone Eguzki. Y yo, por si acaso eso llega, quiero estar al lado de Laia.

Aita está sentado junto al nicho de Eloy y su padre, escarbando la tierra con una rama. Le explico quién es Eloy y su padre y qué hacemos allí. Me mira a intervalos como si fuera un niño al que le están explicando el sentido de la vida y su memoria por momentos recordara todo cuanto pasó. Calla, pero parece que está pensando y sus muecas transmiten cierto dolor ante mis palabras.

– *Aita*, ¿tú recuerdas qué pasó? –insisto.

–Sí. No. No lo sé –dice.

–Pero, ¿tú no volverías a hacerlo, verdad? ¿Crees que ha merecido la pena?

El dolor permanece ahí, resguardado en alguna fibra de su sensibilidad, pero es un dolor resignado, absorto.

–Sólo sé que cada vez que pisaba el acelerador de mi vida, me sentía bien, necesitaba sentirme que formaba parte de mi pueblo y para ello me sentí empujado a hacer algo más. Me atormentaba el recuerdo de Mari Lamiak y lo que hablaban de ella y la ausencia de un *aita* que me protegiera, ya lo sabes.

Cuando unas horas antes mi *aita* iba en el coche, no imaginaba que fuera capaz de decir lo que acaba de explicarme. A pesar de conocer la historia de su vida y qué fue lo que le empujó a él y a tantos otros a sentirse con la necesidad de empuñar un arma, lo que sin duda fue un elemento sin el cual eso nunca habría sucedido, es que después de matar eran vitoreados y sus fotos colgadas en las tabernas, y para algunas familias tener un hijo que mataba guardias civiles era lo máximo a lo que podían aspirar. Era el sueño de toda una vida para algunos padres que habían sufrido o no la represión de las tropas de Mola, era un síntoma de orgullo para toda la escalera. Si eso no hubiera sucedido, no habría habido cerca de mil muertos y cerca de mil héroes con calle y monumento en su pueblo por haber matado. Como siempre me ha dicho Laia, por eso precisamente, en la tierra de su padre, en Cataluña, eso nunca ha pasado ni pasará. Porque sus ciudadanos no lo permitieron ni lo permitirán. Porque ellos, los catalanes, no tuvieron al profeta que hablaba los domingos para los vascos y se movilizaba cuando mataban a uno de los suyos y callaba cuando no lo era. Los catalanes tuvieron a un hombre íntegro. Y con eso está todo dicho. Un hombre que era como todo su pueblo y al que un día le tendrán que dedicar una plaza o un monumento. Y a ser posible antes de que se muera. ¡Ah!, y que paguen el monumento los hombres que vestidos de negro asistían a los entierros y se iban rápidamente.

Observo cómo todos los nichos están abarrotados de flores y recuerdo que no hace mucho fue el día de todos los santos, así que en este pueblo los vivos todavía recuerdan a los muertos. El nicho de Eloy tiene un ramo solitario de margaritas ya casi marchitas por el frío que de pronto ha asolado Atarfe. *Aita* toca las margaritas, las coloca metódicamente en el centro geométrico de la tumba y repasa con sus dedos las letras grabadas sobre el mármol gris. Miro fijamente a Eloy mientras el cielo se está convirtiendo en un amasijo de nubes negras que algún rayo ilumina. Recuerdo la consulta del doctor Elósegui y la tarde que lo conocí y su semblante serio y triste. Me despido de él y le pido perdón por haber participado en la ruleta de su vida, en la montaña rusa que supuso el capricho del destino que le ha llevado hasta aquí. Allí, al lado de las margaritas blancas, le dejo los guantes de Arconada que me regaló el viejo Canicas y le digo:

–Eloy, amigo, gracias por salvarme. Quizá no lo supieras, pero me salvaste. Yo no sabía quién era el enemigo del que tanto hablaban en Inchaurrondo. Como no lo sabía Buba o Arkaitz. No sabía dónde estaba la mentira y la verdad y por eso nos ensañamos con el balón de cuero como si fuera nuestra luna. No sabíamos nada de lo que pasaba, sólo intuíamos que algo no funcionaba. Y cuando estábamos a punto de caer en la trampa de la escalera, apareciste tú. Pero luego he sabido que nada es gratuito en esta

vida. Tuviste que dejarnos para que muchos comprendieran el valor de una vida. Adiós, amigo. Ah, y no te preocupes si los guantes se los lleva el viento o algún niño de tu pueblo. De todas maneras estarán siempre en tu Atarfe. Que es donde deben estar. *Agur*. ¿Te acuerdas de lo que quiere decir *agur*? Sí. Hasta pronto, Eloy. Hasta pronto.

No quería irme de Atarfe sin saber si todavía vivía Soledad, la madre de Eloy, o Blas, su amigo del que tanto me habló. Atarfe no es muy grande y como en todos los pueblos, se conocía todo el mundo. Hace frío y *aita* y yo nos refugiamos en un bar llamado El Caudillo, cuyo nombre me hizo reflexionar e incluso volví a salir a mirar el rótulo por si he leído mal y ponía bar El Codillo. No, es el bar El Caudillo, sin duda. Las miradas de los escasos habitantes del bar nos delataban como nuevos en el pueblo aunque eran tan desconfiados como directos y el camarero nos espetó:

–¿Qué van a tomar? Ustedes no son de aquí, ¿verdad?

–Pues vamos a tomar dos cafés con leche bien calentitos y ¿tienen churros?

–Sí señor, los mejores churros de Atarfe. ¿Les pongo una docena?

–Eso mismo.

–Pero a lo que iba, ustedes no son de aquí, ¿me equivoco?

–No, no se equivoca. Estamos de paso y ya nos vamos. Pero ya que me lo pregunta, ¿sabe usted si vive y dónde la señora Soledad López?

–¿Soledad López? –preguntó el camarero mientras el café desprendía su olor torrefacto y los churros hervían en la aceitera.

–Sí –confirmé.

–Soledad, Soledad... ¿No será Soledad, la nuera del jinete loco?

–¿Del jinete loco? ¿Nuera?

–Sí, bueno, de Melquíades Navarro.

–Pues creo que sí. Sí, debe ser ella. ¿Aún vive? Es que hace mucho tiempo que no la vemos y como estamos de paso, nos gustaría saludarla

–Sí vive, sí. No sé hasta cuándo porque hace mucho que no la veo. Pero esa mujer, desde que pasó lo de su marido y su hijo Eloy, está como muerta en vida. Volvió al pueblo, enterró a los dos, y luego, al cabo de los años, su otro hijo dicen que mató a un hijo de puta vasco de esos. En vez de meter en la cárcel a Sergio tenían que haberle hecho un monumento en todas las plazas de España. Y desde Madrid mandar una bomba atómica de esas y borrar del mapa a todos los vascos. Pero ya lo ven. Este país está gobernado por un atajo de cabrones que no tienen huevos.

–Ya. ¿Y sabe dónde vive?

–Soledad tiene que vivir en su casa de siempre. Creo que es la calle de la Esperanza, justo en la esquina del campo de fútbol. Ustedes cogen esta misma calle hacia abajo y cuando lleguen a la piscina municipal, giran a la izquierda. Esa es la calle de la Esperanza. Y allí es la primera casa que se encontrarán.

Terminamos el café mientras le limpio a *aita* unas gotas del aceite de los churros que le habían caído sobre la solapa del abrigo, y vi cómo me observaba el camarero, que se había quedado pensando en nuestro interés en ver a Soledad y en la actitud callada y la mirada ida de *aita*. «Éste es un pueblo donde deben de ocurrir pocas cosas y donde el tiempo transcurre lentamente», pensé.

Al salir del bar El Caudillo seguimos las indicaciones del camarero errante, del camarero que hay en tantos bares de España, y *aita* me preguntó:

–¿Adónde vamos, Ander?

–Ya nos vamos, *aita*. Pero antes vamos a ver a Soledad, la madre de Eloy. Sé lo muy unidos que estaban y lo mal que lo pasó su madre en nuestra tierra. Debemos ir a verla.

Aita, a ratos, seguía sin entender qué hacíamos allí, quiénes eran Eloy y Soledad y nuestra visita a un cementerio y ahora a una casa de aquel pueblo. Y digo a ratos porque había momentos, como ocurrió en el cementerio, que su memoria volvía a tomar posesión de sus pertenencias y creo que recordaba con nitidez el pasado. Creo que se aferraba a su enfermedad para poder olvidar y no vivir más tiempo torturado.

Al llegar a la casa dudé. Pensé en si habría alguien más. Me pregunté si me recordaría y cuál sería su actitud. Quizá era un error visitarla. Quizá estaba tan torturada como *aita*. Teníamos que entrar. Una vez más, la imagen de Laia diciéndome que cerrara definitivamente las páginas de este libro me ayudaron a llamar a la puerta. *Aita* estaba detrás de mí como un niño pequeño que busca protección, como si intuyera que iba a sufrir un castigo. Al rato abrió la puerta una mujer de unos treinta años con el pelo recogido en un moño y un delantal y nos preguntó:

–Buenos días. ¿Qué desean?

–Hola. Mire, ¿vive aquí Soledad?

–¿Soledad? Sí. Aquí vive. Bueno eso de que vive es un decir. Ésta es su casa y ella está aquí. Aunque no se hasta cuándo. ¿Y ustedes quiénes son?

–Verá. Yo soy un gran amigo de Eloy, el hijo de Doña Soledad. Nos conocimos hace muchos años y siempre quise venir algún día hasta su pueblo y conocerlo. Y da la casualidad que he tenido que hacer un viaje por otros asuntos y me dije que quizá sería un buen momento para venir a saludarla. Él es mi padre.

–¿Un gran amigo de Eloy? Pobre Eloy. Yo no lo recuerdo, salvo por las fotos que inundan esta casa. Lo que ocurre es que Soledad no está bien. Se pasa el día sentada en su mecedora y casi no habla. Hay que hacerle la comida, limpiar la casa, darle la medicación. Todo. Absolutamente todo. No tiene familia porque su otro hijo, Sergio, tampoco está por aquí. Y yo vengo todos los días a limpiarla, darle las pastillas y ventilar un poco la casa. Pero creo que no va a durar mucho, está muy mayor y lo único que desea es morir. No creo que les reconozca. A mí hay días que me pregunta quién soy. Incluso en alguna ocasión me ha preguntado por Eloy. Ya ve usted. A veces cree que Eloy va a venir a verla. Pero si quieren intentarlo, pasen.

Parecía que *Aita* se resistía a entrar y tuve que cogerlo del brazo y ayudarle a cruzar la puerta mientras notaba que sus músculos estaban tensos. Entramos.

–Pasen, vengan, ella está sentada en el comedor. Aquí se pasa el día.

Estaba sentada en el comedor, al fondo, en una esquina cerca de la ventana, balanceándose suavemente en la mecedora. Su pelo recogido y su vestido negro le daban un aspecto de tristeza infinita. Sus ojos eran dos agujeros vacíos en una cara moldeada por el llanto, emitiendo constantes quejidos apenas audibles. Era el aspecto de una persona que no quiere vivir. Era el aspecto de una mujer que se ha cansado de suplicarle a Dios que se la lleve de una vez. Pero Dios, impertérrito, la quiere hacer sufrir agotando sus días como el que exprime una fruta. Hasta la última gota de sus lágrimas tendrá que derramar.

–Doña Soledad –dijo la mujer–. Mire, aquí hay dos señores que quieren saludarla. Dicen que eran amigos de Eloy. ¿Se acuerda usted? Han venido hasta aquí sólo para verla.

Soledad levantó la mirada. Por un momento el vacío de sus ojos se transformó en una pupila nítida, escrutadora y su aspecto desvencijado se convirtió efímeramente en aquella mujer que desde la ventana de su piso del cuartel de Inchaurrondo miraba cómo Eloy jugaba a fútbol en el patio, recordando la escena con una sonrisa. Parecía que también me recordaba a mí y veía cómo su hijo corría a abrazarme después de haber marcado un gol.

Se oyó un sonido muy leve que salió de sus labios. Quizá sólo lo escuché yo.

–Ander, hijo. ¿Has visto a Eloy? Dile que venga. Que estoy preocupada. No son horas para estar por ahí.

Me acerqué a ella lentamente y la miré a los ojos. Sus ojos tenían vida. Me sostuvieron la mirada y me imploró que buscara a Eloy. Yo la abracé y le dije que pronto vendría Eloy. Que no se preocupara, que pronto se encontrarían, a la vez que acariciaba sus mejillas enjutas con mis manos.

Observé a *aita* y estaba a unos metros de mí, preguntándose qué hacía ahí. Estaba más inquieto y pensé que su estado y el de Soledad no eran muy diferentes. Los dos recordaban a contrapelo momentos de su vida que desearían olvidar.

Al levantarme vi una cómoda antigua de madera oscura al lado de Soledad. Encima estaban las fotos de toda una vida, esas fotos que Soledad no cesaba de mirar en un intento por convertirlas en una máquina del tiempo que le permitieran poder volver atrás. Vi al teniente Navarro con su uniforme de la Guardia Civil y al lado la foto de Eloy tal y como lo conocí. Con su abrigo de color azul gastado y la cremallera subida hasta arriba y con una sonrisa que siempre fue triste. No podía olvidar tampoco a Sergio. Su foto era de cuando era pequeño y deduzco que doña Soledad lo prefería recordar de niño, cuando aún no había sacado toda su maldad. Mi *aita* se acercó torpemente a observar las fotos.

—Se pasa las horas mirándolas y me pide que se las acerque todos los días —interrumpió la mujer.

—Ya, son sus recuerdos. Son muy bonitas. En esta foto de Eloy creo que yo estaba muy cerca de él. ¿Y esta foto tan antigua? ¿Quién es?

—¿Esa foto? —dijo la mujer.

Era una foto en blanco y negro en la que el paso del tiempo comenzaba a hacer estragos. Estaba perdiendo el escaso color pero se podía apreciar a un soldado con su boina ladeada, sonriendo y con un enorme crucifijo sobre el pecho, resaltando unos ojos inmensamente azules que parecía que me miraban.

—Ese es Don Melquíades Navarro.

Aita se acercó y como yo, nos quedamos mirando la foto. Fueron unos minutos en que nuestras miradas no se apartaron de la fotografía del soldado de los ojos inmensamente azules. La eternidad parecía que se había apoderado de nosotros y como si un duende enviado por Mari Lamiak apareciese, nos giramos y la mirada de *aita* se convirtió en humana otra vez. Ante los dos pasaron las imágenes y los recuerdos de la vieja caja llena de fotografías que teníamos en casa. Aquella caja en la que *aita*, de pequeño, guardaba sus sueños de guerrero atravesando el monte Gorbea, mientras su tan anhelado como ausente *aita* lo observaba envuelto en una capa inmisericorde en la que sólo se distinguían sus ojos inmensamente azules.

El silencio se apodera de nosotros en el viaje de vuelta.

Es la primera vez que veo llorar a mi *aita* y al observarlo me siento ridículamente reconfortado, como si yo tuviera alguna culpa en todo lo que ha pasado en nuestras vidas. Quizá sea un sentimiento deshonesto por mi parte, porque todos tenemos responsabilidad. Pero también siento náuseas y lástima por él. ¿Cómo puedo sentir dos cosas tan diferentes a la vez? No lo sé, aunque entiendo la pena adobada de ira de su rostro. La ira de alguien que en la última fase de su vida descubre el gran secreto que le negó la abuela Mari Lamiak. Me da lástima verlo tan delgado, casi sin cabello y con profundos surcos en su piel que denotan la tragedia de su vida. Lástima por un hombre que habiendo podido ser un buen padre, se dejó engañar como tantos otros, que pudiendo haberse liberado de su culpa, trató de justificar la barbarie y la muerte con una odisea de soledad y aislamiento. La cólera y la pena, esa intrigante mezcla manejada contra el mundo, contra la luna y el sol del universo que contemplan aterrados cómo en el planeta Tierra los hombres nos matamos a nosotros mismos.

6. Corre, niño, corre, ¿pero a qué esperas?

Hoy hace una semana que regresé a Brooklyn. El retorno a Inchaurreondo me ha servido de mucho. Entre otras cosas para darme cuenta de que aquí está mi casa y que Inchaurreondo supone una fase muerta de mi vida. Como si mi vida hubiera empezado a los trece años, casi catorce, en este barrio de Nueva York. Como si lo que ocurrió antes fuera el recuerdo de una película o una novela que anda perdida en cualquier rincón de mi casa, un recuerdo que ya no me atenaza.

También me ha servido para darme cuenta de que las patrias no existen. Mi patria es mi *ama* y Laia y Eloy y Arkaitz y Buba y Pepe Luis y Rafa y Asier y Egoiz y Ane y Elcacho y Canicas. Y también es mi patria el *borough* de Brooklyn y el negro de la esquina o el rabino de la sinagoga de enfrente. Y el árabe con su turbante o el indio de Delaware con sus plumas. Mi patria es el universo. Y también es mi patria mi *aita* y el teniente Navarro y Melquíades Navarro y Mari Lamiak y Sergio e Iñaki Boluda. Todos son mi patria. Las personas son mi patria.

Intuía que pronto me llegaría un correo de Buba. Sabía que cualquier tarde de este invierno que está dejando blancas las calles de Brooklyn, recibiría noticias de Inchaurreondo.

From: buba.racinginchaurreondo@hotmail.com

To: anderarconadaAtocha@gmail.com

03 January 2013. 18.12 AM

Querido Ander. *Egunon.*

Lamento tenerte que escribir estas letras. Ayer recibimos en la comisaría una llamada de la residencia donde está tu *aita*. El destino quiso que, una vez más, me tocara a mí ir a ver lo que había ocurrido. Es tu *aita*. Ya no está. Cuando llegué me llevaron a su habitación y me mostraron lo que habían encontrado las cuidadoras. Tu *aita* estaba sentado en una mecedora con los pantalones del pijama, el torso desnudo y un gran charco de sangre en el suelo. Lo siento mucho, de verdad. Pero lo que te tengo que decir es lo que ocurrió. Se cortó las venas. Dice el forense que no sufrió demasiado porque parece que fue todo muy suave, perdiendo sangre poco a poco hasta que se desmayó. Además dicen que es una muerte dulce. ¿No lo has oído tú también alguna vez? Una vez llegó el juez y se levantó el cadáver, vimos que en la mesita de noche había una carta para ti. Luego se lo llevaron al Instituto Anatómico Forense y lo entierran mañana en el cementerio de Polloe, en el mismo nicho que tu abuela. Así lo ha dejado escrito él. Bueno, amigo, te mando la carta de tu *aita* y si necesitas algo, dímelo. *Agur, xaico.* Buba.

Querido Ander.

Si has recibido esta carta es que todo ha ido bien. Y digo bien porque lo que voy a hacer es lo que debo hacer. Quizá por primera vez en mi vida haga lo que debo. Y no creas que estoy triste o nervioso. Todo lo contrario. Cuando te has pasado toda una vida siendo otro y de pronto descubres que nada de lo que has hecho ha tenido sentido, es mejor acabar con todo. Ya no tengo tiempo de ser el que realmente soy. Gracias por el viaje, Ander, gracias por venir a verme y sobre todo gracias por ser mi

hijo. Y aunque lo descubras ahora, quiero decirte lo maravillosa que fue aquella parada que hiciste en el parque de Andonegui. Es por ti que voy a hacer lo que voy a hacer. Lo daría todo por cambiar esta vida que he vivido y que te he hecho vivir a ti y a los demás. Pero es imposible y he de terminar cuanto antes. Te repito que nunca antes he sido más feliz. ¿Lo entiendes?

Cierro el ordenador mientras una sirena suena con fuerza a su paso por Brooklyn y supongo que mi *aita* se ha dado cuenta de todo y como si fuese el náufrago metódico que contase las olas que le faltan para morir, y las contase, y las volviese a contar, para evitar errores, hasta la última, hasta aquella que tiene la estatura de un niño y le besa y le cubre la frente, así ha vivido mi *aita*, con una vaga prudencia de caballo de cartón en el baño, sabiendo que jamás se ha equivocado en nada, sino en las cosas que él más quería.

Corre, niño, corre, ¿pero a qué esperas?

Agradecimientos

La vida no es una causa perdida, es un acto de fe, un profundo acto de fe y de amor a los demás. Aunque te hagan daño.

Siempre he pensado que la vida es una gran novela de amor, de tristeza, de llanto, de alegría, de ausencias y de llegadas y, por eso, como si la vida fuera esa gran novela que anhelo, es por lo que quisiera decirle a tanta gente que quiero cuánto y por qué les adoro. Como a Marc, que consigue que el amor que siento por él sea tan imposible, tan y tan imposible que nunca querré dejar de mirarle porque así pensaré que será tan eterno como el de Mercé. Si no os tuviera, debería buscaros aunque fuera en una novela. Como a mi madre, que se desvanece en la semiinconsciencia de la eternidad o el vago pero constante recuerdo de la ausencia, ya tan larga, de mi padre. O mi hermana Emilia a la que tanto admiro por luchar sin desfallecer contra los infortunios de los ladrones de vida. O mi amigo del alma Jordi Bordas que creyó más en *Inchaurrondo Blues* que yo mismo y que insistió tanto y tanto para que siguiera, y puedo decir sin exagerar que esta historia también es suya. Y Eduardo Martín de Pozuelo, más que mi maestro, mi amigo.

Gracias también a Josep María Sanchón por compartir tantos sueños conmigo mezclados en agradables tertulias en el Restaurante L'Aguir de Barcelona, y a Tony Hill y Marta Cardoner por darme una clase magistral de cómo darle forma a este libro desde el rincón de cualquier café de Barcelona o como Marta desde la penumbra de los correos electrónicos.

Y no es por deber, sino por ayudar a que el sol se mueva y aleje la oscuridad que a veces nos invade, que también quiero agradecer a Agustín Castro, J.J. Lacasta, Santiago Lubián y Pedro Esteban, por ser como son, ni más ni menos. O mis incólumes amigos hasta que la muerte nos separe, Pepín C., M. Trueba, Chuchi, Pedro P., Alberto M., Carmen M., Carlitos, J. A. Vázquez, Raquel A., Oscar y Mari Carmen. Nunca, nunca, fui tan feliz como cuando compartí con vosotros maravillosos descubrimientos de la vida y el bello trabajo de ser policía.

Como tampoco es por deber decirle a mi amigo Albert Gimeno y a su increíble mamá Teresa (cómo echo de menos sus bizcochos), que una palabra tuya me basta. Como también me basta recordar los partidos de fútbol en el parque de la Ciutadella de Barcelona con mi amigo Eladio Jareño cuando ambos éramos unos niños y el placer de la despreocupación imperaba en nuestras vidas.

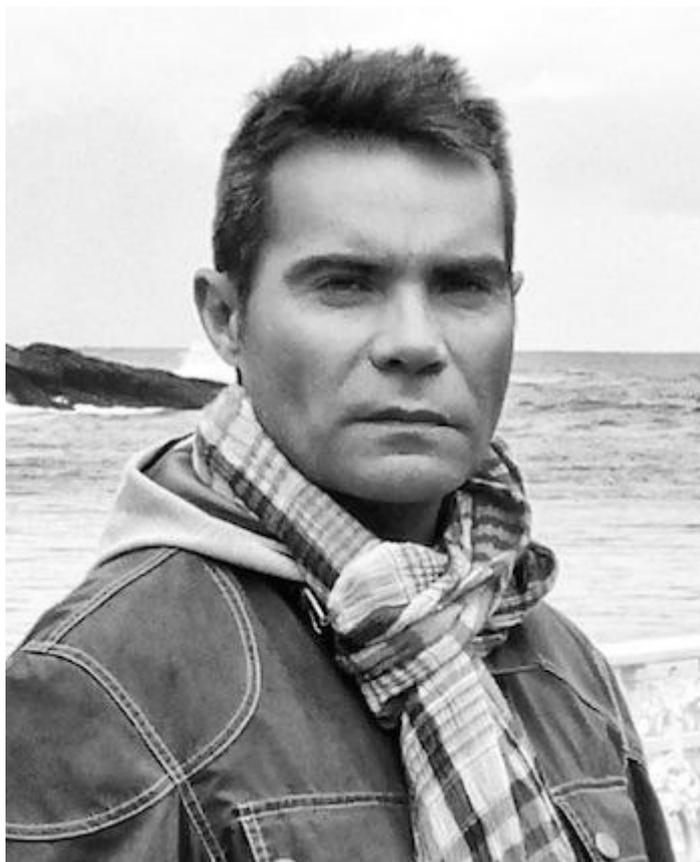
A Maribel, porque aún recuerdo sus lagrimas de amistad cuando tuve que hacer la mochila, como recuerdo el enrojecimiento de los ojos de Marivi o de Mamen o Mary y de Josep, Héctor y José. Y a Sergio, Ylenia, Miguel, Jaime, Eligio y Romero. ¡Qué íntegros sois todos! Y a Gregorio Castillo, que es mi tronco de mil penurias. Como lo son ahora José María, Miguel, Graciela, Juan de Dios y Manuel.

También, porque es de justicia agradecer a aquellos que hicieron lo que hicieron a cambio de nada y más en este mundo perverso en el que se miden tanto y tanto las palabras, no quiero olvidar a Alfredo Pérez Rubalcaba y a Joan Rangel por su amistad y por el trocito de eternidad que me dieron.

A Elena Rodríguez, editora magnífica y con una paciencia inaudita ante la inquietud que me produce ver *Inchaurrondo Blues* en las librerías. Gracias.

Finalmente también quiero darle las gracias a Joan Eloi Roca por, una vez más, confiar en mí y quizás, quién sabe si pudiéramos, completar un trozo de luz ante tanto odio.

Sobre el autor



Rafael Jiménez (Barcelona, 1962) es inspector del Cuerpo Nacional de Policía y jefe del Grupo de Análisis de Barcelona. Es diplomado superior en Criminología por la Universidad de Barcelona y diplomado en Ciencias Políticas por la Universidad de Salamanca. Es un enamorado de su ciudad, Barcelona, y de Donosti. Ha sido coordinador y coautor dos antologías de los mejores casos de la policía nacional *Barcelona negra* (Planeta, 2009) y *España negra* (Planeta, 2011). *Inchaurrondo Blues* (Principal de los Libros, 2013) es su primera novela.